



Dibuja tu
nombre en mi piel

Tierras altas 1



Josephine Lys

Dibuja tu
nombre en mi piel

Tierras altas 1



Josephine lys

©2020, Dibuja tu nombre en mi piel

© 2020 Josephine Lys

Corrección: Violeta Triviño

Maquetación: Valerie Miller

Diseño portada y contraportada: Nune Martínez

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

A mi sobrina Daniela, que con su sonrisa lo ilumina todo. Te quiero preciosa.

[PRÓLOGO](#)
[CAPITULO I](#)
[CAPITULO II](#)
[CAPITULO III](#)
[CAPITULO IV](#)
[CAPÍTULO V](#)
[CAPÍTULO VI](#)
[CAPÍTULO VII](#)
[CAPÍTULO VIII](#)
[CAPÍTULO IX](#)
[CAPÍTULO X](#)
[CAPÍTULO XI](#)
[CAPÍTULO XII](#)
[CAPÍTULO XIII](#)
[CAPÍTULO XIV](#)
[CAPÍTULO XV](#)
[CAPÍTULO XVI](#)
[CAPÍTULO XVII](#)
[CAPITULO XVIII](#)
[CAPÍTULO XIX](#)
[CAPÍTULO XX](#)
[CAPÍTULO XXI](#)
[CAPÍTULO XXII](#)
[CAPÍTULO XXIII](#)
[CAPÍTULO XXIV](#)
[CAPÍTULO XXV](#)
[CAPÍTULO XXVI](#)
[CAPÍTULO XXVII](#)
[CAPÍTULO XXVIII](#)
[CAPÍTULO XXIX](#)
[EPÍLOGO](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)
[SOBRE JOSEPHINE LYS](#)

PRÓLOGO

Escocia, año 1172

Duncan McPherson miraba el cuerpo de su esposa retorciéndose de dolor en el lecho, mientras su hijo no podía nacer. Ann llevaba más de dos días de parto y sus gritos, que antes habían sido desgarradores, ahora solo parecían los aullidos de un animal herido agonizando de dolor. La curandera le miró a los ojos cuando el jefe del clan McPherson buscó los suyos en busca de un milagro. La anciana solo pudo devolverle la certeza de que ese milagro no se produciría. Lo había intentado todo sin ningún resultado y el tiempo se había agotado.

Duncan se levantó, sintiendo como la impotencia le roía las entrañas. El miedo a perderlos, que momentos antes laceraba su corazón, ahora se volvía agónico con la certeza absoluta de que eso era precisamente lo que pasaría. Se negó a creerlo y con firmeza sujetó a Susan del brazo y la miró con toda la furia que albergaba en su interior por la injusticia de aquel suceso.

—Haz algo. Tienes que salvarlos —rogó Duncan cuya voz que siempre había sonado firme, dura y templada, se quebró en la última palabra.

La anciana miró aquellos ojos grises y el dolor que habitaba en ellos, semejante al que ella portaba en el corazón y que le hacía desear que la parca le diera alcance cada maldito día, y le entendió de una forma que hubiese deseado desconocer. Sabía que no podía decirle nada que pudiese consolarle en ese instante. Era un hombre demasiado joven para soportar todas las cargas que la vida le había impuesto. Solo tenía veintiún años y ya era jefe de clan y, si nada lo remediaba, un hombre marcado por la muerte de su esposa y su hijo.

—Ya no tiene fuerzas, Duncan, pero no soy de las que se rinden. Siéntate a su lado y cógele la mano. Lo intentaremos hasta el final. Es lo único que puedo prometerte —dijo Susan ofreciéndole el único consuelo posible, el de la esperanza. Aunque fuese vana.

Duncan supo leer en los ojos de la anciana y, a pesar de apreciar la verdad en ellos, se aferró con uñas y dientes a lo que ella le ofrecía como único bálsamo para no volverse loco.

Miró a su esposa una vez más y la impotencia gritó dentro de él, martilleando su pecho con insistencia. Ann era demasiado joven para morir, para no poder disfrutar de una maternidad tan deseada dentro de una vida impuesta, de un destino no anhelado pero que había acatado como una buena hija.

Al igual que él, había aceptado un matrimonio concertado sin que ningún sentimiento uniese a ambos, y todo por el bien de sus dos clanes. Él debía garantizar el bienestar de su gente, de un clan inestable y a la deriva después de la muerte de su padre y de su hermano mayor que lo habían dejado huérfano y sin ninguna guía. Él jamás había deseado erigirse como nuevo Laird, ese no iba a ser su destino, pero su propio clan lo escogió, según las palabras de los más ancianos, por ser el más cualificado a pesar de su juventud. Él no se negó, el honor y el legado de su padre le impidieron hacerlo. Así como tampoco se negó a casarse unos meses más tarde con la hija del jefe del clan Chattan, cuya tierra limitaba con la de los McPherson. Esa sería la última de las decisiones que acataría sin que sus deseos quedaran incluidos en ellas, un juramento que se hizo a sí mismo cuando vio lo desgraciada que hacía aquella unión a Ann, enamorada en secreto de un joven de su propio clan.

Duncan se esforzó en hacer feliz a su esposa, pero todo fue en vano: sobre el corazón no se podía mandar y menos doblegar a voluntad. Cuando supieron que estaba embarazada fue la

primera vez que Duncan la vio sonreír de verdad, no la fingida línea que obligaba a sus labios a adoptar cuando pensaba que los demás esperaban eso de ella.

—Tienes que ser fuerte, solo un poco más, Ann. Estoy aquí contigo —le dijo Duncan a su esposa cerca de su oído mientras depositaba un dulce beso en su hombro, empapado de sudor por las horas de sufrimiento y el legado del dolor.

Un alarido salió de los labios rotos de su esposa curvándose en una postura antinatural, levantando prácticamente toda la parte superior de su cuerpo, mientras apretaba con su pequeña mano el brazo de Duncan con una fuerza que parecía no corresponderle por su fragilidad, clavándole los dedos como si su último aliento de vida estuviese destinado a ese esfuerzo.

Susan miró al jefe del clan McPherson cuando un niño, tan pequeño que parecía irreal, acabó en sus manos tras el último empujón de Ann. El niño estaba azul, y ningún signo de vida habitaba entre sus frágiles huesos.

Duncan tragó la bilis y el desgarró que sintió subiendo por su pecho cuando los ojos de la anciana le dijeron todo lo que no deseaba saber.

La cantidad de sangre que había a los pies y entre los muslos de su mujer junto con la extrema palidez de su rostro le dijeron que Ann seguiría a su hijo en solo unos instantes. Un atisbo de lucidez en una mirada perdida le dijo a Duncan que su esposa estaba aferrándose a la vida para poder ver a su hijo.

—Mi pequeño —susurró Ann casi sin aliento.

Duncan le soltó la mano a Ann solo un instante y se acercó a Susan, que aún sostenía a su hijo. Le había pasado un paño con agua tibia y ahora podía ver sus facciones, preciosas, tan parecidas a las de Ann, en un rictus apacible.

Lo tomó de los brazos de la anciana con resolución pero con el alma sangrando. Susan sintió el temblor en las manos de McPherson cuando le quitó al pequeño para acercarse a Ann y dejarlo suavemente, con reverencia, entre sus brazos.

Ann no abrió los ojos pero una sonrisa apareció en sus labios cuando le sintió contra su pecho, y con un suave suspiro dejó este mundo.

Susan había visto muchas cosas pero lo de aquel día se le quedaría grabado hasta el instante de su muerte. El dolor que vio en los ojos de Duncan cuando se inclinó sobre el cuerpo de su esposa y de su hijo le hirió el corazón. Sabía de ese dolor y era el peor que existía en este mundo. Cuando le vio besar con adoración la mejilla de su hijo y los labios de Ann y arroparlos bajo los colores de su clan tuvo que apartar la mirada.

Susan le vio salir momentos después con paso firme fuera la habitación. El rugido que oyó segundos después y que rasgó el silencio de la noche como si fuera un animal herido de muerte la hizo contener el aliento. Ella sabía que Duncan McPherson viviría con esa pena hasta el final de sus días.

CAPITULO I

Escocia 1180

Duncan McPherson tocó suavemente el costado de su caballo, mientras miraba a lo lejos el inicio de las tierras del clan MacLaren.

—No piensas tomar esposa, ¿verdad? —preguntó Irvin mientras miraba a su primo y jefe de clan con una ceja alzada.

Duncan sonrió ante las palabras de uno de sus hombres de confianza. Mayor que él siete años, Irvin había sido el mejor amigo de su hermano mayor hasta que murió este, y desde entonces había estado junto a Duncan desempeñando más el papel de hermano que el de primo. Ahora, al escuchar su pregunta, sabía que no había logrado engañarlo, a pesar de lo que le había dicho a los ancianos y a la gente de su propio clan con el fin de calmar su insistencia en que tomara esposa.

El hecho de que una misiva real le hiciese estar en tierras MacLaren para unirse a la reunión que tendría lugar en aquel lugar con el fin de fomentar las alianzas entre los distintos clanes por medio del matrimonio era algo anecdótico y obligatorio. En ningún momento había pensado en prestarse a esa farsa. No iba a convivir durante unos días con un selecto grupo de potenciales esposas y los demás *highlanders* invitados por el Rey para después comprometerse con una de aquellas damas llevado de la mano de la obligación, la lealtad o de lo que los demás consideraban conveniente para con su clan. Él ya cumplió con ello una vez y se juró a sí mismo no volver a repetirlo. El que lo conocía bien, sabía que Duncan no rompía jamás sus juramentos. Era un hombre fiel a su palabra y a la que daba a los demás.

—No, no es mi intención —dijo Duncan mirando a Irvin a los ojos.

Su primo soltó una carcajada, palmeando su propia pierna.

—Pues nos vamos a aburrir una barbaridad aquí, y me hacía ilusión verte de nuevo en acción.

Duncan puso los ojos en blanco cuando la sonrisa de medio lado y el levantamiento de cejas de su primo indicaron claramente a dónde iban sus pensamientos.

—¿Qué? No me mires con esa cara. No creas que no me doy cuenta de cómo te miran las mujeres. Eres apuesto, fuerte, inteligente... y lo peor es que ni siquiera pareces consciente de la reacción que provocas en ellas.

Duncan miró a Irvin fijamente.

—¿Quieres decirme algo? porque lo de apuesto y fuerte me ha dejado confuso.

—Ni en tus sueños. Me gustan demasiado las mujeres —dijo Irvin con un gruñido.

Duncan miró de nuevo al frente no sin curvar sus labios en una tenue sonrisa cuando vio la chispa de diversión en los ojos del *highlander*. Con Irvin era fácil hablar. Su primo era una de las pocas personas que le conocían bien.

—Intentaremos quedarnos el menor tiempo posible —dijo Duncan reanudando la marcha. Todavía les quedaban un par de horas de camino y demorarlo sería llegar a su destino después de que el sol alcanzase su cenit.

Irvin le siguió con un leve asentamiento de cabeza. Entendía a la perfección que Duncan intentase minimizar su estancia allí. Aquel no había sido el momento oportuno para abandonar las tierras del clan. No después de los pequeños robos que venían sufriendo en los últimos tiempos y

que se habían vuelto más audaces en las semanas anteriores. De hecho, eso los había retrasado un par de días en su partida. Aunque habían dejado al frente a Henderson, el otro hombre de confianza del jefe del clan McPherson, Irvin conocía demasiado a Duncan como para dudar del hecho de que a su primo no le gustaba alejarse del clan en aquellas circunstancias.

Duncan observó las tierras del clan MacLaren y el castillo que se atisbaba a lo lejos, donde pequeñas casas cercanas a él parecían aún más diminutas en comparación.

Cuando ya estaban a solo unos metros, varios hombres mayores se les quedaron mirando con curiosidad mientras las mujeres, que se cruzaron y se dirigían con urgencia a aquella mole de piedra que era el eje central de la actividad del clan, apenas repararon en ellos. Iban con prisa. Algunas con cestas de ropa, otras con comida, sin duda por el trabajo extra que suponía albergar a todos los invitados que aquella reunión generaba.

Duncan bajó del caballo al mismo tiempo que Irvin y Gavin.

—Llevaré los caballos al establo —dijo Gavin cogiendo las riendas de todos a la vez, señalando con la cabeza la pequeña construcción de madera que quedaba al lateral de donde se encontraban. Gavin era uno de los guerreros más jóvenes, pero a Duncan no le habían pasado desapercibidas sus cualidades. Era rápido y ágil con la espada, inteligente y noble. Solo tenía un pequeño defecto.

Duncan asintió antes de hablar.

—Reúnete después con nosotros dentro.

—¡Y no te pierdas! —gritó Irvin cuando Gavin ya se alejaba.

Ambos hombres soltaron una carcajada cuando Gavin se giró rápidamente haciéndoles un gesto obsceno.

—Qué mal aguanta este muchacho las bromas —dijo Irvin todavía con una sonrisa en los labios.

Duncan volvió a soltar una carcajada.

—Nadie tiene culpa de que tenga tan mala orientación. Este chico acabará en Inglaterra el día menos pensado —continuó Irvin refiriéndose a las veces que Gavin había errado el camino en sus expediciones y se había demorado horas hasta volver a encontrar la ruta adecuada. Era un desastre en ese sentido.

—Dale tiempo. Ya aprenderá —dijo Duncan sonriendo, mientras se daba la vuelta para dirigirse a la entrada.

No pudo dar ni dos pasos. Algo lo arrolló haciendo que diera con su trasero en el frío y húmedo suelo, lleno de barro y agua. La caída fue de todo menos elegante, y la maldición que salió de sus labios con la mandíbula apretada tampoco lo fue. Si no habían sido suficientes varios días de viaje bajo una lluvia demencial y las inclemencias del frío, ahora se revolcaba en sus consecuencias.

Ya estaba pensando en la forma más dolorosa de matar a quien fuese que le había tirado, retorciéndole el cuello lentamente, cuando al levantar la vista la respiración se le cortó como si de repente ese hecho esencial se le hubiese olvidado.

Unos ojos pardos, dulces, grandes y expresivos rodeados de las pestañas más largas que había visto en su vida estaban fijos en sus... espera... aquella muchacha le estaba mirando las piernas, y luego el pecho hasta llegar a sus ojos, donde posó los suyos pidiéndole disculpas a raudales. Sus mejillas estaban rojas y su evidente azoramiento incrementó unas pecas preciosas que, diseminadas por el puente de su pequeña nariz, algo respingona, le hicieron desear estirar la mano y poder tocarlas. A Duncan no le pasó desapercibido el lento viaje que la mirada de aquella joven

había hecho desde sus piernas hasta llegar a sus ojos, y las mejillas rojas como la grana por su escrutinio. Esa muchacha había lamido su cuerpo con la mirada y con ello lo había excitado sobremanera.

Le dedicó una mirada inocente y madura a la vez, una contradicción que despertaba en Duncan una apabullante curiosidad. Esos ojos le habían provocado una excitación sin precedentes con solo deslizarla por su cuerpo. Vio el deseo prender en las pupilas de la joven tras su escrutinio, teñido por la timidez y el azoramiento propio de una mujer con escasa experiencia. No había en su mirada ni un atisbo de seducción ni un conocimiento de sus efectos. Era tan transparente en ese sentido que Duncan se sorprendió queriendo saber más de esos ojos, de esa sinceridad que casi hacía daño, forjando en su interior una ternura demasiado peligrosa para su propio bienestar.

Duncan se puso más derecho a fin de levantarse, sin poder contener un gruñido cuando la risa contenida de Irvin llegó hasta sus oídos. Pero lo peor vino a continuación, cuando la mano de aquella muchacha se posicionó frente a sus ojos, ofreciéndole ayuda. Y entonces sí, ya no fue una risa contenida la que surgió de los labios de su primo, sino una carcajada que retumbó por los muros del castillo y que Duncan juró borrarle de la cara a Irvin en cuanto estuvieran a solas.

Aquello no había por dónde cogerlo. ¿Ayuda para levantarse? ¿Era un hombre de veintinueve años! No un anciano que tuviese que comer gachas y estar bajo el resguardo de una manta durante todo el día. ¡Maldita sea! Se sentía tentado a tomar esa mano y tirar de ella para que cayera sobre su cuerpo y pudiese sentir lo vivo que estaba. Sin embargo se descubrió a sí mismo esbozando una pequeña sonrisa por el ofrecimiento. La razón eran esos ojos, a los que ya se estaba volviendo adicto y que desbordaban mil disculpas por haberle hecho rebozarse en el barro. Le estaba ofreciendo ayuda a modo de reparación, aunque con ello, sin saberlo estuviese empeorando las cosas. Un brillo en su mirada hizo que Duncan se diese cuenta del momento exacto en el que ella se percató de ese hecho. La joven retiró la mano rápidamente.

—¿Así dan la bienvenida a todos los invitados del clan MacLaren?— preguntó Duncan queriendo borrar lo que hubiese hecho en los últimos segundos y que había llevado a la joven a privarle del contacto de sus dedos, finos y elegantes, los cuales había podido atisbar antes de su retirada.

—Solo en los casos especiales. Es la bienvenida de honor —espetó la joven, y sus ojos se iluminaron por completo y su rostro se engalanó con una sonrisa tan amplia, tan natural, que permitió a Duncan deleitarse con unos pequeños hoyuelos que se le formaron en ambas mejillas. Sus labios rojos y perfectos se apretaron en una mueca cuando él se rió por su respuesta.

—Entonces no me quejo. Soy, después de todo, un privilegiado. Mi nombre es Duncan McPherson —dijo Duncan intentando discernir si todo en ella era como se apreciaba a primera vista. Era una combinación que lo tenía fascinado.

—Elisa MacLaren —contestó la joven a su vez—. Lamento haberle tirado en mis prisas por entrar. Me están esperando y ya llego tarde. Iba distraída y ni si quiera lo vi. Espero no haberle causado ningún perjuicio.

Duncan negó con la cabeza esgrimiendo una sonrisa que tenía vida propia, instalada en sus labios desde que comenzara a hablar con Elisa. Ese nombre que estaba seguro no olvidaría con facilidad y que saboreó en su boca sin llegar a pronunciarlo. Cuando la miró más atentamente le pareció demasiado joven, pero su mirada directa y segura le hablaba de una madurez pronunciada.

El pequeño gemido que imaginó escuchar de boca de Elisa le dejó centrado en sus labios, retrasando su respuesta.

—El orgullo un poco magullado pero nada más. Mis hombres se estarán riendo varios días

después de que hayan visto como he acabado bañado en barro. Ninguno de ellos consigue derribarme en la lucha y una dama lo hace sin proponérselo. Pero no me quejo. Ha sido un placer inesperado —dijo Duncan antes de hacerse a un lado para que Elisa pudiese seguir su camino—. Me ha dicho que la esperan así que ya no la entretengo más, aunque me cueste verla marchar.

Cuando pasó a su lado y el aroma a flores llegó hasta él procedente de su pelo, Duncan apretó los dientes. El deseo que despertaba Elisa en él era volátil e instantáneo. De repente estar allí no le parecía una broma de mal gusto y una pérdida de tiempo inútil. Una mirada y unas pecas tenían la culpa.

Elisa entró en el castillo con la respiración agitada. Su primo Grant, el jefe del clan MacLaren y anfitrión en la reunión que estaba teniendo lugar, la había llamado con urgencia. No había querido demorarse, pero el brazo del pequeño Erwin le había llevado más tiempo del que pensaba. Era un niño de diez años muy curioso, con inquietudes impropias de su corta edad que le llevaban a ser el quebradero de cabeza de su madre Nes y del resto del clan. Según le había contado la misma, la semana anterior Erwin había estado a punto de matar a Cameron cuando el niño tiró una piedra desde la torre del castillo que, si hubiese alcanzado al anciano, según creencia popular, tendrían que haberlo enterrado a trocitos. Porque la piedra no había sido pequeña, sino un pedazo de pedrusco, y todo porque el pequeño tenía curiosidad por saber la rapidez con la que esta llegaría al suelo.

Así que después de examinarle el brazo y tranquilizar a Nes, había salido corriendo para atender a la invitada de Grant. Y hubiese llegado a tiempo si no se hubiese topado en su camino con un muro de piedra. Eso es lo que había pensado en un principio cuando ella misma había estado a punto de caer al suelo por el ímpetu del golpe, pero todo había cambiado cuando al recobrar el equilibrio sus ojos se habían clavado en unas piernas fuertes y musculosas que dejaban poco a la imaginación. Y es que en su carrera había tropezado y tirado al suelo a un highlander que no había visto en su vida y que, a juzgar por la maldición que escuchó de sus labios, estaba deseando matar al que había osado mandar su trasero al barro.

El hecho de ser la curandera del clan a pesar de sus diecinueve años y haber visto el cuerpo humano extensamente no la había preparado para lo que sintió cuando sus ojos se clavaron en el cuerpo de ese hombre. A las extremidades descubiertas más de lo normal por la caída, le siguió un pecho y unos hombros que a pesar de la camisa y su *feileadh mor* se dibujaban bajo su ropa, firmes y fuertes, culminado todo ello por el rostro más apuesto que hubiese visto jamás. No fue consciente de todos esos pensamientos que se habían filtrado en su mente como ladrones silenciosos hasta que sintió sus mejillas arder. Debía tener fiebre por cómo las orejas desprendían calor bajo su pelo.

Cuando escuchó su voz, grave y envolvente, y posó los ojos en la mirada intensa del *highlander*, por unos segundos quedó paralizada, negándose su cuerpo a reaccionar a sus demandas. Vulnerable, confundida y anhelante de algo que hasta ese momento ni si quiera sabía que quería. Aunque cuando lo escuchó reír, entonces sí estuvo segura de algo. Deseaba oír de nuevo esa risa y ser ella la que la provocara. Y eso era aterrador y una auténtica locura. Acababa de conocerlo. Ni si quiera sabía qué clase de persona era. Podía tener varias caras, parecer encantador y en verdad ser un mal hombre. Así que, ¿a qué venía esa desmedida reacción a todo

lo relacionado con él?

Se había sentido atraída por un hombre antes, pero no con esa intensidad y de forma tan inmediata. Jamás había sentido esa necesidad por nadie, y francamente no deseaba hacerlo. Había sentido en sus propias carnes lo que la locura de amar a alguien puede acarrear. El hecho de permitir cosas que hacían tu vida un infierno, sacrificar lo que hiciese falta, mantener a toda costa un amor viciado, un sentimiento podrido de egoísmo y maldad, aunque con ello hiciese daño a todos a los que amas. Así había sido su niñez.

Sacudiéndose los recuerdos como si fueran motas de polvo en la oscuridad, corrió escaleras arriba donde su primo la estaba esperando.

CAPITULO II

Duncan miró a Irvin que divertido, estaba deseoso por decir lo que pensaba.

—Ni una palabra —dijo Duncan cuándo le vio abrir la boca.

Su primo reprimió la carcajada que parecía a punto de matarle por contención.

—¿Te has revolcado por el barro? —preguntó Gavin a su espalda.

La carcajada que salió de Irvin sin poder reprimirla más cuando Gavin se acercó hasta ellos y miró con asombro las ropas de Duncan, hizo que este también riera.

—Una dama le arrolló, tirándole al suelo —dijo Irvin ahora ya más serio pero con una mirada que expresaba lo mucho que aquello le estaba divirtiendo.

Gavin le miró, alzando una ceja, escéptico.

—Irvin, te respeto porque eres mayor que yo y más sabio, pero no tiene gracia. Deja de tomarme el pelo. Eso no hay quien se lo crea.

Duncan puso una mano encima del hombro de Gavin.

—Esta vez no te miente —dijo Duncan mientras negaba con la cabeza.

Gavin miró al jefe del clan McPherson.

—¿Me estás diciendo que una mujer te ha tirado al suelo de tal forma que has terminado de barro hasta las cejas? ¿Qué clase de mujer era, una gigante?

Irvin no lo pudo soportar y volvió a soltar una carcajada antes de hablar.

—La verdad es que era una muchachita preciosa.

La mirada que le lanzó Duncan podría haberlo matado si fuese un arma, lo que unido al pequeño gruñido que salió de sus labios hizo que Irvin le mirase atentamente. Aquello era muy interesante.

—¡Maldita sea! Y yo me lo he perdido —exclamó Gavin con auténtico pesar.

Duncan le miró divertido.

—Pues no estoy dispuesto a repetirlo

Tanto Irvin como Gavin volvieron a reír mientras seguían al jefe del clan McPherson al interior del castillo.

El salón principal albergaba en su seno a varios de los invitados. Algunos conversaban y otros parecían absortos en sus propios pensamientos. El jefe del clan Colmyn y aliado de Duncan lo paró en seco nada más poner un pie en la estancia, charlando lo que a Duncan le pareció una eternidad. Colmyn era de los que hablaban tan rápido que apenas podía entenderlo. Y lo peor no era eso, sino que nunca esperaba respuesta alguna. Las conversaciones con él eran más un monólogo que otra cosa. Sin embargo a Duncan le caía bien, era un buen hombre y un fiero guerrero. Cuando pudo reanudar la marcha se sorprendió a sí mismo desviando la mirada hasta el fondo de la estancia donde, sentadas en un círculo y hablando animadamente, se encontraban las damas. Sus ojos no pudieron evitar mirar si entre ellas estaba Elisa.

Acababa de conocerla y de forma inconsciente ya la estaba buscando.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Irvin mirándole con una sonrisa irónica en los labios.

—Estás tentando a la suerte hoy —dijo Duncan devolviéndole la sonrisa.

—Como estás un poco gruñón, voy a dejarte espacio —dijo Irvin guiñándole un ojo antes de darse la vuelta e ir a por Gavin que se había quedado atrás hablando con uno de los guerreros del clan Colmyn. Su madre había pertenecido a ese clan hasta que se casó con un McPherson.

Duncan asintió antes de escuchar una voz conocida por encima del murmullo que imperaba en la sala.

— ¡McPherson! Qué sorpresa verte aquí.

Duncan esbozó una franca sonrisa cuando vio al jefe del clan Campbell dirigirse hacia él, estrechándole el brazo en cuanto estuvo a su lado. Alec era un aliado y un buen amigo. Se conocieron por medio de los hermanos McAlister. Evan, el jefe de dicho clan era el mejor amigo de Alec, y Duncan lo había sido de Kerr, el hermano mediano, que desgraciadamente ya no estaba entre ellos. Ahora le unía la misma amistad a Andrew, el pequeño de los McAlister, al que consideraba un hermano.

—Para mí también es una sorpresa que estés aquí, pensaba que a estas alturas estarías ya comprometido.

La sonrisa de Alec se apagó en un segundo y Duncan no pudo reprimir una sonrisa.

Unos meses atrás uno de los tíos de Alec había hablado en secreto con el jefe del clan Cameron y habían acordado el enlace entre Alec y la primogénita de David Cameron. Cuando Alec tuvo conocimiento de ello, como jefe de su clan viajó a tierras de los Cameron y tuvo una conversación en privado con David sobre aquel enlace no autorizado por él. El jefe del clan Cameron no reaccionó bien a la noticia empeñado en que aquel enlace se produjese a toda costa. Alec era un Laird poderoso y Cameron tenía más enemigos de los que quería reconocer. Aquella unión era necesaria para él.

Alec sin embargo no le dio ninguna oportunidad y zanjó el asunto, negando la validez de aquel acuerdo. Si persistía en su empeño, la siguiente vez que se vieran sería para cruzar sus espadas. David Cameron no se lo tomó a bien, y le reclamó nuevamente el cumplimiento de la palabra dada por su tío. Su semblante, retorcido por la ira no tuvo precio cuando Alec negó con la cabeza, se dio la vuelta y abandonó aquellas tierras.

A su tío Hermes, por tomarse unas atribuciones en su nombre que no le correspondían, le amenazó seriamente con expulsarlo del clan si volvía a hacer algo parecido sin su consentimiento.

—¿Cómo te has enterado? No es posible que a ti también te lo haya contado el padre de la muchacha en cuestión.

Duncan frunció el entrecejo ante las palabras de Alec.

—¿A qué te refieres? ¿Alguien más lo sabe?

Alec le miró fijamente con cara de resignación antes de contestar.

—Logan McGregor me hizo el mismo comentario hace un rato.

—¿Logan está aquí también? —preguntó Duncan con un destello de diversión en sus ojos—. Vaya, esto va a ser más interesante de lo que pensaba en un principio.

Logan McGregor era el hermano de las esposas de los hermanos McAlister. Lo había conocido unos meses atrás cuando este había ayudado a destapar una conspiración contra varios clanes y por ende contra el rey Guillermo. Logan pasaba temporadas en la corte y era de la confianza del monarca escocés. Le había caído muy bien. Era inteligente, con honor y con templanza y se había ganado su lealtad cuando había salvado la vida de Andrew McAlister.

—Sí, parece que es muy amigo del anfitrión Grant MacLaren. También te caerá bien. Por ahora

ha conseguido que no mate a McDonall. Solo por eso ya tiene mi respeto. Pero de eso tendremos tiempo de hablar. Ahora quiero saber cómo te enteraste de lo del intento de compromiso. Maldita sea, yo solo se lo conté a Evan.

Duncan alzó una ceja ante las últimas palabras de Alec y su mirada dijo el resto.

—A esa pequeña sanguijuela le voy a dar lo suyo cuando lo coja, y a su hermano, mi mejor amigo, lo voy a matar lentamente.

Duncan se rió por lo bajo.

—Andrew es muy bueno sacando secretos, sobre todo a su hermano mayor. Y cuando vino a verme hace poco con su mujer, no puso mucho empeño en callárselo.

Alec gruñó.

—Vamos, que te lo soltó en cuanto tuvo la oportunidad.

—No se lo tengas en cuenta. Sabes que es un hermano para mí. Tu secreto está a salvo conmigo —dijo Duncan dándole una palmada a Alec en el hombro.

—Pues como alguien más me diga algo, mato a ese pequeño bastardo.

A Duncan no le pasó desapercibido el rictus serio que se adueñó de la cara de Alec en un segundo. Siguió la mirada del mismo hasta el extremo del salón, donde una joven tenía sus ojos clavados en él. Era hermosa, de eso no cabía duda. De pelo negro azabache y con el rostro en forma de corazón, la expresión angustiada de sus ojos se contradecía con la firmeza y determinación que vio en su semblante. Estaba claro que entre ellos dos había algo y una corazonada le llevó a hacer una pregunta.

—¿La hija de Cameron?

Alec le miró, apretó la mandíbula y volvió a mirar a la muchacha antes de desviar la vista y dar la espalda a lo que obviamente no era objeto de su devoción.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Alec contrariado con la perspicacia de su amigo.

—¿Por cómo la miras, quizás? ¿O porque te conozco lo suficiente como para saber que nadie se gana tu animadversión sin una buena razón de por medio? Y eso me lleva a preguntarme... ¿qué ha hecho la dama en cuestión para que tengas ese concepto, aparte de ser la hija de David Cameron?

Alec endureció su mirada nuevamente antes de dirigirse a Duncan. Conocía a McPherson y sabía de las dotes que este tenía en cuanto a calar a la gente se trataba, aún apenas sin conocerla. Duncan McPherson rara vez fallaba en sus impresiones. Era algo que había comentado más de una vez con Evan. Por eso tanto el jefe del clan McAlister, como él mismo siempre habían tenido en cuenta su intuición.

—Lámalo como quieras —dijo Alec entre dientes—, pero algo me dice que ella no es trigo limpio.

Duncan asintió mirando a la muchacha nuevamente.

—¿Intuición o prejuicio? No todo el mundo es igual, Alec —contestó Duncan a sabiendas que quizás estaba cruzando una fina línea. La de la confianza.

Alec gruñó por lo bajo y apretó los puños en un acto reflejo.

—No sigas por ahí, Duncan.

McPherson miró a Alec fijamente a los ojos. Campbell pudo ver en ellos la preocupación. Así era Duncan. Directo, transparente, incondicional y sincero a un nivel que a veces dolía. Y sabía que solo lo era hasta ese extremo con aquellos que realmente le importaban.

—Piénsalo. Si tienes evidencias de eso yo seré el primero en darte la razón. Inténtalo. No deberías culpar a nadie sin antes saber la verdad, saber su versión.

Alec le sostuvo un rato la mirada hasta que esta cambió cuando una voz a su espalda los sacó a ambos de la conversación.

—Buenos días, Campbell —dijo MacLaren mirando a Alec y desviando la mirada hacia el nuevo invitado—. Hola, mi nombre es Grant, y soy el jefe del clan MacLaren. Bienvenido a estas tierras y a esta singular reunión.

Duncan le estrechó el brazo al anfitrión. Un poco más joven que él, MacLaren parecía de esos que tenían siempre una sonrisa en los labios, dueño de un optimismo y una alegría natural. Su mirada limpia y astuta le escudriñaba a su vez con objetividad.

—Duncan McPherson —contestó Duncan con una sonrisa también—. Quería haber llegado antes, pero asuntos del clan me impidieron partir cuando lo tenía previsto.

Grant miró a Alec y de nuevo a él antes de contestar.

—No te has perdido nada, salvo pequeñas desavenencias entre algunos Lairds, que esperamos limar dentro de un rato en un pequeño entrenamiento conjunto. Campbell ya lo sabe y ha aceptado unirse así que, si es de tu gusto, uno más sería perfecto.

Duncan miró a Alec antes de contestar.

—Y ¿McDonall también asistirá? —preguntó curioso Duncan. Sabía de la enemistad de Alec con McDonall, y también conocía la naturaleza de este último. Era un hombre peligroso y ciego de orgullo y soberbia.

Grant sonrió alzando una ceja

—Veo que McDonall hace amigos allí a donde va.

Alec gruñó con evidente fastidio.

—No necesito niñera —masculló mirando a Duncan. Sabía que su amigo conocía de sus disputas con McDonall y sabía que no se fiaba de este último. Alec había tenido varios accidentes demasiado sospechosos según Duncan y la intuición de McPherson era algo a tener en cuenta.

—No osaría insinuarlo —dijo Duncan conteniendo una sonrisa antes de mirar a Grant—. Cuenta conmigo

MacLaren asintió, mirándole atentamente.

—Ahora avisaré a Mary para que te acompañe y te indique cuál es tu habitación. Todos los jefes de los clanes estarán alojados en el castillo. Y después, el entrenamiento. Has llegado en el momento adecuado para no perderte la diversión.

Grant parecía que iba a retirarse cuando dio un paso atrás frunciendo ligeramente el entrecejo.

—No quiero parecer indiscreto, pero llevo un rato observando algo y si no te pregunto no creo que me quede satisfecho. Soy curioso por naturaleza.

Duncan había visto que Grant se había estado fijando en su atuendo todo el rato que llevaban conversando.

—Pregunta lo que quieras —dijo Duncan con afabilidad.

—¿Te has restregado en barro? —preguntó con un brillo de diversión en los ojos.

Duncan vio el momento exacto en el que Alec se fijó también en él, levantando una ceja cuando se dio cuenta del hecho de que llevaba pegado a su *feileadh mor* y a sus piernas una gruesa capa de barro. Y en ese momento, como si pareciese que sabían de que estaban hablando, un trozo de ese barro que parecía más los excrementos de una vaca descompuesta, cayó en el suelo del salón con un «chop» que en otro le hubiese hecho cerrar los ojos y acordarse de todos sus antepasados, pero que en Duncan tuvo el efecto de sacarle una carcajada. Grant le siguió y Alec tampoco pudo contenerse.

—Una joven me arrolló en la entrada. Me dijo que era la bienvenida de honor.

—¿Así que eras tú? Lo siento. Mi prima me lo ha explicado. Estaba bastante preocupada por haber... ¿cómo dijo? «Lastimado tu trasero y herido tu orgullo».

—¿Tu prima? ¿Seguro que esas fueron sus palabras? —preguntó Duncan con una seguridad aplastante y una ceja alzada en señal de interrogación.

Grant miró fijamente a Duncan a los ojos. Cuando Elisa había llegado corriendo y Grant le preguntó por su tardanza, su prima le explicó que el brazo del pequeño Erwin le había llevado más tiempo del que pensaba y que encima en sus prisas por llegar había tirado al suelo a un *highlander*, un nuevo invitado. Le confesó que estaba mirando la bolsa en la que guardaba las hierbas en su carrera y que lo arrolló. Su cara era todo un poema. Su genuina preocupación y sobre todo sus mejillas coloreadas con un rojo carmesí, instigaron la curiosidad de Grant que pensó en preguntarle más tarde y ahondar más en el tema. No había visto a su prima jamás ruborizarse de aquella manera. Lo del comentario había sido cosa de su cosecha, pero el hecho de que Duncan pusiera en entredicho la veracidad de lo que le había contado, como si con solo cruzar unas palabras con ella le hubiese dado las pautas necesarias para saber cuál era el carácter de Elisa, le sorprendieron y mucho. Le caía bien Duncan McPherson y ahora entendía el concepto que tenía Logan de él. Parecía que Duncan era observador y buen conocedor de la naturaleza de las personas. Había calado a Elisa en solo un momento. Logan le dijo que era también inteligente y astuto, y sumamente templado. Cualidades todas importantes para un jefe del clan.

Grant sonrió abiertamente antes de contestar.

—La verdad es que no. Estaba muy preocupada por haberte tirado al suelo y me dijo que cree que lo empeoró cuando te tendió una mano para ayudar a levantarte. Lo del orgullo herido lo saqué yo entre líneas. Pero me dijo que fuiste muy amable y caballeroso.

Duncan enarcó la otra ceja, y Grant soltó una carcajada.

—Es la verdad.

Duncan asintió antes de que Grant volviera a estrechar su brazo y el de Alec para después despedirse de ellos hasta más tarde.

—Veo que no soy el único que tiene algo que contar —dijo Alec con picardía en los ojos, cuando Grant se hubo ido.

—No sé de qué estás hablando —contestó Duncan tajante.

Alec le lanzó una mirada inquisitiva.

—Vamos, Duncan, no me vas a dejar ahora así.

—¿Así como? —preguntó Duncan haciéndose el inocente.

—Con curiosidad. Suéltalo.

—Tienes mucha imaginación, Campbell.

Alec aspiró y exhaló el aire con fuerza como si Duncan estuviese acabando con su paciencia.

—Tú sabes lo mío.

Duncan rió por lo bajo.

—Y esto qué es, ¿una competición? Tú me enseñas lo tuyo y yo te enseño lo mío.

Alex soltó una maldición por lo bajo. Duncan siempre le daba la vuelta a todo y se lo llevaba a su terreno. A veces era como hablar con un muro.

—¿De qué cojones hablas, McPherson? No me lées, que nos conocemos.

Alec iba a contestar cuando la voz de Irvin sonó fuerte desde atrás.

—Alec Campbell. ¡Pero si es el polluelo en persona!

Alec rió fuerte antes de contestar.

—¿Te has traído al abuelo, Duncan? —preguntó mientras estrechaba el brazo de Irvin con

efusividad.

Acababa de soltarlo cuando una sonrisa de pura malicia asomó a sus labios.

—Oye, Irvin, ¿tú no estarías con Duncan cuando una dama lo ha mandado al barro, no?

Los ojos de Irvin cuando miraron a Alec y después a Duncan no tenían precio.

—No sé Alec... Duncan es el jefe de mi clan y si él no quiere contarte algo, pues...

—Pues... —dijo Alec con una sonrisa.

—Pues que ya estoy tardando en contártelo —soltó Irvin mientras Duncan ponía los ojos en blanco y los dejaba a los dos atrás. En ese momento, una mujer de mediana edad llamada Mary se acercó para acompañarlo a la que sería su habitación.

Él hubiese preferido quedarse a la intemperie o en el lugar que le hubiesen asignado a sus hombres, pero si Grant lo había dispuesto así, no ofendería al anfitrión dictaminando otra cosa.

Las carcajadas de esos dos desagradecidos se escuchaban todavía cuando abandonó el salón.

CAPITULO III

Duncan entró en el castillo después de ir a darse un baño en el lago cercano a él. El agua estaba helada, pero apenas si lo sintió. Desde niño estaba acostumbrado a bañarse a esas gélidas temperaturas y después del entrenamiento de aquella tarde lo había agradecido sobremanera.

Cuando entró todavía quedaban algunos hombres esperando a que les curasen las heridas. Uno de ellos se interponía en su visión, no dejándole ver ni a la curandera ni al *highlander* al que estaban torturando en ese momento a tenor del gruñido que escuchó. El entrenamiento había sido de todo menos tranquilo, y la única realidad es que no había salido nadie ileso. El menor de los males había sido un ojo morado, o una nariz rota. Y él había hecho bien en acudir. Un movimiento sucio por parte de McDonall cuando Alec había dado por zanjada la lucha y le había dado la espalda, podía haber acabado con su amigo bajo tierra si él no hubiese intervenido. Aquello hizo que el entrenamiento tomara tintes peligrosos. Logan y Grant amonestaron a McDonall con llevarlo a la guerra y expulsarlo de aquellas tierras si volvía a hacer algo tan rastrero. Duncan directamente estuvo a punto de matarlo. El corte en el brazo que se llevó como recuerdo cuando interceptó la espada de McDonall cerca ya del cuello de Alec no había sido nada en comparación al que le hizo él cuando estuvo libre de atacarlo.

—Deberías dejar que te curen ese brazo.

Duncan giró el rostro hacia su derecha, donde Grant MacLaren le miraba con el entrecejo fruncido.

—No hace falta. Parece peor de lo que es.

Grant hizo un gesto con la cara poniendo en duda su afirmación.

—No seré yo quien le diga a nadie lo que debe hacer, pero el corte se ve profundo y no para de sangrar. Por lo menos deja que te lo venden. A Elisa no le pasará desapercibido y no me gustaría estar en tu lugar cuando mi prima se percate de que no has dejado que te mire el brazo.

—¿Y qué tiene que ver tu prima con esto? —preguntó Duncan lentamente.

—¿No te lo había dicho? Elisa es la curandera del clan —contestó Grant sin perder de vista la expresión de Duncan. Quería saber cuál sería su reacción, porque la de su prima cuando había hablado con ella después del entrenamiento había sido muy esclarecedora. La había llamado para que echara un vistazo a todos los cortes, heridas y huesos rotos que habían resultado del enfrentamiento de aquella tarde. Cuando le dijo que faltaba McPherson y que este tenía un corte feo en el brazo, su prima saltó como un resorte. Sus mejillas se tiñeron de rojo y un leve gesto de preocupación se instaló en su rostro. No le dijo nada más pero no hizo falta. El rostro de Duncan, sin embargo, era mucho más difícil de descifrar. Ciertamente era que no lo conocía y conjeturar algún tipo de opinión era apresurado, sin embargo juraría que le había sorprendido y que si antes no estaba convencido de dejarse ver esa herida ahora parecía interesado.

Duncan miró de nuevo al frente. Los dos hombres que quedaban allí y que obstaculizaban su visión se movieron hacia un lado, dejando que Duncan pudiese ver perfectamente a la curandera. Su cara de concentración mientras tocaba y evaluaba el daño en la ceja izquierda de McDonall, hizo que Duncan pudiese observarla a su vez a placer.

—Maldita sea, mujer, ¡tenga cuidado! —bramó McDonall cuando Elisa intentó limpiar el

corte.

Duncan apretó un puño y dio un paso al frente antes de que Grant le parase cogiéndolo del brazo suavemente mientras negaba con una sonrisa en los labios.

—Tranquilo. Elisa sabe defenderse sola. McDonall no sabe dónde se está metiendo.

Duncan volvió a centrar su atención al frente. No le gustaba que McDonall le hablase así a una mujer y menos que fuese a Elisa. Aguardó unos segundos con la intención de hacerle entrar en razón si McDonall no cejaba en su empeño de comportarse como el malnacido que era.

—No me levante la voz y desde luego no maldiga en mi presencia, a no ser que quiera que le deje esos cortes como están. Puede que no pase nada o puede que se le envenene la sangre, y entonces sufra dolores y fiebre altas, se retuerza y agonice entre vergonzosos gritos que no le servirán sino solo para humillarle en su final.

Duncan no pudo evitar sonreír al ver la cara que puso McDonall ante las palabras de aquella preciosa muchacha. Era todo un poema. Elisa estaba seria, extremadamente seria, y sus palabras habían sido dichas con una contundencia y una convicción tal que todos los que estaban cerca se habían quedado callados.

Elisa empezó a mirar las heridas de Colmyn, que esperaba al lado, intentando no reírse de la cara descompuesta de McDonall cuando este saltó. También examinó al otro *highlander*, el jefe del clan Drummond.

—¡Todavía no ha acabado conmigo!

Elisa emitió un sonido peligroso con la garganta al mirarlo.

Grant tosió para disimular que estaba intentando controlar su ataque de risa.

—Perdone, no ha sido mi intención faltarle al respeto. Si pudiese terminar de curar mis heridas estaría agradecido —recluyó McDonall cuando vio la mirada que le lanzó Elisa.

Elisa limpió un corte en la muñeca de Colmyn y le tocó la nariz a Drummond para saber si estaba rota. Cuando estuvo satisfecha les dijo que había acabado con ellos y se volvió a McDonall, que seguía sentado en la silla, esperándola.

—¿Va a comportarse como es debido?

La mirada de McDonall se volvió dura, pero se mordió la lengua antes de contestar.

—Sí.

Entonces Elisa asintió y volvió a examinarle la ceja. En pocos minutos lo había curado, aplicándole un emplasto de las hierbas que llevaba en su bolso.

—No se lo quite hasta mañana, ¿de acuerdo?

Un gruñido bajo fue lo único que McDonall contestó antes de que Elisa negara con la cabeza en señal de resignación. Aquel hombre era rudo, desagradable, y un maldito necio.

Comenzó a limpiar la mesa que había al lado, donde había dejado sus cosas para las curas cuando se sintió observada. Levantó la mirada y se cruzó con los ojos que habían estado persiguiéndola desde esa mañana. No pudo evitar sentir que sus mejillas se ponían rojas. Era una desagradable consecuencia que no podía eludir y que la hacía mortificarse en ese preciso momento. ¿Por qué, maldita sea, tenía que sonrojarse con tanta facilidad? Y ¿por qué ese hombre tenía el poder de hacer que eso sucediera con solo su presencia, con solo mirarla? No pudo seguir con esas ideas cuando su vista se fue al brazo derecho de McPherson. Su primo no había mentado. Aquel corte era profundo y no paraba de sangrar. Su instinto, su formación como curandera se hicieron con el control relegando a un segundo lugar todas aquellas tonterías que no hacían nada más que rondar su cabeza desde que se conocieron y que la estaban distrayendo de su rutina, de su trabajo y de su propio buen juicio.

—Bueno, los dejo. No seas demasiado dura con él —dijo Grant a su prima antes de guiñarle un ojo. Elisa quiso morir en ese preciso instante si no fuese porque sabía que McPherson no había visto ese gesto, estando por delante de Grant como estaba.

Su primo se fue pero no sin hacerle una mueca que Elisa no agradeció y que sin duda le haría pagar más tarde.

—Es solo un rasguño. No es necesario que lo cures —dijo Duncan mirándola fijamente.

—No estoy de acuerdo con eso, pero si eres de los que no aceptan ayuda cuando la necesitan no voy a discutir contigo. Ya lo he hecho suficiente por hoy. Simplemente voy a curártelo, y no voy a admitir un no por respuesta.

Duncan sonrió

—Y yo después de lo que he visto con McDonall no voy a negártelo. Prefiero ahorrarme todo eso del dolor agónico y sufrimiento extremo.

Elisa rió ampliamente.

—Estaba siendo un grosero y un maleducado. Se lo merecía — contestó Elisa mientras volvía a sacar algunos frascos de su bolsa—. Siéntate, por favor.

Duncan no se hizo de rogar y tomó asiento. La lumbre a sus espaldas llegó hasta él, calentando su cuerpo. Quizás un momento antes lo hubiese agradecido pero en ese instante aquel aire caliente no hizo sino acentuar su temperatura corporal ya de por sí elevada desde que Elisa había entrado en su campo de visión.

—No te tomes mi pregunta como una crítica, es solo simple curiosidad pero, ¿no eres muy joven para ser la curandera del clan? —preguntó Duncan un momento antes de sentir las suaves manos de Elisa en su brazo.

Elisa levantó la vista solo un instante para observar a Duncan. Esa era una pregunta que le habían hecho demasiadas veces pero jamás con esa delicadeza. En él había sonado tal y como le había dicho, con un tinte de curiosidad y no como una alusión a su falta de experiencia.

—Empecé a acompañar a la curandera del clan, Besy, a los doce años. Siempre he sido una niña inquieta y mi madre no podía contestar a todas mis preguntas así que Besy fue como un rayo de sol en mi curiosidad innata. Me gustaba lo que hacía y me pegué a ella cada vez que tenía la oportunidad. Al final terminó por aceptarme como su ayudante. Fue maravillosa enseñándome todo lo que sabía. Murió el año pasado. Es difícil no tenerla a ella para consultarle en los casos más difíciles pero, según Besy, ya no había nada más que pudiera legarme. Su experiencia era inestimable y su amistad aún más.

Duncan asintió antes de mirarla. Volvió su cara y la de ella estaba muy cerca, observando con atención el corte de su brazo. Elisa levantó en ese instante sus ojos y se clavaron por unos segundos en los de él, de color gris verdoso. Duncan pudo ver seguridad y una tenacidad impropia de su juventud que le atraparon como una polilla a la luz.

—Tengo diecinueve años, no soy tan joven —dijo Elisa con cierto malestar en la voz, que hizo que Duncan esbozara una pequeña sonrisa. Sus ojos seguían fijos en los de color pardo de ella que retiró su mirada cuando su respiración se volvió algo trabajosa, como si de repente estuviese nerviosa. A Duncan aquel detalle no le pasó desapercibido, junto con el color de sus mejillas. Parecía que él no era el único al que le afectaba su proximidad.

—Para mis veintinueve, quizás sí —dijo Duncan que sintió como Elisa le limpiaba la herida con más fuerza de la que estaba imprimiendo hasta ese momento.

Elisa sintió un vuelco en el estómago cuando escuchó sus palabras. Su edad era perfecta para la de él, así que ¿por qué había dicho aquello? ¿y por qué le molestaba a ella? En el clan había

matrimonios y parejas como muchísima más diferencia de edad.

En cuanto tomó conciencia de lo que estaba pensando sintió subir el calor hasta su cara, su cuello y sus mejillas. Sin duda aquel hombre la había trastornado porque era imposible que estuviera pensando en la idoneidad de la edad de ambos cuando hacía solo unas horas que se conocían. Esto era de locos.

—Ya está. He acabado. Te he puesto una mezcla de hierbas para limpiar bien la herida y te la he vendado. Déjate hasta mañana y, si notas que la herida se hincha o que te supura, entonces ven a verme de nuevo. No lo dejes, por favor —dijo Elisa bajando un poco la voz al final de la frase, como si le diese vergüenza reconocer que le preocuparía si algo le sucediese a su brazo.

Duncan escuchó ese «por favor» de labios de Elisa como si fuese un ruego, y eso hizo que su pecho se calentase de una forma de la que ya ni si quiera recordaba que fuese posible.

Era joven, hermosa, inteligente e ingeniosa y, maldita sea, se estaba apoderando de una parcela que tenía más que cerrada y custodiada con altos muros de piedra a los que no deseaba que nadie tuviese acceso de nuevo. Porque sabía el precio de tal trasgresión.

Habían pasado ocho años, pero aún resonaba en sus oídos aquel grito de dolor. El que él mismo profirió. El que él mismo causó. Si no se hubiese casado, sabiendo que ella no era feliz, ahora no estaría muerta, ni su hijo tampoco.

Duncan hizo a un lado aquellos pensamientos que no hacían más que ahondar en una herida que siempre estaría abierta y de la que había aprendido. Había estado con mujeres después de Ann, las había tratado con dulzura y delicadeza, les había dado placer pero nunca había permitido que sus sentimientos se entremezclaran en ello. No se había permitido sentir nada por nadie, y ahora entendía que había sido un iluso, porque no es que él no lo hubiese permitido es que simplemente no había conocido a una mujer que se metiera debajo de su piel, que le sacara de esa zona de confort. Y ahora lo sabía porque desde que llegó esa mañana y una muchacha decidida y resuelta lo arrolló, tirándolo al barro, no había podido dejar de pensar en ella, y en cada maldito detalle que la hacía especial a sus ojos.

—Seguiré tus órdenes. En esto eres la experta —dijo Duncan seriamente.

Elisa escuchó sus palabras y la seriedad impresa en ellas y sintió por primera vez en aquella tarde que su trabajo, lo que hacía como curandera, era respetado. Lo que vio en los ojos de Duncan, eso y mucho más, como si de verdad admirase lo que estaba haciendo, la hicieron tragar saliva y contraer el estómago en un nudo. Por primera vez en su vida deseó hacer algo impulsivo y arriesgado. Por primera vez deseó besar a un hombre y perderse en sus labios.

—Buenas noches, Elisa. Que descanses —dijo Duncan sin poder evitar que su mano se elevara hasta el rostro de la muchacha y colocase con cuidado un mechón de pelo detrás de su oreja. La misma mano que había sido tan independiente como para actuar a voluntad, le quemó por tocar las pecas diseminadas por el rostro de Elisa, pero el pequeño temblor que vio adueñarse de ella le frenó a tiempo. Sin más, se dio media vuelta y se fue escaleras arriba, a su habitación, donde sabía que tardaría bastante tiempo en conciliar el sueño. De nuevo, unas pecas tendrían la culpa.

CAPITULO IV

Elisa se mordió el labio inferior al tener que tratar con la bruja de Esther Davidson. Quien conocía a Elisa sabía que era difícil de enfadar, pero aquella dama, si es que se la podía llamar así, congelaría hasta el mismísimo infierno.

Durante los días que llevaban allí los invitados, había tenido que atender infinidad de incidencias. Algunas con algún grado de importancia, otras como mera consulta y las de Esther Davidson y alguna que otra dama con ganas de molestar y convertirse en el centro de atención.

De todas las damas que habían acudido, había cuatro que eran un encanto. Edine e Isobel MacLeod, Helen Cameron y la tímida Alice Comyn. Con la que más trato había tenido había sido con Edine, que había estado enferma por un enfriamiento nada más llegar al castillo. Era fácil hablar con ella. Era inteligente, ingeniosa y buena persona. Se lo había demostrado en su forma de tratarla, como si fuese una amiga y no una desconocida. Valorando su trabajo, haciendo preguntas interesantes sobre el tratamiento y siendo perspicaz hasta decir basta. Su mirada, que cuando no se daba cuenta dejaba entrever un dolor intenso y macerado, arrancó su empatía de una forma que solo alguien que se identificaba con aquella tristeza podía entender. Y ella lo entendía. Quizás el dolor no tuviese el mismo origen, pero era igual de fuerte, estaba igual de arraigado y la había marcado con fuertes cicatrices. Y Elisa supo que Edine también había visto eso en ella. Lo supo por la forma en la que la miró, por la forma en la que le dijo que su mirada era demasiado madura para su juventud.

Así que, fuera de aquellas cuatro mujeres, quedaban algunas que simplemente obviaban su presencia y otras como Esther que no solo disfrutaban humillando y haciendo de menos a las otras damas, como si aquello fuese una competición, sino que se creían con el derecho divino a tratarla a ella y al resto de las mujeres del clan como si fuesen inferiores. Y eso era algo que no podía aguantar. Las injusticias levantaban en ella una ira difícil de gobernar y su lengua, normalmente tranquila, templada y juiciosa, perdía el norte.

Esa mañana la habían llamado precisamente para verla a ella. Decía que se había torcido el tobillo mientras daba un paseo con otras dos damas que no eran sino su sombra, y que le reían todas sus gracias.

—Eh, muchacha, ten cuidado con tus sucias manos. Me vas a ensuciar el vestido, y a ver qué haces. Si me causas algún tipo de dolor lo lamentarás.

Elisa había dejado su bolsa en una silla que había junto a la que estaba sentada Esther e iba a examinar el tobillo de la susodicha cuando esta escupió esas palabras.

Elisa paró en seco el camino de sus manos hasta el tobillo de la joven cuando las escuchó. Podría haberlas obviado como llevaba haciendo con otros detalles los últimos días pero aquello fue ir demasiado lejos y en su fuero interno algo se quebró. No iba a montar una escena. No era de las que dejaba que sus impulsos se le fueran de las manos pero tampoco iba a callarse.

—Tengo las manos más limpias de lo que tú tienes tu lengua, y si eres capaz de escupir ese veneno con total tranquilidad es porque tu tobillo está en perfectas condiciones y mi presencia aquí no es necesaria. El dolor es algo que no puedo evitarte ya que tiene que ser muy doloroso sentirse tan inferior que tengas que humillar a los demás para sentirte bien contigo misma.

Elisa dijo las últimas palabras ya en pie y cogiendo su bolsa.

—No le deseo que pase buen día porque es más que evidente que no es capaz de disfrutar nada que no tenga que ver con esparcir su mala leche. Si me disculpa...

La cara retorcida y deformada por la ira de Esther Davidson no tuvo precio, sobre todo porque Elisa estaba segura que nadie la había puesto nunca en su lugar.

—Esto no quedará así, ¿me escuchas? ¡Sucia bastarda!

Elisa ni si quiera se giró. Ya había dicho todo lo que tenía que decir. Mujeres como aquella que se llamaban «dama» no tenían nada de ello a su entender. Si eso era ser una dama entonces Elisa hacía bien en no ser una de ellas.

En su prisa por salir de allí, enfiló el pasillo y bajó las escaleras que daban a la planta baja, alejándose de las habitaciones donde se estaban hospedando los invitados dentro del castillo. Cuando giró al final de las escaleras chocó con alguien de tal manera que ella se tambaleó hasta que unas manos fuertes la sujetaron evitando que cayera.

—Vaya, si todas las veces que coincidamos va a intentar tirarme al suelo sería importante saberlo para estar preparado —dijo una voz cálida y grave que hizo que Elisa sintiera un ligero hormigueo en la zona del brazo y de la espalda donde Duncan McPherson había puesto sus manos al sostenerla. Lentamente la soltó y a Elisa un gemido lastimero se le quedó atravesado en la garganta cuando sintió la pérdida de su contacto.

—Lo... lo siento. No ha sido mi intención volver a arrollarle.

A Duncan se le desdibujó la sonrisa cuando vio la expresión de Elisa. Tenía el rostro serio y la mirada le brillaba, y no era a causa de su encuentro. Se la veía alterada, nerviosa, y el hecho de rehuir su mirada cuando siempre había sido tan directa y transparente en cada uno de sus encuentros, hizo saltar sus alarmas.

—¿Ha pasado algo? La veo alterada —dijo Duncan con un tono de voz que a Elisa no le pasó desapercibido. Era como si a Duncan le preocupase el hecho de que ella estuviese distinta. ¿Sería posible que él se hubiese percatado de eso con solo verla? ¿Sería posible que le preocupase lo que a ella le pasase? Elisa relegó esos pensamientos al fondo de su mente. Si las personas que más tenían que amarla nunca se habían preocupado por ella, si los que habían tenido que estar a su lado y cuidarla la habían lastimado de una forma brutal, ¿por qué un simple extraño, alguien que acababa de conocer, iba a tener ni si quiera un pensamiento en ese sentido respecto a ella? Era algo altamente improbable y sin embargo se encontró mirando esos ojos que hoy parecían más verdes que grises, intentando empaparse de ese sentimiento que veía en ellos y que le calentaba el pecho aún sin querer, aún sin permitirselo a sí misma.

—No es nada.

Duncan escrutó más su rostro, como si estuviese intentando dilucidar cuál era el problema con solo observarla. Se sintió algo vulnerable y no le gustaba sentirse así.

—Está claro que sí le pasa algo. Su rostro está serio y sus ojos me esquivan, y es más que evidente que esta alterada y yo diría que furiosa —dijo Duncan rozando con sus dedos la barbilla de Elisa para que levantara la cara y le mirase directamente a los ojos.

Elisa esa vez no intentó eludir su mirada.

—Tiene razón, pero no es nada de lo que merezca la pena hablar. Son cosas que pasan.

Duncan siguió mirándola fijamente antes de hablar.

—¿La ha molestado alguno de los invitados? Porque si es así no debería callárselo.

—¿Y quién dice que lo haya hecho? —preguntó Elisa demasiado tarde como para darse cuenta que había hablado de más.

Duncan gruñó por lo bajo. Fue muy tenue pero lo suficiente como para que Elisa lo oyera con claridad.

—¿Quién ha sido?—preguntó Duncan y Elisa pudo escuchar en la forma calmada pero exigente de la pregunta un tinte peligroso.

—No ha sido un invitado, ha sido una de las damas y ya está solucionado. No tiene de qué preocuparse.

Duncan no lo dejó estar.

—¿Lessi McEwen o Esther Davidson?

Elisa lo miró fijamente, con los ojos algo agrandados por la sorpresa cuando escuchó el último nombre.

—¿Cómo lo he sabido? —preguntó Duncan rozando ahora la mejilla de Elisa para quitar de su rostro un mechón de pelo que se le había soltado de su recogido y moviéndolo con delicadeza detrás de su oreja—. Porque he visto cómo te miran. Sabía que tenía que ser una de las dos, aunque me imaginaba que había sido Davidson. Es envidia.

—¿Envidia de mí? —preguntó Elisa incrédula.

—Por supuesto. Eres una verdadera dama. Inteligente, hermosa, con personalidad y eres curandera, algo que te apasiona. Se ve en el trato que aquellos que te conocen te aprecian de verdad. Y sobre todo eres auténtica. Esther Davidson no creo que sepa ni quién es en realidad y eso la hace peligrosa. ¿Qué te ha dicho?

Elisa soltó aire antes de contestar. Duncan era un hueso duro de roer y por lo que pudo ver en sus ojos no iba a dejarlo así.

—Cuando iba a examinar su tobillo me dijo que tuviera cuidado con mis sucias manos, que podía mancharle el vestido y que si le hacía algún tipo de daño al hacer mi trabajo lo lamentaría. Cuando le dije lo que pensaba me llamó sucia bastarda.

Elisa vio como la mandíbula de Duncan se endurecía, así como sus facciones y la mirada cálida de sus ojos. Estos se volvieron más grises que verdes en un instante.

—No pude hacerme la tonta por muy invitada de Grant que sea. Le dije que tenía las manos más limpias que su lengua y que lo que tenía era un problema de inferioridad.

Una sonrisa que podría haber detenido el pulso de Elisa se instaló en los labios de Duncan. Su mirada volvió a suavizarse.

—Bien dicho. Lamento habérmelo perdido.

Elisa rió ya sin la tensión con la que bajó de la planta superior. El hablar con Duncan la había hecho bien. No sabía cómo lo hacía pero aquel *highlander* la tranquilizaba y la ponía nerviosa a partes iguales.

—¿Cómo está el brazo? —preguntó Elisa queriendo cambiar de tema. La mirada de Duncan, clavada ahora en sus labios, en sus ojos, la estaba volviendo loca.

Duncan lo movió y los músculos se tensaron bajo la camisa blanca.

—Perfectamente. He tenido a la mejor curandera.

Elisa hizo una mueca antes de que las palabras de Duncan la dejaran con el entrecejo fruncido.

—Lo único fue un pequeño problema con algunas hierbas que dejaste cerca de mí. Provocó que me salieran manchas rojas.

Elisa se puso seria de golpe. Jamás le había pasado eso, salvo una vez cuando empezó a acompañar a Besy. A una muchacha le había dado reacción una de las hierbas y le habían salido unas lesiones en la piel que a los pocos días habían desaparecido.

—Es muy raro, pero ¿ahora estas bien?

Duncan sonrió restándole importancia.

—Perfectamente. No te preocupes.

—Debería mirártelo —dijo Elisa con intención de observar el estado de la herida.

—Confía en mí, está perfecto. En otro momento —dijo Duncan cuando vio a Irvin y Gavin acercarse por el fondo. Habían quedado en dar una vuelta y ver las tierras McPherson. Siempre le gustaba, cuando estaba en otro clan, observar cómo organizaban las cosechas, cómo tenían el ganado, cómo eran sus gentes. Siempre se podía aprender algo nuevo en el sistema que seguían otros clanes. Duncan nunca había sido obcecado ante los cambios. Al contrario, siempre pensó que a veces los cambios y las mejoras eran necesarios para el bienestar de su clan.

Elisa asintió con la cabeza cuando Duncan le guiñó un ojo antes de irse con sus hombres. Antes de dejarla con el corazón desbocado. Antes de que ella se preguntase por qué un simple gesto la hacía olvidarse hasta de su propio nombre.

CAPÍTULO V

—A la vista de cómo se van desarrollando las cosas, ¿cuándo tienes pensado que volvamos? No es que me queje, pero si no vas a cortejar a ninguna de las jóvenes, y los enfrentamientos entre Campbell y McDonall nos van a hacer entrar en guerra a nosotros también, no le veo mucho aliciente a seguir entre estos muros por mucho más tiempo.

Duncan vio la mueca que le hizo Irvin al terminar este de hablar.

—Gavin se lo está pasando bien —dijo Duncan en contestación y mirando al fondo del salón donde este le guiñaba el ojo a una de las jóvenes que ayudaban aquellos días en el castillo, a fin de poder atender a todos los invitados.

—El muy granuja no ha pasado ni una noche en donde debía. Debe tener las piernas que no le sostienen.

Duncan sonrió ante el resquemor en las palabras de Irvin.

—¿Tienes envidia?

Irvin gruñó por lo bajo.

—¿Envidia de qué? Cuando yo tenía su edad tenía las pelotas todo el día en movimiento. ¿Qué? —preguntó cuando vio la mirada de Duncan.

—Demasiada información. No era necesario evocar esa imagen en mi mente.

Irvin soltó una carcajada.

—De todas formas no me has respondido. ¿Cuándo nos vamos de aquí?

Duncan miró las viandas que iban colocando en las mesas. La cena ya estaba dispuesta y a tenor del sonido de las tripas de Irvin y las suyas propias, iban a dar buena cuenta de ello.

—Un par de días como mucho.

—Perfecto —contestó su primo antes de dirigirse a una de las mesas.

Duncan iba a seguirle cuando vio a Logan al otro lado del salón hacerle una señal para que lo esperase.

—¿Te está dando problemas? —preguntó McGregor cuando llegó a su lado, señalando a Irvin, que había arrastrado a Gavin por el camino para sentarlo a cenar.

—Es un cascarrabias, pero es mi primo. No puedo matarle.

Logan sonrió ampliamente ante sus palabras.

—Te entiendo. Yo tengo un cuñado al que no me importaría matar, y tampoco puedo.

Duncan y Logan rieron ante este último comentario.

—En el fondo te cae bien —dijo Duncan refiriéndose a Evan, el jefe del clan McAlister que estaba casado con la hermana pequeña de Logan.

—Sí, pero no se lo digas. Disfruto con su sufrimiento cada vez que voy a ver a mis hermanas. Meg lo regaña si no me trata bien.

Duncan soltó una carcajada.

—E imagino que Andrew te ayudará con ello.

—El ingenio de tu amigo no tiene límites a la hora de aliarse conmigo contra Evan.

Duncan sonrió ampliamente. Sabía que Andrew moriría por su hermano mayor Evan, pero también sabía que disfrutaba haciéndolo rabiar. Sobre todo porque Evan entraba fácilmente al trapo.

—Sí, aunque el hecho de que Aili le reprenda por meterse con su propio hermano le quita algo de diversión. Parece mentira que mi propia hermana, mi confidente, sea tan escrupulosa con los sentimientos de su cuñado.

—Tu hermana es una mujer maravillosa. Las dos, pero he de decir que he tratado más a Aili. Siempre que viene de visita con Andrew es un placer tener su compañía. Se ha ganado a más de un miembro de mi clan con solo unas pocas visitas. Andrew tiene suerte.

Duncan vio el amor desbordar la mirada de Logan. Sabía que estaba ante algo muy difícil de observar. Logan no era de los que dejaban entrever sus sentimientos, sin embargo era hablar de sus hermanas y su mirada se suavizaba llenándose de algo parecido a la ternura y el amor incondicional. En ese sentido le envidaba. Él había perdido a su hermano cuando era demasiado joven y con la diferencia de edad entre ambos no habían sido muy cercanos. No habían tenido el tipo de amistad o confianza que veía destilar en las palabras de Aili cuando hablaba de Logan. Él había tenido un hermano en su mejor amigo Kerr, el hermano de Evan y Andrew. Pero una enfermedad se lo había arrebatado a su familia y a él con solo veintitrés años. Kerr había muerto a las pocas horas de perder a su esposa y su hijo no nato de las mismas fiebres. Después de su fallecimiento sintió que una parte de su corazón moría con ellos. Él ya sabía lo que era perder a una esposa y a un hijo. Kerr había estado con él en aquel entonces y lo había ayudado a no volverse loco, solo para morir dos años después junto a su familia. Duncan había tenido que ser testigo de ello con la impotencia rabiando en sus venas por no poder hacer nada.

—Sí, para mí lo son.

—Es una suerte poder conservar a tus seres queridos y tener una relación estrecha con ellos. Es algo que damos por hecho y que no es tan común como pueda parecernos.

Logan frunció un poco la frente ante las palabras de Duncan y más cuando vio el destello de dolor que cruzó la mirada del *highlander*. Fueron solo unos segundos, como si este de pronto hubiese sido consciente de haber dejado expuesto ese sentimiento por un breve instante y hubiese subido sus defensas para que nadie pudiese ser testigo de ello. Verlo sorprendió a Logan. McPherson parecía tan templado, tan seguro, tan inamovible, tan fuerte, que haber sido testigo, aunque hubiese sido solo por esos escasos segundos de su dolor, espoleó su empatía, esa que mantenía adormilada la mayor parte del tiempo. Ese sentimiento que vio cruzar su mirada fue como ver el eco del suyo propio, sobre todo desde que había vuelto a ver a la mujer que había sido el amor de su vida y que lo abandonó años atrás, dejándole destrozado.

Logan decidió llevar la conversación por otros derroteros.

—Quería darte las gracias por cómo llevaste el otro día lo de McDonall. Si no hubiese sido por tu pronta intervención, quizás Campbell hubiese sufrido un daño irreparable. Lo que hizo ese malnacido no tiene nombre, sin embargo el hecho de que no lo mataras en ese instante, cuando te hirió por interponerte, sé que supuso de todo tu autocontrol. Todos los que estábamos presentes hubiésemos entendido que lo desafiaras, pero tanto Grant como yo mismo te agradecemos que no lo hicieras. Esta reunión es importante para el Rey Guillermo y si el fruto de la misma en vez de afianzar lazos entre los distintos clanes, generase una declaración de guerra, hubiese supuesto un duro revés en sus intereses y en el bienestar de muchos de los clanes vecinos.

Duncan asintió. Sabía a lo que se refería McGregor. Fue difícil no alimentar la llama de la furia que lo consumió cuando vio el proceder de McDonall y sus intenciones. De hecho no las

tenía todas consigo en que aquella reunión saliera bien después de todo. Sin embargo tenía que reconocer que la gestión de Grant McLaren y la ayuda de Logan en aquella reunión estaban siendo inestimables para la buena ejecución de la misma.

—Bueno, me reservo mi derecho a retarlo en un futuro. Ese no era el momento adecuado. Sé lo que nos estamos jugando aquí, y sé lo que supondría a Campbell iniciar una guerra con McDonall, aunque sinceramente creo que eso es algo inevitable a no ser que McDonall cambie, y lo veo difícil. Alec no lo va a dejar correr, espero que sepas eso.

Logan miró a Duncan a los ojos con suma seriedad.

—Sí, lo sé. Y le entiendo. Es imposible razonar con McDonall y es un maldito hijo de puta cuando quiere.

—Veo que estamos de acuerdo —dijo Duncan con una pequeña sonrisa—. Creo que quiere llevar a Alec al límite porque no se atreve a una guerra abierta. Sabe que Alec es poderoso y que en un enfrentamiento con él tendría todas las de perder. Alec es de por sí un enemigo temible y aparte, tiene la lealtad inquebrantable de los McAlister. Y la mía. Enfrentarse a él es un suicidio.

Logan sonrió con un brillo peligroso en los ojos.

—Yo no lo haría, pero nadie ha dicho que McDonall fuese inteligente.

Duncan asintió.

—Y no es el único. Creo que Daroch también ha estado dando problemas en la reunión, ¿verdad?

Logan le miró nuevamente con una pregunta implícita en los ojos.

Duncan midió sus palabras antes de hablar.

—No es mi intención parecer curioso ni meterme en asuntos ajenos, pero no he podido evitar observar estos días que sientes cierta inclinación por una de las damas y que te preocupa su bienestar. Y también he podido constatar que esa dama parece estar teniendo ciertos problemas con Daroch.

Logan miró a Duncan con reconocimiento y asombro.

—No me mires así, McGregor, no es algo de lo que puedas percartarte a simple vista. Puedes estar tranquilo. No creo que nadie que no sea de tu círculo más cercano se haya dado cuenta de ello.

—Tú lo has hecho —dijo Duncan con contundencia.

—Yo no cuento. Suelo fijarme en cosas que para los demás pasan desapercibidas —dijo Duncan antes de ponerse serio y mirar directamente a Logan. Quería que lo que iba a decirle quedara claro para McGregor—. No hemos coincidido lo suficiente como para conocernos bien, pero los McAlister te quieren, más o menos —dijo Duncan con una sonrisa cuando Logan hizo una mueca—. Aprecio a tus hermanas y eres un buen hombre y un enemigo a tener en cuenta. Eso es más que suficiente para mí. Puedes contar conmigo cuando quieras.

Logan escudriñó el rostro de Duncan antes de asentir con la cabeza.

—Lo mismo digo —dijo McGregor, y Duncan sabía que esas palabras no eran vanas promesas.

—Bien, y ahora que hemos dejado clara nuestra postura, ¿podemos ir a cenar? Creo que tengo un agujero en mi estómago y los malditos de Irvin y Gavin se lo están comiendo todo.

Logan soltó una carcajada antes de darle una palmada en la espalda y seguirle a la mesa.

CAPÍTULO VI

Elisa estaba agotada. Estos días estaban siendo infinitos. A parte de los miembros del clan a los que ya visitaba, como Ann, cuyo parto había asistido la noche anterior, o Erwin, cuyo brazo estaba sanando correctamente, se sumaban los continuos requerimientos por parte de los invitados. Además de Edine MacLeod, había tenido que curar y realizar el seguimiento de los múltiples golpes y cortes que había causado el entrenamiento que había tenido lugar días atrás entre varios de los Lairds allí reunidos. Grant le dijo que había sido para aliviar tensiones, pero después de ver cejas y labios partidos, golpes en lugares poco recomendables, alguna que otra nariz destrozada para siempre, cabezas casi fracturadas y cortes profundos, no sabía si más que aliviar tensiones habían iniciado guerras.

Una de esas curas era la que tenía su mente alterada a todas horas: un corte profundo en el brazo de Duncan McPherson. Todavía recordaba cómo le habían temblado las manos, normalmente firmes y templadas, cuando tuvo que tocarle para limpiar su herida. La mirada intensa y fija en ella de ese hombre tampoco ayudó en nada a tranquilizarla, además de su conversación, de su voz, de sus palabras, que calaban en su interior con una importancia desmedida para provenir de alguien a quien apenas conocía. Aunque, si era sincera consigo misma, lo que más le asustaba era que a pesar de ser prácticamente desconocidos, cuando estaba junto a Duncan McPherson no se sentía como ante un extraño, sino todo lo contrario. Se sentía segura, como si se conociesen desde siempre. Sus ojos, que parecían leer tan fácilmente en ella, la dejaban desarmada y sin recursos. La franqueza, la intensidad, la honestidad, el velado deseo, la preocupación en su mirada al posarla en ella eran abrumadores y, ¡Dios!, cómo se sorprendió a sí misma necesiéndola, desesperada por volver a sentirla sobre su piel. Eso era algo que no podía explicar y que suponía un peligro mayor del que había imaginado al sentir una atracción desproporcionada por él. Sabía a lo que podía llevarla ese sentimiento. Nunca antes había andado ese sendero pero no había que ser muy listo para percatarse de lo que su corazón podía exigirle después de estremecerse cada vez que estaba a su lado. Ese hombre podía colarse en él y hacer que se enamorase, y no quería estar enamorada.

Como si el hecho de pensar en él hubiese tenido el poder de convocarlo, el objeto de sus pensamientos apareció de entre las sombras cuando Elisa salió del castillo para dirigirse a su pequeña casa. Tres años atrás, Grant quiso que ella se quedara a vivir en él cuando su madre se fue. A su primo no le agradaba que viviese sola en una de las casas más apartadas del clan, sin embargo a Elisa le gustaba esa soledad. Demasiados años en un ambiente caótico y violento. La independencia que le otorgaba su pequeño hogar era algo que la hacía sentir bien.

—Demasiado tarde para ir sola, ¿no cree?

Elisa lo miró, aún sobresaltada por su presencia. No lo había visto hasta que casi estuvo encima. Esa noche la luna llena iluminaba suficiente como para ver sus facciones.

—Estoy en tierras MacLaren. Este es mi clan y son mi gente. No se preocupe, estoy a salvo.

Duncan McPherson esbozó una sonrisa aunque el ceño algo fruncido mostraba cierta

preocupación.

—No dudo de su palabra, pero en estos días hay gente que no pertenece a su clan en tierras MacLaren y yo me sentiría mucho más tranquilo si me permitiera acompañarla, o llamar a alguien de su clan, si lo prefiere, para que lo haga.

Elisa no sabía si sentirse halagada por su preocupación o sentirse agraviada por la poca confianza depositada en ella.

—Ni una ni otra. No quiero molestarle y tampoco veo necesario que nadie me acompañe. Soy la curandera del clan. Créame que he salido a horas más intempestivas que esta y, como puede ver, estoy bien.

Duncan asintió lentamente. Pero algo dentro de Elisa le dijo que esa conversación no había terminado.

—¿Ni siquiera se queda a cenar? —preguntó McPherson con voz grave y calmada.

Elisa se arrebujó en el paño que cubría sus hombros cuando el viento frío la alcanzó moviendo levemente la falda de su vestido.

—No tengo hambre —le contestó cansada.

La voz de McPherson, cálida y varonil, había llegado hasta ella abrigándola más que la lana sobre su cuerpo. Elisa no pudo detener la sensación que se extendió por su pecho cuando vio la mirada cálida y preocupada de Duncan fija en ella.

—Se la ve exhausta. No debería descuidar su salud. Necesita dormir y también tiene que comer, de lo contrario terminará enfermado.

Elisa sonrió para que Duncan pudiese comprobar que no estaba tan mal como él imaginaba. El anhelo la golpeó, ese que le hacía preguntarse cómo sería tener a alguien a quien le importase lo suficiente como para cuidar de ella. Para preocuparse hasta el extremo de fijarse en esos pequeños detalles. El hecho de que Duncan se hubiese percatado de que no había comido, o de que necesitaba dormir, era algo que la había emocionado. Era una tontería, lo sabía, pero no podía evitarlo.

Ella nunca había tenido eso, ni si quiera por parte de sus padres. Su primo Grant era lo más cercano que tenía a esa familia deseada. Se preocupaba por ella y siempre estaba ahí para escucharla, pero era el jefe del clan y tenía muchas obligaciones así que Elisa intentaba no darle más motivos de preocupación, callándose todo lo que podía. Odiaba ser una carga para los que amaba.

Una mano en su mejilla la sacó de sus pensamientos, deleitándose por unos segundos en el calor que emanaba de esos dedos que, a pesar de ser fuertes y endurecidos con callosidades, la tocaron con una delicadeza que la conmovió y envió escalofríos por todo su cuerpo. El roce duró segundos.

—De acuerdo. No la detendré, pero entonces tendré que seguirla para cerciorarme de que llega sana y salva —continuó Duncan con la voz ronca, como si algo le hubiese afectado.

—Está de broma, ¿verdad? —preguntó Elisa antes de percatarse de la firmeza en la mirada de McPherson.

—Con la seguridad de una dama nunca bromeo —respondió Duncan, más serio de lo que lo había visto desde que llegó.

Algo le dijo a Elisa que no le haría cambiar de opinión.

—¿Y quién me dice que no debo cuidarme precisamente de usted? Apenas nos conocemos —preguntó Elisa más por curiosidad que porque pensara que Duncan podría hacerle algo. Se conocían solo de unos días, pero se sentía segura a su lado. No era algo racional sino instintivo.

—Me tiró el primer día al suelo y acabé con barro en partes en las que jamás imaginé que podría llegar la arena. Cuando me vendaba el brazo después de curarlo ,con gran maestría, he de decir, dejó cerca de mí unas hierbas que todavía no sé nombrar pero que me provocaron picor durante dos días. Y estoy seguro que su ingenio y su tenacidad podrían hacerme pedazos si usted así lo deseara, así que yo me pregunto quién es el que está en verdad en peligro.

Elisa sonrió abiertamente ante esas palabras.

—¿Alguien le ha dicho alguna vez que es buen orador? Me ha convencido, si lo expone así no puedo negarme, pero solo si me deja echarle otro vistazo a ese brazo. No lo he vuelto a revisar desde el día del combate.

Elisa vio un brillo en los ojos de Duncan ante sus palabras, aunque puede que fuera solo una ilusión porque este desapareció al instante.

—Está perfectamente. No se preocupe.

Elisa se cruzó de brazos delante de McPherson lo que hizo que este soltara una pequeña carcajada.

—Está bien. Me parece justo.

La sonrisa que esbozó Elisa antes de comenzar a andar, uno al lado del otro, decía que le había gustado su respuesta.

Aquella noche, Duncan había salido del castillo después de la cena. Necesitaba estar un rato al aire libre, con el frío como único compañero antes de meterse de nuevo entre los muros de piedra de aquella fortificación y dormir en un dormitorio que por momentos incitaba su vigilia, negándole el sueño.

Irvin y Gavin seguían dentro sentados en la mesa todavía, disfrutando de los restos de una opípara cena de la que parecían no dejar de dar cuenta. Sonrió al percatarse de que ambos eran como chiquillos a veces. Habían pasado toda la noche lanzándose pullas el uno al otro. Esa complicidad no era necesaria entre los miembros de un clan, pero Duncan lo agradecía.

Se había girado hacia la entrada cuando sintió los pasos. No había pensado dejarse ver, quería estar solo, determinación que duró hasta el mismo instante en que la vio. La mujer que no había podido borrar de su pensamiento desde que llegó y que se materializó delante de él, andando con paso firme pero sin prisas, cubierta con los colores de su clan para abrigarse de las bajas temperaturas nocturnas.

Cuando la había visto con intención de alejarse de allí, sola, no pudo sino interponerse en su camino. Aquel era su clan, sus gentes, pero no estaría tranquilo hasta la que viera dentro de su hogar, no podía evitar estar preocupado por su seguridad.

Y eso le había llevado a hablar con ella, a decirle que iba a acompañarla y a llegar hasta allí, cerca de la puerta de su casa, una de las más alejadas del castillo.

—Entonces mañana me dejarás ver el brazo. Me has dado tu palabra.

Duncan la miró. En su tono de voz había creído detectar cierta desconfianza, como si no confiase del todo en que él iba a cumplir con lo prometido.

—Nunca faltó a la misma.

Elisa asintió soltando un suspiro cansado entre sus labios.

Unos pasos apresurados hicieron que los dos se volvieran a la vez. Duncan se puso delante de ella, protegiéndola con su cuerpo. Elisa supo que lo había hecho de manera instintiva pero ese gesto la estremeció.

—¡Elisa! ¡Elisa!

El tono apresurado y agónico acompañado de una respiración trabajosa y una mirada llena de

temor traspasaron a Elisa. En cuanto reconoció a Alan pasó por al lado de Duncan para ir a su encuentro.

—¿Qué pasa? ¿Beth?

El destello de puro terror de Alan le dio toda la respuesta que necesitaba.

—Se ha puesto de parto, pero algo va mal. Ella misma me ha dicho que fuera a por ti. Elisa, si le pasa algo... yo...

—Tranquilo, Alan, todo saldrá bien. Y ahora vamos, no perdamos más tiempo.

Elisa rezó por primera vez en mucho tiempo para que sus palabras fuesen ciertas.

CAPÍTULO VII

Elisa se recogió el bajo de su falda lo suficiente para correr detrás de Alan hasta el hogar de aquella familia que esperaba su primer hijo.

Beth era la que ayudaba siempre a Elisa en los partos. Por eso si su amiga decía que algo iba mal no podía desecharlo sin más.

Sintió un toque en el hombro que la paró en seco. Duncan le cogió la bolsa donde llevaba sus hierbas y demás enseres para sus curas y se lo colgó dispuesto a acompañarlos. Elisa solo asintió cuando vio en su mirada la firme decisión de ir con ellos.

Al llegar a la casa entraron precipitadamente. Allí, en la cama del fondo, descansaba Beth, pálida, los dientes apretados en lo que era claramente una contracción. Cuando se acercó a ella vio que sus fuerzas estaban mermadas.

—Hola, corazón, ¿cuánto llevas de parto?

Beth la miró con el pelo totalmente empapado en sudor y la mirada vidriosa.

—Desde ayer —dijo con dificultad.

Alan siguió hablando por su mujer cuando la vio respirar con dificultad al contraer el rostro presa del dolor.

—No quiso que te avisara antes. Dijo que era normal en las primerizas estar horas con dolores antes de dar a luz. Sabía que habías estado toda la noche en el parto de Ann y no quería llamarte hasta que estuviera más avanzado, quería dejarte descansar, pero lleva ya demasiadas horas. ¡Haz algo, por el amor de Dios!

Elisa vio la desesperación en la mirada de Alan.

Se levantó y se alejó un poco con él para que Beth no pudiera oírles.

—Necesito que te calmes, porque no tengo más ayuda. Ann y tu esposa son las que están conmigo en los partos. Y Ann dio a luz anoche, no puedo contar con ella. Es muy tarde y Beth está muy cansada. Por favor, tu esposa te necesita y yo también. Así que trae un recipiente con agua y todos los paños que encuentres, ¿de acuerdo?

Alan sintió la mano de Elisa en su brazo y la firmeza y seguridad en sus palabras y eso le hizo reaccionar.

—Está bien. Ahora mismo vuelvo —dijo con la voz algo quebrada.

Elisa volvió con urgencia al lado de Beth. Buscó instintivamente su bolsa, donde llevaba todas sus cosas, y la encontró frente a ella, alguien se la estaba tendiendo. Entonces recordó que Duncan había ido con ellos y que estaba allí. Cuando le miró, tomó el trozo de tela rozando sus dedos y juraría que por un instante había sentido temblar las manos del *highlander*.

—Dime si puedo ayudarte en algo o prefieres que espere fuera —le dijo Duncan con un tono de voz bajo para no molestar a Beth. No quería que la muchacha se pusiese más nerviosa por culpa de la presencia de desconocidos.

Elisa le miró a los ojos. Su mirada, el rictus extremadamente serio de su rostro, contrastaba con el tono seguro de su ofrecimiento.

—No hay tiempo para ir a por alguien más. Si puedes quedarte, te lo agradecería.

Duncan asintió antes de hacerse a un lado y dar privacidad a Elisa para que examinara a Beth.

El alarido que soltó esta última hizo que Duncan apretara la mandíbula en un acto reflejo, haciendo que los recuerdos afloraran a la superficie.

—Beth, voy a ver cómo estás, ¿de acuerdo? No aprietes ahora.

Alan entró en ese momento, con un cubo de agua y un paño enorme que Duncan le ayudó a cortar en trozos.

—Mírame, Beth —dijo Elisa mientras le limpiaba el sudor a su amiga del rostro.

—Estas más que preparada para que salga tu hijo, pero parece que él no opina lo mismo así que vamos a tener que ayudarlo un poco. Va a doler, pero es necesario, ¿vale?

Beth asintió, mordiéndose el labio y haciéndose sangre en el proceso.

Elisa miró a los dos hombres y vio que Alan, aunque intentaba aguantar, iba a derrumbarse de un momento a otro. El nuevo grito que lanzó Beht le hizo tambalearse.

—Trae más agua. Ya, Alan —dijo Elisa tomando una decisión. Tener ocupado al esposo de Beth era lo mejor para ambos.

Alan titubeó solo unos segundos antes de volver a salir.

—Necesito tu ayuda. Eres más fuerte que yo —dijo Elisa a Duncan en cuanto vio al marido de Beth salir por la puerta.

—Lo que precises —dijo Duncan subiéndose las mangas de la camisa hasta los codos.

Elisa volvió al lado de Beth y le subió el camisón hasta las caderas.

—Necesito que vengas aquí y te coloques junto a ella. Que pongas tu brazo aquí —le dijo señalando la parte superior del vientre de Beth— y empujes fuerte hacia abajo cuando yo te lo diga.

Duncan no perdió ni un segundo en hacer lo que le pedía.

Vio el rictus serio de Elisa, el temor velado en sus ojos, uno que intentaba ocultar desesperadamente pero que Duncan era capaz de atisbar por momentos. La vio tomar aire y con resolución concentrarse en traer a ese niño al mundo y mantener a salvo a su amiga, dejando a un lado todos sus temores. Y la admiró. Por cómo superó ese miedo natural, por cómo tomó el control de la situación e intentaba calmar a Beth y a todos los que estaban allí, con tan solo diecinueve años y la presión de tener dos vidas en sus manos.

—Ahora, Duncan, aprieta.

Duncan ejerció presión sobre el vientre de la mujer, intentando aislarse del hecho de que le estaba produciendo con su acción un dolor agónico a tenor del grito que salió de sus labios y de cómo apretó después los dientes, que chirriaron por la presión ejercida entre ellos.

—¡Otra vez! —gritó Elisa

Duncan vio la sangre caer al suelo después de impregnar los muslos de la esposa de Alan. Vio cómo las fuerzas la abandonaban por momentos y entonces cogió su mano y se la apretó. Beth giró la cabeza y vio al *highlander* que no conocía pero que le hablaba con firmeza y seguridad, que le rozaba el interior de la mano con ternura y le urgía a luchar y a que no se diera por vencida hasta que pudiese ver el rostro de su hijo.

Algo en el tono de voz de aquel hombre, en la contundencia de sus palabras, en el dolor agónico de sus ojos la hicieron aferrarse a la vida, a aquel momento. Así que cuando Elisa le exigió que apretara con todas sus fuerzas mientras el *highlander* presionaba nuevamente en su vientre, haciéndola sentir que se partía en dos, Beth lanzó un grito y lo hizo, empujó, apretando los dientes y estrujando la mano de aquel desconocido con tal intensidad que pensó que se la rompería.

Ella sabía que estaba cerca de perder la vida, lo sentía. No podía seguir así por más tiempo, y

cuando iba a decirle a Elisa que hiciese lo posible por salvar a su hijo, que ese último empujón se había llevado las pocas fuerzas que le quedaban, el llanto de un niño rasgó la noche y endulzó sus oídos haciendo que su pecho se contrajera de emoción, tanta que temió ahogarse en la alegría de escuchar cómo la vida le otorgaba aquel regalo. Nada más importaba.

Cuando sintió que Elisa le colocaba sobre su pecho al pequeño ser que daba sentido a todo, creyó morir de felicidad.

—Tienes un hijo sano, Beth, y precioso.

Duncan tragó saliva cuando vio la escena. Cuando escuchó el llanto del niño tuvo que apretar las manos a sus costados. El temblor que se había adueñado de ellas había sido enloquecedor. Cuando vio cómo Elisa lo limpiaba y se lo daba a la madre para que lo acunara en su pecho, tuvo que apretar los dientes por no caer de rodillas allí mismo. Habían pasado ocho años pero había recuerdos que no morían nunca, ni siquiera se diluían con el traspasar del tiempo. Sin embargo, el hecho de que en esta ocasión la vida hubiese ganado la partida, que ambos estuviesen bien, alivió su alma hecha jirones como nada lo había hecho en esos años.

Se alejó cuando Alan volvió a entrar y el cubo se le cayó de las manos al contemplar a su mujer esbozar una sonrisa y a su hijo llorar como si no hubiese un mañana. Corrió junto a ellos y sintió correr las lágrimas por sus mejillas en un volcán de emociones que no pudo controlar.

Besó a su esposa y a su hijo y miró a Elisa, que en ese instante estaba acabando de preparar a su esposa.

—Gracias —dijo con la voz quebrada de la emoción.

Elisa asintió. No pudo hacer más porque, sin poder evitarlo, los ojos se le nublaron y tuvo que desviar la mirada para centrarse en terminar con Beth. Había sacado todo lo que recubría al pequeño, todo lo que tenía que expulsar su amiga después del parto, y ahora la estaba limpiando, colocando paños y controlando que no hubiese un sangrado que no fuese normal.

Duncan miró a Elisa desde el rincón donde se había retirado. Hubiese salido de allí. Sentía que era un intruso en aquella escena, que ese momento solo les pertenecía a esa familia y a Elisa, que era la que había provocado que hubiese tenido un final feliz.

La observó. Estaba manchada de sangre. El pelo húmedo se le ensortijaba en la cara y en la nuca, y el recogido que llevaba prácticamente se le había desecho pero estaba preciosa. Con las mejillas encendidas y los ojos vidriosos de la emoción parecía mucho más joven, prácticamente una chiquilla, y sin embargo su postura, su presencia impregnaba aquellas paredes con una seguridad impropias de su edad y de una madurez que no correspondía con su juventud.

El orgullo inflamó su pecho. Un orgullo que no le pertenecía pero que sintió suyo, por los sentimientos que ella le producía y que en ese instante ni quería ni podía dominar.

—Te espero fuera —dijo Duncan a Elisa. Antes de irse sonrió a la pareja que no podían dejar de mirar a su hijo con tanto amor que dolía, y con un gesto de cabeza se despidió de ellos. Beth alargó una mano hacia su dirección y Duncan, que ya se marchaba, detuvo su paso y se acercó a ella.

La esposa de Alan le invitó a acercarse más. Beth estaba recostada sobre el pecho de su marido y sostenía a su hijo felizmente dormido entre sus brazos.

—Me gustaría saber el nombre del hombre que ha ayudado a Elisa a salvar mi vida y la de mi hijo —dijo con una tenue sonrisa.

—Creo que el mérito es todo de Elisa. Yo solo me limité a hacer lo que me decía.

Beth sonrió más ampliamente. Sus ojos color miel brillaron por un instante, y Duncan pudo percatarse de la mirada pícara que tenía escondida bajo esa expresión casi tímida.

—No se subestime. Lo hizo muy bien, y además, no debe llevarle la contraria a una mujer que acaba de dar a luz.

Duncan miró a Beth y a Alan cuando este soltó una pequeña carcajada.

—Créame, por experiencia sé que es mejor no llevarle la contraria nunca.

La risa baja pero cálida de Elisa llegó hasta sus oídos, dándole la razón a Alan.

—Jamás osaría contradecir a una dama, y menos después de haber luchado de esa manera. Ha sido impresionante.

Beth se sonrojó un poco ante las palabras de Duncan.

—Soy Duncan McPherson.

Beth tocó la cabecita de su hijo que soltó un pequeño suspiro.

—Duncan... me gusta. ¿Alan? —preguntó Beth girando la cabeza para mirar a los ojos al hombre al que amaba más que a su vida.

Su marido la acunó más en sus brazos antes de asentir.

—Laird McPherson —siguió Beth mirando a Duncan fijamente— le presento a mi hijo Duncan MacLaren

Duncan sintió que por unos segundos el aire se quedaba aprisionado en su pecho. Sintió cómo sus ojos adquirirían cierta humedad, y tuvo que carraspear para volver a tener el control.

—Es... es un honor. Gracias.

Beth y Alan sonrieron a su vez y el *highlander* se despidió de ellos con el corazón martilleando en su pecho.

CAPÍTULO VIII

Duncan se acercó a Elisa cuando la vio salir de la casa. Había esperado fuera hasta que ella terminó de examinar nuevamente a Beth, dejándola descansar junto a Alan y al pequeño Duncan con la promesa de acercarse nuevamente al día siguiente para saber cómo iban. Le hizo prometer a Alan que iría por ella si Beth se sentía mal o percibía algo extraño.

Duncan vio la cara de Elisa, los surcos bajo sus ojos y sus hombros algo hundidos como si estuviese sosteniendo el peso del mundo sobre ellos.

—No tenía que haberse quedado a esperarme. Ya ha hecho demasiado. Debe de estar cansado —dijo Elisa mientras se ponía a su lado para caminar juntos hasta su casa.

Duncan hizo un gesto con la cara que no pasó desapercibido a Elisa y que hizo aflorar una tenue sonrisa en su joven rostro.

—Me da la mano para levantarme. Ahora se preocupa por que me canse. ¿Me está llamado viejo?

Elisa abrió los ojos desmesuradamente antes de hablar.

—No... yo no quise insinuar... Usted no es viejo, es joven y es perfecto. Quiero decir, que se le ve fuerte y solo tiene veintinueve años y es una edad idónea. Y es muy apuesto... y...

Esas últimas palabras salieron de la boca de Elisa antes de que pudiese detenerlas. Después, al pensar sobre ello, la única respuesta que encontraría para ese enorme y humillante desliz era el cansancio, la falta de sueño de los últimos días y todo el miedo y la tensión que había pasado durante el parto de su amiga.

Las fuerzas le flaqueaban, sentía sus piernas como si estuviesen hechas de gachas y su cuerpo no respondiese a sus demandas. Necesitaba asearse e irse a la cama durante unas horas.

Duncan no pudo evitar la chispa divertida que acudió a sus ojos cuando escuchó las palabras de Elisa y vio su sonrojo. Jamás en su vida había visto teñirse unas mejillas de esa manera, tanto que temió que las pecas le salieran ardiendo.

La vio cerrar los ojos y apretarlos, mortificada por sus propias palabras.

Duncan acarició su mejilla con suavidad. Ese gesto era tan adictivo como lo era el tacto de su piel bajo sus dedos.

—Elisa, abre los ojos.

Elisa abrió un ojo, en forma de guiño, como si le diese miedo lo que iba a encontrar al mirarle, y Duncan tuvo que contener la sonrisa que acudió a su boca con pasmosa espontaneidad. Elisa tenía ese efecto sobre él. Uno más en su larga lista de reacciones que no podía evitar estando cerca de ella.

—Perdona...

—¿Por qué? ¿Por decirme que crees que soy apuesto? Lo siento, pero no puedo aceptarlas. Después de hacer que me sienta especial a tus ojos no puedes quitarme eso, porque entonces me dejarías en desventaja. Porque yo creo que eres maravillosa en todos los aspectos. Y lo que has hecho esta noche, lo que has hecho con Beth y su hijo, ha sido increíble.

Elisa le miró intentando asimilar todo lo que le había dicho. Sintió que el muro que había construido durante todos esos años, la distancia que guardaba celosamente con sus sentimientos y

con todos los demás se resquebrajaba. Y dio un paso atrás.

—No he hecho nada especial. Solo lo que debía —contestó Elisa apretando ligeramente los labios.

Duncan frunció el entrecejo al observar el cambio que se había operado en Elisa. Había sido como ser testigo de un sinfín de emociones en una consecución disonante, demasiado rápida como para poder entenderla.

Elisa echó andar y Duncan caminó junto a ella, en silencio, intuyendo que eso era lo que ella necesitaba.

Cuando llegaron junto a la puerta de la casa de Elisa, esta se volvió para mirar a Duncan y despedirse de él.

—Muchas gracias por todo lo que has hecho esta noche. Recuerda que has prometido enseñarme la herida mañana.

Duncan la miró fijamente y ella se sintió de golpe demasiado vulnerable. Era como si él pudiese leerle el alma, y aunque sabía que eso era imposible, el sentimiento estaba ahí, rondando sus demonios y empujándola en la dirección contraria.

—Hasta mañana —dijo Elisa de forma atropellada. Solo quería entrar en la seguridad de su hogar y olvidar los últimos minutos.

Duncan la detuvo, cogiéndola del brazo. Lo hizo de forma firme pero delicada. Como si le estuviese rogando.

Elisa miró los dedos que rozaban su codo antes de subir la mirada hasta sus ojos.

—Debe ser agotador mantener ese muro a tu alrededor todo el tiempo, sin bajar la guardia en ningún momento —dijo Duncan de forma lenta, con una mirada que le atravesó el alma.

Elisa sintió como si le hubiesen arrebatado el aire, y no pudo evitar que una expresión de sorpresa distorsionara sus facciones. Sin embargo se recompuso con rapidez.

—No sé de qué estás hablando.

Vio una cierta desilusión en los ojos de Duncan antes de soltar su codo. Era inaudito cómo un gesto del que estaba deseando librarse, la llenó de desconsuelo cuando no sintió su tacto. Era contradictorio y la estaba volviendo loca. Primero quería huir de él y de su percepción para poder entenderla de una forma tan primaria y visceral, y al momento no quería que se separara de ella, ni que dejara de mantener su contacto. Cuando lo sentía cerca, cuando sus miradas se entrelazaban, no se sentía sola. Y era una locura, lo sabía, pero era lo que sentía.

—Y ahí está de nuevo —dijo Duncan haciendo un gesto con la mano, como si señalara un muro imaginario—. Lo respeto, y lo comprendo mejor de lo que crees. Una parte de mí quiere hacer que desaparezca aquello que te ha hecho defenderte de esa manera, porque no puedes engañarme. Te he observado y lo que he visto ha sido a una mujer fuerte, valiente, que no se rinde y que es capaz de luchar con uñas y dientes. La mujer gentil, noble y desinteresada que se vuelca en el bienestar de su gente y de todo aquel que lo necesita. Veo en tus ojos una madurez impropia de tu edad y cómo a pesar del temor y el miedo no has dejado que ellos te venzan. La distancia que impones no se forja en un día ni por un solo motivo. Alguien te hizo demasiado daño y quisiera matarlo por ello. Y sé lo que vas a decirme: que no es de mi maldita incumbencia... y tienes toda la razón, salvo por una cosa. Me importa demasiado para hacerme a un lado.

Elisa le miró, echando fuego por los ojos. Todo lo que le había dicho había sido innecesario y aterradoramente cercano a la verdad.

—Tienes razón, no es de tu incumbencia.

Una sonrisa que no llegó a su mirada se dibujó en los labios de Duncan.

—Así es más sencillo, ¿verdad, Elisa?, pero nadie ha dicho que lo fácil sea lo mejor.

Iba a decirle a Duncan que no sabía qué quería decir con eso cuando todo sucedió demasiado deprisa para poder reaccionar.

En un instante, Duncan le estaba hablando y al otro sus labios estaban cubriendo los suyos. Su mano le acariciaba la mejilla y la otra se enredó en su pelo, haciendo que ella sintiera que el suelo se movía bajo sus pies. Duncan la sostuvo, acariciándola con suma delicadeza y saboreando sus labios. Se quedó quieta, sin saber cómo reaccionar. Sabía que debía apartarlo, debía alejarse de él, y sin embargo se encontró a sí misma abriendo la boca y dejando escapar un gemido que estaba luchando por brotar y que por fin cobró vida. Duncan aprovechó ese instante, para adueñarse del interior de su boca. Lo hizo bebiendo de ella a sorbos pequeños, explorando cada centímetro de su húmeda cavidad con reverencia, con pasión, y Elisa se aferró a sus brazos. Sintió contraerse los músculos bajo sus manos ante su contacto con un pequeño temblor y aquello la hizo sentirse bien, la hizo sentirse poderosa. Sobre todo cuando un ronco gruñido salió de la garganta de Duncan, quien con reticencia y mucho autocontrol dejó los labios de Elisa y apoyó su frente en la de ella. Sus alientos agitados se entremezclaron, presos ambos de una excitación difícil de contener.

Cuando la respiración de Elisa pareció volver a la normalidad, fue consciente de lo que había pasado. Sobre todo cuando clavó sus ojos en los de Duncan y vio la pasión y el deseo visceral en ellos. Le vio apretar la mandíbula antes de coger una mano de ella y besarle la palma con ternura para soltarla después lentamente y volver a mirarla a los ojos. En ese momento, ella podría haber jurado que vio sufrimiento en los de él.

—Hasta mañana, Elisa —le dijo Duncan con esa voz que le hacía sentir calor en lugares insospechados al escuchar su tono grave y seductor.

Ella no pudo decir nada. Tragó saliva antes de dar un paso hacia atrás y entrar a trompicones en su hogar. Le escuchó irse y, sin que sus piernas pudieran sujetarla por más tiempo, apoyó la espalda en la pared y se dejó caer por ella hasta que sintió el suelo bajo su cuerpo.

Un suspiro contenido salió de sus labios trémulos. Los mismos que tocó con manos temblorosas como si así pudiese obtener alguna evidencia de los labios que la habían besado, de los besos que Duncan le había dado y que ella había devuelto, del sabor y el tacto del hombre que la había hecho estremecer. Cerró los ojos y revivió de nuevo la caricia de su mano sobre su mejilla y en su pelo, y calor que desprendía su brazo bajo sus dedos. Y entonces entendió en un segundo que aquello que más había temido estaba terriblemente cerca de convertirse en una realidad, porque si no había nada que lo detuviese, estaba a solo un paso de enamorarse de Duncan McPherson.

CAPÍTULO IX

Elisa no pudo ver cómo evolucionaba la herida de Duncan porque al día siguiente, cuando el sol solo rozaba el horizonte en el castillo, se desató un verdadero caos.

Uno de los hombres de Laird Daroch había intentado matar a Logan McGregor. Nadie sabía el motivo, pero se cuchicheaba por los pasillos que la razón había sido que Daroch había quedado en ridículo por su propia estupidez al perder una apuesta contra Edine MacLeod y que su orgullo no lo pudo soportar. Intentó ir contra ella y en su camino se encontró con el puño de McGregor, que a esas alturas era más que evidente que mataría a quien intentase hacerle algo a Edine. El hecho de que estuviese loco por ella era algo difícil de ocultar si se les veía juntos, por lo menos era evidente para Elisa. Esa misma mañana había curado la herida a Logan mientras era testigo de cómo Edine sufría cada segundo de esa cura sin soltar la mano de McGregor en ningún momento. Elisa sospechó que Edine no había sido consciente de ese gesto tan íntimo y revelador por sí mismo.

Después de acabar con McGregor, Elisa había hablado con Edine que, nerviosa, no pudo ocultar el temor y el sufrimiento que había contenido en su mirada todo el rato que estuvo al lado de Logan mientras ella veía el destrozo que en su carne había llegado a infligir su atacante. Elisa la había tranquilizado diciéndole que McGregor estaba bien, pero sabía que el desasosiego de Elisa iba más allá de los últimos acontecimientos, y lo vio claro en su mirada. La historia con Logan no se había forjado en esos días, esa historia tenía toda una vida en sí, y la estaba destrozando. Ella podía entender lo que los recuerdos podían hacer, cómo te robaban una parte de ti y no te dejaban ser libre. Así que escuchó entre líneas y le dijo que contase con ella para lo que necesitase.

De esa manera la había dejado, y hubiera podido completar su día de forma tranquila si no fuese porque esa misma tarde, cuando volvió a acudir al castillo para mirar de nuevo la herida de Logan, este se estaba preparando para partir en busca de Daroch. McGregor quería alcanzarlo, entregarle el cuerpo del hombre que intentó matarle y retarlo. No tenían pruebas de que ese hombre había sido enviado por Daroch para acabar con la vida de Logan, pero era algo obvio y Elisa sabía que lo único que McGregor podía hacer era desafiarlo.

Elisa no estaba de acuerdo en que Logan se expusiera a la lucha en su estado, pero sabía que era algo inevitable. Sin, embargo lo que hizo que perdiera su templanza y que su estómago se contrajera con un nudo fue ver quién lo acompañaba. No solo su primo Grant y Alec Campbell sino también el hombre que invadía cada uno de sus pensamientos: Duncan McPherson.

Por instinto, sin nada premeditado que decir, se acercó a este último, que esperaba a los demás cerca de la puerta de entrada del castillo. Ya había visto a sus hombres preparados fuera pero jamás pensó que era para unirse a Logan e ir detrás de Daroch y sus guerreros.

—¿Vas a ir con ellos?

Duncan levantó la mirada cuando escuchó su voz, su pregunta y ¿eso que había percibido en su tono era preocupación?

—Así es.

La mirada de Elisa se endureció en aquel instante.

—McGregor no está en condiciones, y tu brazo... Es una locura.

—A Logan le veo bastante entero y, en cuanto a mi brazo, está más que curado. Además, también van Alec, tu primo Grant y algunos hombres más. ¿Debo deducir que estás preocupada por nosotros?

Elisa contuvo la respiración antes de soltarlo de golpe. Estaba preciosa cuando se enfadaba, pensó Duncan, que sonrió de medio lado.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que estoy preocupada. No me he pasado toda la mañana curando a Logan McGregor para que ahora se vaya a que lo ensarten en una espada.

Duncan enarcó una ceja.

—Creo que en este caso por el que deberías preocuparte es por Daroch. Logan es muy capaz de matarlo con un brazo atado a la espalda.

—Pero allí habrá más hombres, y Daroch no es de los que juegan limpio.

—Para eso estamos nosotros, para cerciorarnos de que no intenta nada deshonesto.

Elisa apretó los puños y le miró con cara de ir a echar humo por las orejas en cualquier momento.

—¿A qué viene esto en verdad, Elisa? —le preguntó Duncan dando un paso al frente y quedando muy cerca de ella.

Elisa sintió que parte de su enfado se transformaba en otro sentimiento igual de intenso que la urgía a salir de allí, a huir de aquella proximidad que tanto le recordó lo que había pasado entre ellos la noche anterior. El contacto de aquellos labios que ahora estaban a escasa distancia de los suyos la tentaron como nada lo había hecho antes.

Era una locura, y ella estaba saboreando esa locura como si fuese un auténtico elixir. ¿Pero qué le pasaba? No se entendía en absoluto. Ni sus reacciones, ni sus miedos desmedidos, ni sus deseos. Y menos aún la atracción visceral e incontrolable que se adueñaba de su ser cada vez que Duncan estaba cerca y posaba aquellos ojos verdes y grises sobre ella.

Era vergonzoso el estado al que la relegaba, como en ese instante en que, para su asombro, estaba allí discutiendo sobre si estaba preocupada con la partida de todos ellos cuando la verdad era que, a pesar de estar muy preocupada por Grant, que era su única familia, y por el resto, lo que hacía que le costara respirar era el hecho de pensar que a Duncan le ocurriese algo. Sabía que era estúpido sentirse así. Él no era nadie para ella, y además era un gran guerrero, jefe del clan McPherson, cuya valía estaba más que demostrada. Su cabeza le decía eso en todo momento, repitiéndolo con una cadencia a veces exagerada, pero su corazón le gritaba que en la guerra, en los enfrentamientos entre guerreros avezados, la muerte estaba más que presente. Sabía que no había nada seguro y que la lucha a veces no respondía a la lógica.

Elisa dio varios pasos hacia atrás poniendo distancia entre ambos. Le sudaban las manos y, en cambio, las sentía frías. Estaba nerviosa, preocupada, y una lucha encarnizada estaba teniendo lugar en su interior. Vio la expresión de Duncan, intentando leer en ella, tratando de averiguar qué era lo que estaba pensando, y lo que hizo que las palabras que deberían haber muerto en sus labios antes de pronunciarlas salieran antes de poder detenerlas fue el ver en su mirada la necesidad de entenderla cuando ella misma no comprendía qué le ocurría.

—Vuelve para otro beso, Duncan McPherson.

Vio el brillo en los ojos de Duncan y la sorpresa en su rostro. Vio el deseo en su mirada con una intensidad arrolladora. Elisa se dio media vuelta y, por primera vez en su vida, huyó de algo. Por primera vez en muchos años temía perder.

Después de dos días por fin habían vuelto a tierras MacLaren. La marcha para encontrar a Daroch había sido endiablada y por fin el día anterior le habían alcanzado cerca de sus tierras.

Aunque McGregor no podía culpar directamente a Daroch del intento de asesinato, el hecho de que su asesino fuese un miembro de su clan ponía a Lachan en una situación comprometida. Daroch era el responsable y todos ellos lo sabían, pero sin pruebas, este podía aducir que el guerrero a sus órdenes actuó sin su consentimiento, y aunque nadie pudiese creer tal mentira, esa duda era suficiente para que Logan y los demás no pudiesen despellejarlo vivo. Así que cuando lo encontraron, le devolvieron el cuerpo del guerrero perteneciente a su clan y McGregor lo desafió. A pesar de su herida, Logan no tuvo piedad y Daroch acabó con la cabeza en el barro, varias costillas rotas, la nariz fracturada y la espada a escasos centímetros de su cuello. Le dejó bien claro que si alguna vez alguien de su clan volvía a atentar contra su vida le mataría. Ante el asentimiento a sus palabras por parte de los hombres que le acompañaban, Grant MacLaren, Alan Campbell y Duncan McPherson, todos jefes de clanes y los mejores *highlander* que existían, Daroch tuvo que aceptar que si alguna vez osaba ni siquiera respirar en la misma dirección que McGregor, sería hombre muerto.

Así que, cuando llegaron al castillo y desmontaron de sus caballos, estaban todos cansados, sucios y hambrientos.

—Ha estado bien, pero en verdad hubiese preferido que McGregor le hubiese arrancado la cabeza a ese cabrón —dijo Gavin frotándose el ojo izquierdo cuando se quedaron los tres solos. Grant y Logan ya habían entrado y Alec estaba hablando unos metros atrás con una muchacha que Duncan reconoció como Helen Cameron. A tenor de sus caras y de la posición de Alec, la conversación era de todo menos amistosa.

Irvin miró a Duncan y este sonrió ante la mueca que puso su primo.

—Me lo hubiese pasado mejor si el que lo hubiese partido por la mitad hubiese sido yo. Es más gratificante y te deja más tranquilo —dijo Irvin viendo cómo Gavin asentía después de pensarlo un poco.

—Al que vamos a descuartizar como no lleve pronto los caballos al establo será a ti —puntualizó Duncan con una sonrisa irónica en los labios.

Gavin frunció el ceño y se fue con los caballos sin mirar atrás a pesar de las ganas que tuvo de decirle cuatro cosas a Irvin cuando escuchó su carcajada.

—Voy al lago a darme un baño. Os veo más tarde —dijo Duncan a Irvin y este asintió en señal de aprobación.

—A mí tendrán que aguantarme un rato antes de dejar mis posaderas en remojo porque ahora mismo me comería un ternero. Y lo siento pero voy a acercarme a las cocinas con Gavin. El niño conoce allí a una muchacha a la que conquistó la otra noche y que estoy seguro no le importará darnos algo de comida. No aguanto hasta la cena —dijo Irvin con un gruñido mirando a Duncan.

—Si no las matas antes con tu olor —replicó Duncan con las manos en las caderas.

Irvin se hizo el ofendido solo unos segundos.

—El olor de un verdadero *highlander*.

Duncan puso los ojos en blanco antes de pasar por su lado.

—Pues mantén alejado ese olor hasta que te bañes. No quiero que piensen que los McPherson somos unos cerdos.

—¡Eh! ¿A quién estás llamando eso? —preguntó Irvin, que solo veía las espaldas de Duncan al alejarse, cuando levantó el brazo y se olió a sí mismo. Arrugó la nariz y soltó el aire con una tos.

—De acuerdo. Será mejor baño primero y comida después —dijo para sí mismo cuando se tambaleó ante su propia fragancia corporal.

CAPÍTULO X

Duncan se dio un baño en las frías aguas del lago, volvió al castillo y comió algo junto a sus hombres y Alec Campbell. Grant y Logan habían desaparecido, y no fue hasta esa misma noche cuando conoció la causa de su ausencia; ambos, a su llegada, habían estado muy ocupados comprometiéndose con Edine e Isobel MacLeod.

Eso evocó nuevamente la imagen de una mujer en la mente de Duncan, que no la había abandonado en sus dos días fuera de aquellas tierras y lejos de ella. Podría pensar que, en la lejanía, sus impulsos, los sentimientos que creía dormidos y desplazados de su vida con una determinación casi inhumana, habían sido solo producto de un deseo no saciado por largo tiempo y, sin embargo, el estar separado de ella solo le sirvió para tomar perspectiva y darse cuenta de que lo que sentía por Elisa MacLaren distaba mucho de ser solo eso. Había algo más primario, más primitivo en todo aquello. Se descubrió a sí mismo siendo posesivo, protector e impulsivo. Nada de eso le definía en cuanto a su relación con las mujeres. Era protector con su clan, con aquellos a los que amaba, pero siempre llevado de la mano de la templanza y, en cambio, con Elisa era visceral hasta la médula.

Desde que puso un pie de nuevo en aquellas tierras lo único en lo que pensaba era en buscarla y reclamar ese beso que le prometió y, sin embargo, se obligó a imponer la razón sobre todo lo demás porque el día que se fue, el día en que ella dijo aquellas palabras como si le hubiese costado parte de su ser pronunciarlas, Duncan vio en sus ojos el miedo y la angustia por sentir así.

Sabía que aquella muchacha tenía sus propios demonios, los había atisbado con una claridad absoluta, y lo último que deseaba era causarle algún tipo de sufrimiento. La promesa que se hizo a sí mismo años atrás quemaba nuevamente y no la pensaba quebrantar. No volvería a unirse a una mujer que no sintiese nada por él. Cuando se casó con Ann no la amaba, pero con el tiempo aprendió a quererla sin que ella pudiese hacer lo mismo por él. Y eso los destruyó a los dos. El corazón de ella estaba ocupado y desangrándose por alguien al que ya no podría tener. Habían sido amigos, demasiado para lo que podría haber sido aquel infierno y, en la desesperación de Ann, un día se lo confesó todo. Duncan quiso cuidarla, consolarla, y se entregó a un amor no correspondido intentando acunar el maltrecho corazón de Ann. No funcionó. Al final la perdió a ella, a su hijo y a una parte de él que murió con ellos.

Esa fue una dura y despiadada lección de la que seguía aprendiendo cada día. No quería que Elisa lo hiciese. Había visto el deseo en sus ojos cuando le miraba, la había sentido temblar bajo sus besos y sus manos, y la había visto sonreír mientras compartían unas pocas palabras. La conexión entre ellos era innegable, pero el problema no era ese. El impedimento no estaba en los sentimientos de Duncan, en lo que él ansiaba. Eso, algo que le había costado asimilar los últimos días, era algo con lo que podía lidiar. El problema era el miedo casi paralizante que había visto en los ojos de Elisa cuando atisbaba los suyos propios. O no eran lo suficientemente fuertes como para vencer a ese miedo y era solo un sentimiento unilateral, o el origen de ese miedo era lo suficientemente fuerte y estaba tan profundamente arraigado como para no poder vencerlo arriesgándose a sentir libremente algo por Duncan. Y él no iba a imponerle nada, no iba a obligarla a nada y menos aún iba a manipular nada. Así que solo le quedaba esperar, y eso era

algo con lo que no podía contar. En un par de días se iría de allí y, con toda seguridad, no volvería a verla. Esa posibilidad le hacía apretar los dientes y querer mandar al diablo cada maldito palmo de autocontrol que había adquirido a lo largo de su vida.

No podía pensar en lo que deseaba, porque entonces Elisa MacLaren estaría ya a lomos de su caballo para llevarla al hogar del clan McPherson.

Duncan tuvo que dejar esos pensamientos a un lado cuando se cruzó con Logan McGregor.

—Duncan.

Logan desplazó su mirada por los alrededores como si estuviese intentando dilucidar qué hacía McPherson solo paseando por la parte posterior del castillo cuando era prácticamente la hora de la cena.

—Tenía ganas de estar solo un rato y sentir el aire fresco —dijo Duncan contestando a la pregunta que nunca llegó a realizar Logan, pero que veía implícita en su mirada.

McGregor sonrió ampliamente.

—¿Tan obvio ha resultado lo que estaba pensando? —preguntó divertido

Duncan negó con la cabeza para luego arrancar una carcajada de los labios de McGregor con una sola palabra.

—Bastante.

Duncan observó a Logan y su expresión, aunque cansada producto de la herida que portaba en su hombro y de lo acontecido los dos días previos, incluido su enfrentamiento con Daroch, había cambiado radicalmente. Duncan podía ver como la tensión que había observado desde su llegada en las facciones de McGregor, así como su postura y su mirada dura e inquebrantable, no eran las mismas; habían desaparecido. Logan parecía en aquel instante relajado, feliz.

—¿Debo felicitarte por algo? —preguntó Duncan, que sonrió al ver la expresión de sorpresa de Logan. Este había intentado disimularla. Era muy bueno en ello, pero esos pocos segundos fueron suficientes para que Duncan supiera que sus palabras habían sido acertadas.

Logan negó con la cabeza en señal de incredulidad.

—¿Cómo lo haces, McPherson?

—¿El qué? —dijo Duncan enarcando una ceja.

—Leer en la gente como si fuese un libro abierto.

—¿Entonces tengo razón?

Logan entrecerró un poco los ojos como si estuviese estudiando a un oponente.

—Sabes que sí, y apuesto a que intuyes qué es.

Duncan tomó aquello como un desafío y miró fijamente a Logan.

—Tu expresión ha cambiado. Cuando llegué aquí vi a un Logan distinto al de ahora y que permaneció así hasta esta mañana cuando volvimos de dar alcance a Daroch. Tienes el aspecto de un hombre al que la vida le ha dado una segunda oportunidad. Rebasas alegría por todos lados, aunque intentas contenerla, ¿por qué? Porque no te crearás tu buena suerte hasta que tengas la certeza absoluta. No me gusta aventurarme sin más, pero si tuviese que arriesgarme diría que tiene que ver con Edine MacLeod. Creo que le has pedido que sea tu esposa y te ha dicho que sí, pero no quieres tentar al destino hasta que no veas ese matrimonio formalizado ante un sacerdote.

La intensidad con la que Logan le miró, como si estuviera admirando a un digno adversario, le dijo que llevaba razón. Logan todavía no se lo había contado a nadie. Solo Grant e Isobel lo sabían y habían prometido no decir nada hasta que ellos lo hicieran aquella noche durante la cena.

—Das miedo, McPherson.

Ahora el que soltó una carcajada fue Duncan, al que Logan se unió dándole una palmada en la

espalda e invitándolo a tomar el camino hacia el castillo mientras seguía hablando.

—Enhorabuena, Logan. Debe ser una mujer maravillosa para aguantarte a ti

La chispa divertida que vio en los ojos de McGregor, junto a sus facciones, que se habían suavizado al oírle hablar de Edine, le dijeron a Duncan que Logan estaba totalmente enamorado de aquella mujer.

—Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Ya la perdí una vez y ahora que he vuelto a recuperarla solo puedo decirte que todos estos años sin ella lo único que he hecho ha sido sobrevivir a duras penas. —Duncan vio la profundidad de aquellas palabras pronunciadas por McGregor sin su eterno autocontrol. Había podido escuchar el pequeño temblor subyacente en ellas—. Así que, si mañana no tienes nada que hacer, me gustaría que asistieras a nuestra boda.

Ahora fue el turno de Duncan de quedarse con la boca abierta.

—No pierdes el tiempo.

Logan paró cuando llevaban solo unos metros para mirar a Duncan.

—He intentado arrastrar al sacerdote hasta aquí esta noche, pero le estaba dando la extremaunción a un anciano del clan. Así que le he dicho que si mañana por la mañana no estaba aquí para casarme no iba a tener tierra suficiente en todas las Highlands para esconderse, y he pasado a detallarle lo que iba a hacerle si se daba el caso.

—¿Amenazando a un hombre de Dios, McGregor? —Una risa baja acompañó a la pregunta de Duncan—. Nunca lo hubiese esperado de ti —continuó McPherson con un brillo divertido en los ojos.

Logan le miró con una sonrisa torcida en los labios.

—Cuando me fui no sé quién estaba más pálido, si el anciano que esperaba a que la muerte lo reclamase o el sacerdote. De hecho, creo que el anciano sonrió ante mi amenaza.

Duncan se imaginó la escena y no pudo evitar reírse de nuevo.

—Será un honor para mí estar presente en ella. Gracias, McGregor.

Logan volvió a pararse antes de entrar definitivamente en el interior de aquellos muros de piedra que se alzaban orgullosos hacia el cielo.

—Gracias a ti por cuidar de mi hermana Aili y de ayudarla a ella y Andrew cuando te necesitaron. Y gracias por guardarme las espaldas con Daroch.

Duncan asintió y, sin más palabras, entraron donde el sonido alejado de las voces de los invitados poco a poco inundaba el salón para la cena.

CAPÍTULO XI

Elisa no le había visto. Sabía que había vuelto y que estaba bien, pero en ningún momento de ese largo día pudo comprobarlo por sí misma. Y ahora, esperando cruzarse con él en cualquier momento, no podía dejar de pensar en las últimas palabras que le dijo antes de que partiera con Grant y los demás. «Vuelve para otro beso». ¿Pero en qué había estado pensando? Estaba claro que no lo había hecho, y ahora tenía que cargar con el peso de su propia estupidez y, sin embargo, algo dentro de ella deseaba ese momento con auténtica ansiedad.

Lo único que consiguió despojarla de esos pensamientos fue el recibir noticias de su madre y la conversación mantenida esa misma tarde con Helen Cameron cuando fue a verla a sus aposentos por un accidente que había sufrido en su pie. La dama, con su habitual alegría y lengua mordaz, la hizo reír, y eso que Helen estaba claramente dolorida. Se había hecho daño en el pie y el tobillo derecho. ¿Cómo había ocurrido? No le quedó claro al preguntar, y menos cuando Helen le respondió con voz apenas audible que se había tropezado accidentalmente con una piedra que se interpuso en su camino cuando expresaba su rabia contra uno de los *highlander* que estaban allí reunidos. Después de eso, y con clara intención de cambiar de tema, le preguntó con genuina alegría si se alegraba por su primo Grant. Y entonces fue cuando Elisa se quedó en blanco; ¿de qué estaba hablando? Y Helen siguió con su dicharachera diatriba sobre lo contenta que estaba por su amiga Isobel MacLeod y su próxima boda con Grant.

Ese fue el instante en que Elisa le preguntó si el golpe se lo había dado en el pie o en la cabeza. Entonces Helen la miró como si fuese un monstruo salido del averno y puso cara de ¿pero no te has enterado? Y procedió a contarle como Grant le había propuesto matrimonio a Isobel esa misma tarde y ella le había aceptado. Que era todavía un secreto, pero como ella era familia de Grant pensaba que ya lo sabía.

Al principio Elisa se quedó sin saber qué decir. Grant no le había comentado nada antes de su partida. Elisa sabía que su primo sentía algo por Isobel. Conocía muy bien a Grant como para dudar de tal hecho. Sabía que él no era de los que se enamoraban con facilidad, de hecho, nunca le había visto enamorado, pero las miradas, la forma de tratar y de hablar con Isobel, no le habían dejado ninguna duda. Había sido fascinante ver a su primo por primera vez caer rendido bajo el influjo del amor, y Elisa se había sentido muy feliz por él, pero también preocupada. Quería mucho a Grant, era el hermano que nunca tuvo y no quería que sufriese por un amor no correspondido. El hecho de que le hubiese pedido a Isobel que fuese su esposa le hablaba de un amor más profundo del que había intuido al principio, y que Isobel le hubiese correspondido la llenaba de felicidad por Grant.

Así que, cuando terminó con Helen Cameron, que al final se había reído con ella por la cara que había puesto Elisa al recibir la noticia, bajó las escaleras y cruzó el pasillo hasta llegar a la habitación que su primo utilizaba para llevar la administración del castillo.

Cuando llegó la puerta estaba entreabierta y Elisa se asomó por ella esbozando una pequeña sonrisa al ver a Grant mesarse los cabellos como siempre hacía cuando estaba cansado. Su primo pareció intuir su presencia, porque al instante levantó la cabeza para cruzar su mirada con la de ella. Elisa pudo comprobar de primera mano que algo había cambiado en los ojos y en la

expresión de Grant. La felicidad, la satisfacción que evocaba en su mirada al tener a su alcance lo que más anhelaba, se ancló en el pecho de Elisa y le dijo todo lo que necesitaba saber.

—¿Cuándo ibas a contármelo? —preguntó a su primo mientras este salía de detrás de la mesa en la que había estado revisando las cuentas durante la última hora.

—Cuando te viera. ¿Te he dicho que voy a casarme?

Elisa rió ante la pregunta de su primo.

—Es tarde, ya me he enterado por Helen Cameron. Se ha torcido esta tarde el tobillo y cuando estaba examinándola me ha dicho que estaba muy feliz de que su amiga Isobel MacLeod hubiese aceptado tu proposición. Pensaba que al ser tu prima ya lo sabía. Es entonces cuando le he preguntado si el golpe se lo había dado en el pie o en la cabeza. Creo que eso no le ha hecho mucha gracia.

Ahora fue Grant quien soltó una carcajada. Su prima Elisa era su única familia, y más que su prima era como una hermana. Siempre había sido más madura para la edad que tenía. Ni siquiera quería pensar en la razón de ese hecho. Su tío fue un hombre violento y borracho y su esposa, la madre de Elisa, una mujer que nunca demostró ni cariño ni preocupación por la salud de su hija. Cuando el padre de Grant se dio cuenta de ello era demasiado tarde para evitar muchas cosas. Por eso Elisa empezó a acompañar a la curandera del clan, la vieja Besy, cuando solo tenía doce años, para estar fuera de su casa el mayor tiempo posible, y él se reprochaba también no haberse dado cuenta de ello.

—Bueno, no creo que te guarde rencor. Es imposible hacerlo cuando se te conoce.

Elisa sonrió con cariño antes de quedarse seria.

Grant vio la expresión de su prima y supo que algo ocurría. Esa mirada, nada común en ella, le alarmó.

—¿Qué pasa, Elisa? —preguntó acercándose y obligándola a mirarlo a los ojos. Intuía algo desde que uno de sus hombres le dijo que un miembro del clan MacKintosh había llegado aquella tarde para ver a un pariente. Sabía que Rose tenía una prima casada con un MacKintosh.

Elisa tenía la certeza de que a Grant no iba a hacerle gracia lo que tenía que contarle, pero después de pensarlo detenidamente tomó una decisión y no iba a dar marcha atrás.

—He recibido noticias de mi madre.

Grant endureció su mandíbula ante las palabras de Elisa.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó con un tono de voz duro e inflexivo.

—Dice que necesita que vaya a verla, que es importante.

Grant maldijo por lo bajo.

—Y tú no la creerás, ¿verdad? No irás.

Elisa tomó una de las manos de su primo entre las suyas. Sabía lo que Grant intentaba hacer, y era protegerla, ponérselo más fácil tomando la decisión que sabía que Elisa no podría tomar.

—Es mi madre, Grant.

Grant la miró intentando controlar su malestar, su enfado con esa madre que nunca actuó como tal y que siempre dejó a su prima a merced de la ira y la soledad.

—Una madre que no hizo nada nunca por ti, ni siquiera protegerte, y que luego te abandonó a tu suerte para irse de aquí sin mirar atrás. —Elisa sabía todo eso, lo sabía muy bien, y lo había meditado durante las últimas dos horas—. No le debes nada.

Elisa asintió antes de mirar a su primo a los ojos. Grant supo en ese instante que el corazón y la nobleza de Elisa la obligarían a actuar en contra de su bienestar, porque él sabía que nada bueno podía salir de aquella mujer. Pensar que estuviera de nuevo cerca de ella y que pudiera

herirla le quemó las entrañas.

—Lo sé, pero si le doy la espalda, entonces estoy siendo igual que ella. Eso no es lo que aprendí de ti.

Grant la miró con orgullo. Su prima era una de las mujeres más fuerte, generosa, noble y cariñosa que había conocido. Y él se prometió hacía mucho tiempo que cuidaría que nadie volviese a hacerle daño. Sus grandes ojos le miraban ahora, solicitando comprensión.

—No irás sola, ¿me escuchas?

Elisa asintió. La tensión abandonó sus facciones.

—Irán varios hombres contigo. O van contigo o no te mueves de aquí —continuó Grant cuando la vio a punto de protestar—, pero deberás esperar hasta que esta reunión acabe. Ahora no puedo desprenderme de ninguno de los hombres.

—Pero me necesita ahora, Grant.

La expresión de su primo la hizo darse cuenta de que no iba a ceder. Era muy cabezota a veces.

—Hay varios días hasta tierras MacKintosh. No voy a arriesgarme con tu seguridad.

Un ruido en el vano de la puerta hizo que Grant y Elisa volviesen sus miradas. Duncan McPherson estaba allí, y Elisa sintió que sus mejillas se sonrojaban ante su sola presencia.

—Lamento interrumpir. Venía a decirte que tendré que irme pasado mañana y, sin pretenderlo, he oído la última parte de vuestra conversación. Si la señorita Elisa quiere ir, mis hombres y yo podríamos acompañarla hasta allí. Las tierras del clan MacKintosh limitan con las de mi clan. No sería ninguna molestia, ya que nos pilla de camino.

Elisa miró a Grant suplicando que aceptara la oferta de Duncan McPherson.

Cuando Grant asintió, Elisa miró a Duncan con una gran sonrisa.

CAPÍTULO XII

Duncan buscó a Grant cuando no le vio en el salón junto al resto de los demás invitados preparados para la cena. La mayoría ya estaban sentados recibiendo las primeras viandas procedentes de la cocina. Podía haber esperado hasta el día siguiente, pero con lo de la boda de Logan pensaba que era mejor hablar con MacLaren en ese momento. Con la boda iba a ser difícil y quería comunicarle a Grant su decisión de partir lo más pronto posible.

Le costó dejar su clan, sobre todo después de los robos de las últimas semanas, que eran cada vez más audaces y habían empezado a preocuparle seriamente. No eran convencionales, ni parecían ejecutados por algún clan limítrofe como era lo habitual, sobre todo porque eran organizados, rápidos y limpios. Nadie había visto a los ladrones y a Duncan le extrañaba de una forma inquietante. Esa era la razón más importante para volver. La reunión ya estaba tocando a su fin. Algunas alianzas ya se habían forjado entre aquellos muros los últimos días y otras quedaban en proceso y seguramente, con el tiempo, podrían llegar a materializarse, por lo que el grueso de los invitados partiría en unos pocos días. Así que la marcha de Duncan no sería algo extraño. Lo único que había enturbiado su decisión era dejar atrás a Elisa. Quería más tiempo para conocerla, para comprobar que lo que había entre ambos era mutuo. Pero tiempo era lo que no tenía, y mucho se temía que tampoco la inclinación por parte de Elisa de explorar lo que fuese que se había forjado entre ambos. A pesar de su última frase, unas palabras que Duncan no había podido quitarse de la cabeza, como si ella las hubiese escrito a fuego en su piel, sabía casi con certeza que Elisa no quería, ni deseaba, lo mismo que él y desde luego no se iba a permitir ni siquiera intentarlo. Lo había visto en sus ojos cuando la besó, cuando la acompañó a su casa hacía tres noches. Y él no iba a romper su promesa, así que lo más lógico, lo más sabio y maduro, era irse como debía hacer y dejar las cosas tal y como estaban con aquella maravillosa mujer.

Sin embargo, se había sorprendido a sí mismo negándose a irse sin una respuesta. Quería asegurarse de que Elisa le dijera con palabras, y con sus ojos, que aquello no era lo que quería. Que no deseaba que él volviese y hablase con su primo Grant para formalizar un sentimiento del que Duncan estaba más que seguro. Jamás le había pasado aquello y no pensaba huir a ninguna parte si Elisa dejaba un resquicio al que poder aferrarse.

Con ese pensamiento enfiló el último pasillo hasta la habitación donde Logan le había dicho que encontraría a Grant.

Cuando se acercó a la puerta entreabierta varias voces se escucharon desde dentro. No quería interrumpir, pero la voz de Elisa lo dejó momentáneamente parado.

Escuchó lo suficiente para entender algunas cosas, y cuando Elisa le pidió a su primo ir a ver a su madre, una madre que, por lo que Grant dijo, había sido de todo menos maternal, Duncan frunció el entrecejo esperando la respuesta de MacLaren. Después de eso, después de escuchar que el clan al que pertenecía ahora la madre de Elisa era MacKintosh, colindantes a las tierras de su propio clan, y las palabras de Grant sobre su partida y la imposibilidad de esta hasta que pudiese acompañarla alguno de sus hombres, Duncan dio un paso al frente, revelando su presencia, sobre todo cuando escuchó la urgencia y la necesidad en la voz de Elisa.

Lo que pasó después, cuando se ofreció a llevar a Elisa él mismo, junto a sus hombres, hasta

tierras MacKintosh, fue algo impulsivo que ni siquiera horas después pudo explicarse. Solo sabía que, si nada podía impedir que ella fuese hasta allí, él quería ser el que la llevase, asegurarse de que llegaba sana y salva y estirar todo el tiempo que ambos pudiesen estar juntos, porque esos dos días eran lo que tenía para averiguar lo que Elisa sentía, y se vio a sí mismo ofreciéndose con una facilidad pasmosa y con una necesidad que no había intuido hasta aquel instante.

Vio la sonrisa de Elisa extenderse en sus labios y el brillo de gratitud en sus ojos. Vio el entrecejo fruncido de Grant y su debate interior. Fue testigo de cómo la mano de Elisa tomó la de su primo mientras le dirigía una mirada que era un ruego en sí misma, y vio a uno de los guerreros más audaces de las Highlands caer de rodillas ante ella y claudicar con un asentimiento antes de mirar a Duncan. Él sabía qué significaba aquella mirada, y cuando Elisa se despidió de su primo y salió por la puerta deteniéndose a su altura para darle las gracias, Duncan no la siguió, sino que pasó a la estancia para tener la conversación que Grant había demandado con esa mirada.

Elisa caminó hacia el salón donde estaban todos los invitados sentados saciando su hambre con las viandas que traían de la cocina y que olían demasiado bien. El ruido procedente de sus tripas le llamó la atención sobre lo poco que había comido durante el día. Si lo pensaba bien, solo había comido por la mañana unas gachas, e incluso eso tuvo que quedar relegado a un segundo plano cuando Iver fue a por ella con urgencia por el dolor que su mujer Eve sufría en la espalda.

Eso la llevó después a ver a Ann y también a Beth. Ambas estaban bien y sus respectivos bebés también. A partir de ahí ya no hubo descanso y, ahora que sus tripas demandaban algún sustento, se vio tentada por el olor de la comida que llegaba hasta ella y que Ketí había preparado magistralmente, como siempre. Aquella mujer tenía una lengua afilada y un carácter de mil demonios, pero sabía hacer de comer mejor que nadie en las Highlands.

Elisa no lo pensó más y se dirigió hacia una de las mesas. Cambió de rumbo cuando Edine e Isobel MacLeod le hicieron una discreta señal para que se uniera a ellas. Al final se sentó entre ambas primas y Helen Cameron, que aquella noche parecía algo taciturna. Empezó a cenar cuando el pensamiento de que tendría que hablar con Duncan sobre su partida y que pasaría con él casi dos días hizo presencia en su mente con fuerza, menguando su hambre con un nudo que apretó su pecho con intensidad y con un nerviosismo injustificado. ¿O no lo estaba? Sin lugar a duda, las palabras que le dijo antes de que él se fuera y que todavía resonaban en su cabeza como una mala canción, le iban a pasar factura. Estaban danzando en un baile que no quería ejecutar y en el que, al mismo tiempo, deseaba dejarse llevar. ¿Cómo iba a aguantar aquel viaje junto a él?

Sí, iba a ser un viaje largo y tortuoso. Eran solo dos días, pero los suficientes para que su autocontrol y su determinación quizás se resquebrajaran y se derrumbasen sus defensas, y no podía permitirse eso. No podía bajar la guardia y dejar que él se colara en su corazón como ya, evidentemente, lo había hecho en su cabeza.

Tenía que ser ella la que tomase sus propias decisiones y no el deseo o su corazón maltrecho que no sabía lo que le convenía. Tenía que aferrarse a la decisión correcta, a la que tomó mucho tiempo atrás y que era la que le ofrecía paz, la que le otorgaba la calma que tanto había ansiado y que tanto le había costado alcanzar. Las pesadillas habían cesado, las cicatrices estaban prácticamente cerradas y los recuerdos los mantenía a raya con mano férrea para que su determinación no vacilara, para que un hombre como Duncan McPherson, un hombre al que podría

amar, del que podría enamorarse, no hiciese tambalear su mundo.

Duncan miró a Grant. Su expresión era demasiado seria para lo que era habitual en el *highlander*. Eso hizo saber a Duncan que lo que quería decirle era delicado y que aún se debatía por confiar en él lo suficiente como para expresar en voz alta lo que estaba pensando y, sobre todo, por lo cabal de su decisión al dejar a su prima a su cuidado para que llegase sana y salva hasta tierras MacKintosh.

Decidió dar él el primer paso.

—Lamento si he parecido indiscreto al escuchar parte de vuestra conversación. Podría mentirte y decir que no ha sido mi intención oírlos cuando he notado la urgencia y la angustia en la voz de Elisa, pero no puedo. Y tampoco te diré que no considero que sea de mi incumbencia porque sí quiero que lo sea.

Grant miró a Duncan evaluando sus palabras y analizando su expresión como si quisiese verificar la autenticidad en sus palabras.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Duncan dio un paso al frente y miró fijamente a Grant.

—Estoy diciendo exactamente eso, si Elisa también lo quiere. El problema es que todavía no sé qué es lo que ella desea. No voy a presionarla, ni voy a urgirla a que cometa un error. Solo quiero saber si Elisa siente lo mismo por mí. Si no es así, no saldrá de mi boca ni una palabra más. Ten por seguro que la protegeré con mi propia vida si hace falta.

—Eso lo sé. Sé la clase de hombre que eres. Tu amistad estrecha con los McAlister y el alto concepto que tiene de ti Logan es más que suficiente para mí. Además, estos días he podido comprobar en primera persona que sus opiniones están más que justificadas. Y ya me había percatado de que sentías algo por mi prima. Eso no es lo que me preocupa.

—¿No? —preguntó Duncan frunciendo el entrecejo.

—No. Elisa se merece ser feliz y creo que eres un buen hombre. Respetaré lo que ella decida.

—¿Entonces qué es?

Grant se apoyó en la mesa que tenía tras de sí antes de cruzar los brazos sobre su pecho y mirar a Duncan fijamente. Duncan percibió cierta reticencia en él. Como si le estuviese costando decidir si contarle algo o no.

—Me preocupa Elys, la madre de Elisa. Es una mujer egoísta y cruel. Mi tío no era un buen hombre, nunca lo fue, y la bebida le volvía un monstruo. Elys sufría la tiranía de su marido, pero Elisa era la receptora de su furia. Mi tío descargaba su rabia, su frustración y sus borracheras con ella.

Duncan endureció sus facciones y apretó los dientes al escuchar las palabras de Grant.

—¿Me estás diciendo que tu tío pegaba a Elisa cuando era una niña?

El dolor que vio en los ojos de Grant fue suficiente respuesta. Duncan perdió esa templanza que le caracterizaba al soltar una maldición con toda la ira que esa idea le provocaba.

—No lo supimos hasta años después, pero mi padre se culpó durante mucho tiempo y yo también por no habernos dado cuenta. Mi padre sabía que su hermano era difícil y violento pero nunca llegó a imaginar hasta qué punto y cuando lo supo ya era tarde. Creo que nunca quiso aceptar lo que tenía ante sí. Llegó un punto en que las evidencias eran claras. Solo había que

pararse a observar y actuar en consecuencia. Así que cuando mi tío se estaba muriendo y él mismo se lo confesó, mi padre no pudo seguir negando lo que su hermano había estado haciendo y yo, yo no he podido perdonarle por ello. Yo intenté hablar con Elisa. Cada vez que lo intentaba mi prima se ponía a temblar y tartamudeaba. No quise hacerla sufrir más. En aquel tiempo era solo una niña. Cuando mi padre habló con Elys, fue una conversación que no olvidaré jamás. Mi padre tampoco era un hombre digno de alabanzas ¿sabes? —dijo Grant con una sonrisa amarga en los labios — así que al principio, cuando Elys le habló con odio, echándole en cara que nunca antes se hubiese interesado por su bienestar o el de su sobrina, sabiendo de lo que mi tío era capaz, la entendí. Entendí su furia y su rencor, pero entonces siguió hablando, y me di cuenta del infierno porque el que había tenido que pasar Elisa. No solo su padre había sido un hombre vil, un canalla, sino que su madre no la quería. Esas fueron sus palabras exactas. Elys nos relató todo lo que había sufrido desde que se casó con mi tío. Desde su decepción al no tener la relevancia en el clan que esperaba alcanzar con este casamiento al hecho de tener una hija que ella nunca quiso engendrar. Dijo que el carácter de mi tío empeoró, así como sus borracheras, desde que nació Elisa y que por ello había maldecido cada día de la vida de la pequeña. La miré, sin entender cómo había podido decir eso y ella se dio cuenta. Y entonces vi por unos segundos el temor en sus ojos. Temor a lo que nos pudiera haber contado mi prima. Fue solo un instante, pero lo percibí antes de que nos mirara con rabia y escupiera todo su odio. Dijo que nadie tenía derecho a culparla por dejar a la niña afrontar la ira de mi tío. Era su obligación, al fin y al cabo mi tío empezó a ser más violento a raíz de su nacimiento. «Elisa mejor que yo», dijo gritando como una loca. Mi padre calló, y a mí me revolvió el estómago entre los dos. Cuando mi prima tenía quince años, Elys se casó de nuevo con MacKintosh y se fue sin mirar atrás. Ni si quiera le pidió a su hija que se fuese con ella.

Duncan sintió que le estrujaban las entrañas. La rabia y la impotencia se mezclaron en su pecho junto con un poderoso deseo de venganza.

—No sé qué quiere ahora Elys de Elisa, y me preocupa. Además, no conozco a MacKintosh. Elys lo conoció mientras visitaba a su hermana y se casó antes de volver. Él nunca apareció por aquí y Elys solo recogió sus cosas y se fue con algunos de los hombres de MacKintosh a su nuevo hogar. No estoy tranquilo con que mi prima vaya hasta allí sin mí.

Duncan intentó calmarse lo suficiente para hablar. Todavía sentía en sus venas la reminiscencia de las palabras de Grant.

—MacKintosh no es de fiar, y es un imbécil pero nunca he escuchado que sea cruel. De todas formas una de mis primas se casó con un miembro de su clan. Cuando deje a Elisa hablaré con ella para que esté pendiente y me informe si ve algo raro.

Duncan asintió.

—Te lo he dicho antes y te lo vuelvo a repetir. La protegeré con mi propia vida y si hay alguna cosa extraña, mi prima me lo hará saber. Si veo que corre algún peligro yo mismo la sacaré de allí.

La tenue sonrisa de Grant al estrechar el brazo de Duncan como un acuerdo tácito entre los dos indicó a Duncan que sus palabras le habían dejado más tranquilo.

—Te deseo suerte con Elisa. Estoy empezando a pensar que no me importaría que fueses mi primo.

Duncan sonrió a su vez.

—No sabes lo que estás diciendo, MacLaren

La carcajada de Grant resonó entre aquellas paredes mientras salían de la habitación hacia el

salón para disfrutar de una más que merecida cena.

CAPÍTULO XIII

Duncan barrió la estancia con la mirada. Gavin e Irvin se encontraban dando buena cuenta de los alimentos apetecibles que tapizaban la madera de las mesas con abundancia. Siguió recorriendo el salón con sus ojos hasta que la vio sentada entre Edine MacLeod y Helen Cameron. La miró con más intensidad cuando Elisa, como si hubiese notado su mirada clavada en ella, desvió la suya hasta encontrarse con la de Duncan. La vio cambiar de expresión, antes risueña, por una más seria.

Duncan asintió con la cabeza y entonces Elisa hizo algo que no esperaba. Le sonrió tímidamente, casi como si no quisiese mostrar ese dibujo en los labios. Pero allí estaba, genuina, libre y sin esa contención que había visto otras veces en ella. Era ver un rayo de sol en una inmensa oscuridad. Quizás no todo estuviese perdido después de todo.

Con esa idea se dirigió hasta donde estaban sus hombres y se unió a ellos en la copiosa cena que mantenía a todos los invitados inmersos en ella.

El ambiente se caldeó con algún que otro comentario subido de tono cuando varios enlaces se anunciaron avanzada la noche. Entre ellos el del anfitrión de aquella reunión, Grant MacLaren con Isobel MacLeod y el de Logan McGregor con Edine MacLeod. A Duncan no le pasó desapercibida la ausencia de la hermana de Edine y la mirada venenosa de Esther Davidson.

Duncan no pudo evitar mirar a Elisa cuando las felicitaciones y los comentarios, algunos secundados por el resto de los invitados, estaban en todo su auge. La vio sonreír y felicitar con autenticidad a Edine e Isobel, pero lo que le sobrecogió fue la mirada llena de felicidad que dirigió a su primo Grant. Sin ningún filtro, sin ninguna defensa levantada, en aquel momento Duncan vio el interior de Elisa. Sabía que era una mujer íntegra, valiente, segura y con una nobleza incuestionable, pero su capacidad de amar era algo que no había podido vislumbrar hasta ese instante. Y lo que vio le hizo desear de forma dolorosa ser el destinatario de tal sentimiento.

Bajó la vista y volvió a centrarse en el clamor de los comensales cuando algo se removió en su interior. Su propio deseo de amar a alguien sin medida, un deseo que enterró cuando tuvo que casarse por deber, un anhelo que después olvidó, perdido como estaba en unas heridas sangrantes y en una promesa demasiado importante para olvidarla. Al menos hasta entonces. Elisa había sacudido su mundo y lo había puesto del revés en solo unos días. Maldito fuera si iba a dejar que se le escapara de entre los dedos sin luchar. Acataría como pudiera el hecho de que ella no lo aceptase, pero de ninguna manera iba desaparecer de su vida sin antes haber hecho todo lo humanamente posible para conseguirla.

Sabía que sobre el corazón no se mandaba y si el de Elisa no le pertenecía tendría que aceptarlo, pero necesitaba que ella se lo dijese.

Sus ojos volvieron de nuevo hasta el extremo donde Elisa estaba sentada. No estaba allí. El descubrirlo le hizo levantarse de forma abrupta y barrer toda la sala en su busca. Vio una falda del mismo color que la de Elisa desaparecer por el pasillo de la derecha. Aquel corredor llevaba a la salida del castillo.

Duncan echó andar en esa dirección aun cuando escuchó a sus espaldas cómo Irvin le llamaba,

extrañado por su marcha.

Duncan apretó el paso cuando salió al exterior. Ella estaba allí, a solo unos metros, caminando hacia su hogar.

Elisa había salido de allí. Necesitaba aire y necesitaba descansar. Se sentía nerviosa, intranquila y agotada. Apenas había probado bocado a pesar de no haber comido durante todo el día y de que momentos antes de cenar hubiese sentido un hambre desmedida. ¿Qué había cambiado? ¿Pensar en Duncan o ver la felicidad en el rostro de Edine e Isobel MacLeod? Lo último la alegró de forma infinita pero a su vez despertó en ella una voz interior que le reprochaba que quizás la decisión que había tomado respecto a no casarse nunca, fuese equivocada. Qué quizás lo que había trazado con tanta diligencia para su futuro en verdad no fuese lo que deseaba. La única muestra de la que ella había sido testigo era un matrimonio roto, maltrecho y hecho jirones por un hombre borracho y violento. No culpaba a su madre de sus ausencias, de su retiro, de haberse ido cuando tuvo la oportunidad. Lo que vivió fue un verdadero infierno. Sabía que Grant no podía ver a Elys, y sabía que su primo se culpaba a sí mismo y a su propio padre por no percatarse de la gravedad de la situación que tuvieron que vivir en su propio hogar. El padre de Grant nunca quiso creer que su hermano fuese ese tipo de hombre y Grant era demasiado joven como para darse cuenta de lo que pasaba. Él tenía suficiente con su propio padre que, aunque no era el padre de Elisa, tampoco era un ejemplo a seguir.

Grant había intentado hablar con ella cuando Blair, en su lecho de muerte, le confesó a su hermano todo lo que había hecho como si con solo ese gesto pudiese expiar años de maltrato. Pero ella no pudo. Se había distanciado de ello, lo tenía guardado en un baúl, en su cabeza, uno que nunca abría, cerrado a cal y canto con gruesas cadenas.

Cuando Grant se enteró por su propio padre de lo que Blair había hecho todos aquellos años intentó hablar con su prima y cuando vio que no obtendría nada de la pequeña lo intentó con Elys. Fue ahí cuando la actitud de su primo cambió respecto a ella. Sabía cuáles fueron las palabras de su madre porque las había escuchado sin intención de hacerlo. Por accidente había sido testigo de una conversación que hubiese deseado desconocer. Porque, ¿cómo te explicas a ti misma que tu madre no te quiera? ¿Cómo le explicas a nadie que ella te eche la culpa de todo lo que tuvieron que pasar? ¿Cómo te explicas a ti misma que después de llorar hasta que te duelen los ojos y la garganta, después de una paliza, tu madre ni siquiera se acerque a enjugar tus lágrimas o a curar tus heridas? No puedes, y te acostumbras. Y con el tiempo, tú misma te interpones entre tu padre y tu madre, por propia voluntad, para que ella no salga dañada.

¿Cómo te explicas que tu madre se vaya y te abandone? ¿Cómo te convences a ti misma de que no tienes la culpa?

No puedes y eso te carcome por dentro, y va envenenándote poco a poco, haciendo que pierdas la confianza y la fe en los demás. Si los que más deben amarte no lo hacen, ¿por qué iba a amarte alguien más? ¿Acaso ella no era digna de ese amor? Y entonces una anciana curandera, la que fue una segunda madre para ella, intenta que entiendas que no es tu culpa, que eres digna de ser amada y que no tienes que seguir hiriéndote por dentro. Y quieres creerla, más que a nada en el mundo, porque necesitas eso para poder seguir respirando, para sentir que tu vida tiene alguna finalidad. Y te aferras con uñas y dientes. A ella y a tu primo Grant, que con una paciencia infinita intenta

también convencerte de lo mismo. Y con el tiempo te lo crees, aunque sin poder evitar que la desconfianza y el miedo sigan en un rincón de tu mente a buen recaudo, deseosos de salir a la menor oportunidad.

Y dejas de hacerte preguntas por tu propio bien. Y puedes pensar sin que el pecho te duela en quién fue tu padre. Un hombre que lastima a su mujer y a su hija, un hombre que daña, hiere y humilla a su familia. Una clase de hombre que no es un hombre, que es peor que una alimaña y que no merece nada de ella, ni siquiera sus preguntas, su tiempo ni sus recuerdos. Y aceptas la indiferencia de tu madre, su forma de ser y de actuar, intentando entenderla.

Y levantas un muro para que nadie jamás vuelva a dañarte, y lo haces de forma eficiente, consiguiendo una defensa impenetrable, inexpugnable y ¿todo para qué? Si después de eso, después de jurarse que ella no sería presa del mismo destino, este le juega una mala pasada y hace que ese muro se tambalee. Ella se juró que nunca se uniría a un hombre por casamiento. No quería quedar a merced de la voluntad de un hombre. Así que cuando vio a Edine y a Isobel, se alegró por ellas sin desear aquello para sí misma. Pero lo que nunca previó era cómo se sentiría al mirar a su primo y ver su felicidad, ver lo enamorado que estaba y la devoción que destilaban sus ojos cuando miraba a Isobel, porque si de algo estaba segura era de que Grant sí era un buen hombre y sabía en el fondo de su corazón que sería un buen marido. Y eso hizo que toda su autodeterminación se balanceara en una cuerda floja.

Grant era un hombre noble, generoso, que se preocupaba por su clan y por su familia. Un hombre que se había jurado también a sí mismo no ser igual que su padre. Porque el padre de Grant había sido un ser egoísta y desquiciado que había tratado a su familia como un deber, jamás con cariño. Y ella sabía que Duncan podía ser igual y eso la torturaba. Porque entonces todo dependía de su capacidad para confiar en los demás y eso era algo que no podía hacer por mucho que deseara a Duncan McPherson. Gracias a Dios que se iría pronto, antes de que sus sentimientos hacia él se hiciesen más profundos y se hiriese a sí misma.

Elisa volvió a mirar a su primo intentando alejar sus últimos pensamientos. Entendía que Grant no confiara en Elys y en su propósito, y ella tampoco lo hacía, pero era su madre y nunca le había pedido ayuda. No podía negársela ahora, no podría dormir tranquila sin hacerlo.

Con todo eso dando vueltas en su cabeza, el aire del salón parecía de repente viciado, haciendo que le fuese difícil respirar, sobre todo cuando vio la mirada de Duncan sobre ella. Intensa y concienzuda, como si quisiese conocer todos sus secretos. Así que cuando vio la posibilidad de salir sin que nadie notase su ausencia, lo hizo, buscando ese aire que le hacía falta, buscando el aire fresco en sus mejillas y el alivio de las náuseas en la boca de su estómago.

Y lo había conseguido, o eso pensó hasta que una mano la tomó del brazo con suavidad y la hizo volverse.

En cuanto sintió esos dedos sobre su cuerpo, ese calor emanando de su contacto que parecía traspasar la tela de su propio vestido supo quién era. Duncan McPherson la había seguido. Estaba claro que la suerte no estaba de su lado aquel día. Había temido y anhelado verlo durante todo el día, pero aquella noche, en aquel instante, la persona a quien menos quería tener junto a ella era Duncan. Por muchos motivos, pero los que le pesaban en ese instante eran dos. Primero, que aquel hombre tenía una don especial para saber lo que ella pensaba con solo mirarla a los ojos y eso la aterraba en ese preciso instante, y segundo que McPherson era el único hombre que hasta la fecha había hecho tambalear su determinación.

—Tenía ganas de verte, he echado de menos esas pecas desde hace dos días —dijo Duncan con una voz grave y aterciopelada, como si intentara decirlo con sumo cuidado para no asustarla.

Elisa levantó su mirada y Duncan frunció el entrecejo.

—¿Estás bien?

Y ahí estaba. Con esa pregunta, el aire volvió a ser demasiado denso. Elisa solo lo había mirado, incluso había esbozado una pequeña sonrisa y él la observaba preocupado y le preguntaba si estaba bien. ¿Cómo era capaz de ver que le ocurría algo, que estaba en ese momento desesperada por escapar de allí y de la tormenta que estaba viviendo en su interior, que lo que deseaba era alejarse nuevamente de todos los recuerdos que habían vuelto a su mente después del mensaje de su madre y del festejo por los nuevos enlaces matrimoniales que habían tenido lugar aquella noche? ¿Cómo era posible que viese dentro de ella con esa claridad? ¿Podría ver también cuánto lo deseaba? ¿Cuánto deseaba en ese instante cumplir con la promesa que le hiciese el día en que partió en busca de Daroch? ¿Cuán aterrada estaba por todo ello y cómo quería huir de allí?

—Deja de hacerte daño, Elisa. Por un momento deja de mortificarte. Solo habla conmigo.

La mueca de incredulidad y dolor que tiñó el rostro de Elisa dejó claro a Duncan que sus palabras habían dado en el blanco.

Elisa se dio la vuelta con la intención de huir pero Duncan se lo impidió. Dio varios pasos y se colocó delante de ella, impidiéndole continuar.

—Duncan, estoy cansada. Solo quiero llegar a casa y acostarme. Te agradezco que me lleves hasta las tierras de MacKintosh, no sabes cuánto, pero preferiría hablarlo mañana, por favor.

Todo eso se lo había dicho rehuendo su mirada hasta cierto punto porque Duncan ni siquiera le dejó eso. A mitad de la frase, él colocó los dedos en su barbilla y la hizo levantar el rostro y mirarlo. Elisa no era una cobarde, aunque aquella noche pareciera que no quería otra cosa que huir.

—De acuerdo, hablaremos mañana, pero déjame que te acompañe. Me quedaré más tranquilo. No hace falta que digamos nada, solo permíteme que vaya a tu lado y te vea entrar en casa.

Elisa le miró, esta vez sin ningún tipo de reticencia. La había sorprendido. Cuando creía saber cómo reaccionaría Duncan, la sorprendía. No porque quisiera acompañarla. Sabía que era un hombre de honor, y protector por naturaleza. Sino porque respetara sus deseos y la hiciese sentir importante, como si fuese una prioridad para él. Eso la desconcertaba y la hacía desear con intensidad ser la receptora de tal sentimiento.

—De acuerdo —dijo Elisa antes de echar andar junto al hombre del que sin querer se estaba enamorando.

CAPÍTULO XIV

La boda fue preciosa y Elisa la pudo disfrutar. Y con todo el ajetreo no hizo lo que prometió la noche anterior. No encontró un momento ni un lugar para hablar con Duncan, salvo para concretar junto a su primo Grant que saldrían al día siguiente al amanecer. Durante toda la noche había estado dando vueltas en la cama hasta que el cansancio le dio alcance y la adormiló entre los suaves brazos de Morfeo. No sin antes llegar a una determinación que la permitió tranquilizarse lo suficiente como para allanar el camino antes de caer rendida entre las mantas, las mismas que la mantuvieron arropada hasta que despuntó el alba.

La decisión que había tomado era fruto de sus propias vivencias. Sabía que no todas las personas eran como sus padres y que no todos los matrimonios eran un infierno. Solo tenía que ver a su amiga Beth y su marido. Alan estaba muy enamorado de Beth y no había nada que no fuese capaz de hacer por ella. Y estaba más que convencida de que Grant sería un esposo maravilloso para Isobel. Así que solo tenía que determinar si la decisión que tomó años atrás seguía vigente para sí misma, y en cuanto lo pensó supo la respuesta: a pesar de los años ella seguía deseando lo mismo. Había conseguido ser libre y no podía renunciar a eso. No quería ver si el destino le otorgaba suerte en el amor, no podía arriesgarse. Si se equivocaba no podría soportarlo.

Convencida de ello, se arregló y asistió a la boda de Edine y Logan. Solo eran unos pocos los presentes que actuaron como testigos, y entre ellos estaba Duncan. Sintió un ligero temblor en sus piernas cuando le vio nada más entrar a la pequeña capilla que había en el interior del castillo. Era un hombre extremadamente apuesto. De eso no había duda. Su pelo castaño, todavía algo húmedo se retorció en las puntas, enmarcando una cara varonil y unos ojos en los que podías ahogarte si tenías el valor de sumergirte en ellos. El gris verdoso de sus iris tenía aquel día el color de un cielo tormentoso y eso hizo que Elisa tragara con dificultad el nudo que tenía en la garganta cuando, en un momento determinado, sus miradas se encontraron y la intensidad de la del *highlander* hizo que deseara arrojar toda su determinación al pozo más profundo y sellarlo para que las dudas no volvieran a asaltarla jamás.

Con reticencia, abandonó esos ojos en los que vio un atisbo de desilusión o ¿fue eso producto de la imaginación de Elisa? No sabía por qué, pero solo pensar que ella fuese el origen de ese sentimiento le dolió, y más de lo que esperaba.

Duncan nunca abandonaba la mirada cuando ambas conectaban, siempre era Elisa la que rompía ese punto de conexión, y aunque no quisiese reconocerlo cuando ocurría eso, era como sentir que la acariciaba desde la distancia. Eso era algo que calentaba el pecho de Elisa con absoluta ternura. Eso la tenía en vilo cada minuto del día, eso la hacía desear y ansiar su atención como nunca había deseado nada. Un nuevo sentimiento que la estaba volviendo loca.

Inspiró hondo y antes de que pudiese intentar centrarse nuevamente en las palabras del sacerdote y en la consecución de la boda, esta ya había terminado. Oyó a Isobel, la prima de Edine llorar de emoción en más de una ocasión, incluso unos minutos antes todos se habían vuelto hacia ella por los sollozos apenas incontrolables. Elisa rió por la forma en que les contestó a todos y por la risa de Grant. Se veía que su primo estaba loco por ella.

Cuando tocó el turno de las felicitaciones, Elisa se acercó a ambos. Abrazó a Edine y le deseó toda la felicidad del mundo aunque esta era más que evidente en el brillo, en la sonrisa y en la actitud de Edine. Por fin había encontrado el equilibrio, la paz que le faltaba. Era una mujer valiente y fuerte que merecía haber conseguido su felicidad. Algo le decía a Elisa que Edine había sufrido lo suficiente en esta vida como para merecérsela. Desgraciadamente, Elisa sabía que la vida era injusta la inmensa mayoría de las veces. Pocas eran las ocasiones en las que las personas recibían lo que realmente merecían. Por ese mismo motivo se sintió en aquel momento una privilegiada, por ser testigo de una de esas escasas ocasiones en las que la vida había sido justa.

Salió de allí y se dirigió al salón. Sabía que Logan y Edine habían querido que solo unos pocos fueran testigos de su enlace, pero la celebración del mismo sería algo que vivirían todos los invitados y el clan MacLaren al completo. De eso se había encargado Grant. No todos los días se casaba en las tierras de tu clan tu mejor amigo.

La celebración se alargó hasta altas horas aun cuando los novios ya se habían retirado. Una sonrisa y un rubor intenso tiñeron las mejillas de Elisa cuando recordó cómo varios *highlanders* hicieron comentarios subidos de tono al exclamar la pareja su intención de abandonar el festejo y retirarse para compartir el resto de la noche en la intimidad. Elisa pudo notar la mirada de Duncan clavada en ella y su propio sonrojo, que debía ser entonces del color del fuego a tenor de cómo sentía arder sus mejillas. La sonrisa que vio en la boca de Duncan fue suficiente para hacerla enfurecer. Ella no tenía la culpa de su inocencia o de su timidez. Además de que aquellos comentarios hechos sin ningún tipo de pudor podrían ruborizar al más aguerrido de los *highlanders*.

La marcha en silencio de Helen Cameron al pasar por su lado la hizo olvidar todo lo demás. Su expresión, siempre jovial y alegre había sido toda la noche suplida por una tenue sonrisa y ensombrecida por una pátina de tristeza en sus ojos de por sí siempre brillantes.

No la había tratado tanto como a Edine, pero al estar siempre con Isobel MacLeod y su prima, al final Elisa había podido conocerla un poco mejor, sobre todo durante los días en que su primo y el grupo de hombres salió en busca de Daroch.

—Helen, ¿te ocurre algo? —preguntó Elisa preocupada con que fuera algún tema relacionado con su salud. Ya no la veía cojear tanto así que no creía que fuese su pie lastimado el origen de su pesadumbre.

Helen desvió la mirada hacia ella. Era más que evidente que no la había visto perdida en sus pensamientos mientras intentaba abandonar el salón. Cuando fue consciente de su proximidad y del tono de voz preocupado de Elisa esbozó una sonrisa como si quisiese camuflar su verdadero estado de ánimo.

—Estoy bien. Algo cansada. Y por el cariz de los comentarios que estoy escuchando creo que ya es hora de retirarme —terminó de decir Helen acompañando sus palabras con una risilla que no llegó a reflejarse en sus ojos.

—Si no quieres contármelo lo comprendo. Apenas nos conocemos y no tienes la suficiente confianza en mí, pero sé que te ocurre algo. Solo hay que ver el halo de tristeza que portas. Si necesitas hablar con alguien, puedes contar conmigo.

Helen suspiró con cansancio, como si el hecho de tener que estar disimulando mermara sus fuerzas.

—¿Tan evidente es? —preguntó la hija de Laird Cameron, directa y ya sin ningún tipo de disimulo.

—Quizás para alguien que no te haya tratado estos días sí, pero desde que te conocí jamás he

visto esta faceta en ti. Siempre estás sonriendo y desbordando energía. Hoy parece como si te hubiese pasado por encima un manada de caballos y hubieses quedado enterrada en el fango con las tripas casi desbordando de tu cuerpo y los ojos sin vida, como si...

Helen levantó la mano con la primera sonrisa verdadera que Elisa le vio esbozar en toda la noche.

—Ha sido suficiente. Me ha quedado claro. No hace falta que sigas —terminó Helen con una mueca de asco grabada en su rostro.

—Sí, lo sé, a veces puedo ser muy detallista.

—¿Solo eso? Me han dado ganas de vomitar.

Elisa soltó una risilla.

—Me he dejado llevar.

Helen elevó una ceja dando entender que se quedaba corta.

—¿Es por la boda de Isobel con Grant o es por la pelea que tuviste el otro día con Alec Campbell?

Helen hizo una mueca de dolor cuando Elisa pronunció el nombre de Alec. Ahí tenía su respuesta.

—Soy muy feliz por Isobel. Nos conocemos de solo hace unos días pero nos hemos hecho muy amigas. Somos más afines de lo que pueda parecer y Grant parece un hombre excelente. Creo que serán muy felices. Eso espero.

Elisa asintió con la cabeza. No era porque Grant fuese su primo, pero sabía que él haría cualquier cosa por hacer feliz a Isobel. Solo había que ver la forma en que la miraba. Como si fuese lo máspreciado que había sobre la faz de la tierra.

—Entonces solo me queda pensar que es por Campbell. Perdona que me inmiscuya. No fue queriendo, pero no pude dejar de percatarme de la discusión que tuviste el otro día con él. Os vi hablar de forma acalorada cuando bajaba de visitar a Edine los días que estuvo enferma. Y por lo que me contaste cuando atendí tu pie maltrecho, eso fue fruto de descargar con una piedra toda la frustración que sientes respecto a él.

Helen se removió algo incómoda en el sitio. Luego suspiró profundamente y pareció tomar una decisión.

—¿Puedes acompañarme un poco de camino a mis aposentos? Este no es el mejor lugar para hablar —dijo Helen desviando su vista hasta donde estaban sentados McGregor, su primo Grant y el propio Campbell. Elisa vio que Alec tenía sus ojos fijos en Helen y la boca apretada en una mueca seria. Parecía disgustado con la sola presencia de la muchacha. Un claro desprecio que parecía cada vez menos propenso a disimular.

—Por supuesto —dijo Elisa antes de salir tras de Helen y empezar a caminar las dos juntas por el pasillo. Helen estuvo en silencio unos segundos antes de empezar a hablar de forma segura y firme. Si una cosa había visto en ella era que tenía una personalidad acusada, una seguridad aplastante y una gran determinación. A Elisa le daba que Helen Cameron no era de las que titubeaban ante un reto o de las que se arrepentían de una decisión tomada.

—Hace unos meses el tío de Alec Campbell vino a visitar a mi padre con una proposición de matrimonio entre nuestros dos clanes.

Elisa no sabía qué había esperado pero aquello, desde luego, no. Intentó moderar su cara de sorpresa y siguió escuchando atentamente lo que Helen tenía que contarle.

—Yo sabía que antes o después ese día llegaría, y más conociendo a mi padre, que estaba buscando una alianza con algún clan poderoso. Soy su única hija y él nunca dejó de decirme cuál

era mi deber y que debía acatar mi destino por el bien de mi clan.

—Imagino que eso no debe ser fácil —dijo Elisa a quien la sola idea de tener que unirse a alguien le daba escalofríos. Si además ese alguien podía ser un hombre al que ni si quiera conocía o por el que no sentía ningún tipo de afecto, debía ser horrible.

La cara de Helen fue toda una respuesta. Sería y sombría a más no poder.

—No, no era fácil, y más cuando yo ya estaba enamorada de alguien desde pequeña.

Ahora sí que Elisa paró el paso y la miró sin poder ocultar lo que le había sorprendido esa revelación.

Una triste sonrisa en los labios de Helen fue la forma de esta de decirle que sabía que no había esperado aquella revelación de sus labios.

—El hecho de que el tío de Alec Campbell fuese a ofrecer aquella alianza a mi padre no fue simple azar. Ellos son amigos desde siempre y cuando era una niña de seis años acompañé a mi padre a una visita que hicimos al clan Chattan. Allí estaba un joven Alec y su padre. Aquel joven que para una niña pequeña ya era de por sí impresionante pasó a ser mi ser favorito cuando me salvó de ser aplastada por un caballo que se encabritó, y a costa de casi fracturarse un brazo. Recuerdo que incluso después de aquello tuvo que consolarme porque no paraba de llorar al ver que se había hecho daño por mi culpa. Así que, cuando años después esa oferta llegó, pensé que era un sueño. Sí, sé que suena tonto, pero después de todo lo que había imaginado, de sufrir ante la posibilidad de tener que casarme con un hombre que triplicara mi edad o uno que fuese un ser humano indeseable, el destino me proponía un enlace con el hombre del que había estado enamorada desde niña y que en mis recuerdos era un buen hombre, generoso, noble y valiente. Lo suficiente no solo para salvar la vida de una niña sino también para interesarse por sus sentimientos. Me consoló hasta que me quedé dormida, con su mano cogiendo la mía...

—¿Y entonces cuál es el problema? —preguntó Elisa que no veía cómo las cosas entonces podían haberse torcido de tal manera para que ambos siguiesen solteros y buscando un nuevo enlace.

—El tío de Alec en todo momento nos dijo que hablaba en nombre de Alec. No fue hasta después cuando él mismo nos visitó que supimos que él no había tenido conocimiento de ello, y que no pensaba respetar un pacto para el que él no había dado su consentimiento. Mi padre entró en cólera y Alec estuvo a punto de declararle la guerra. Cuando llegó meses después la orden real para que acudiera a esta reunión fue la primera vez que le vi después de aquello. Él piensa que vine con la intención de ponerle algún tipo de trampa para que tenga la obligación de casarse conmigo, porque mi padre, durante todo este tiempo, no cesa en su empeño y le sigue exigiendo que cumpla el pacto que hizo con su tío. Cree que mi padre me domina y que hago lo que él quiere, hasta el punto de llegar a cualquier extremo para conseguir ese enlace.

—Pero no es así —dijo Elisa con total convicción.

La expresión de Helen ante sus palabras fue de agradecimiento, incluso sus ojos adquirieron una cierta humedad que Helen con un parpadeo rápido se encargó de disimular.

—Gracias. Significa mucho para mí que pienses eso y me creas. Lo cierto es que mi padre me dio exactamente esas indicaciones, e incluso mandó a sus hombres de confianza para que me acompañaran y que me presionan día sí y día no para que lleve a cabo tal plan. Pero no lo he hecho, y no lo haré. No porque sea Alec, simplemente no podría vivir conmigo misma si lo hiciese. Pero el hecho de que él lo piense, de que haya dudado de mí desde el principio, de que no escuche mis explicaciones, duele. Y no le dejo ver que eso me hiere porque tengo mi orgullo, sin embargo no puedo evitar pensar que es sumamente injusto.

—Helen... lo siento. Tu padre... ¿Cómo reaccionará cuando vea que no has conseguido lo que él te ordenó que hicieras?

Helen suspiró. Habían retornado la marcha minutos atrás y ya estaban en la puerta de la habitación que ocupaba en el castillo mientras durara aquella visita.

—No es de los que reaccionan bien cuando se le lleva la contraria. De hecho, no conozco a nadie que lo haya contrariado antes salvo el propio Alec. Pero no le tengo miedo, no te preocupes, Elisa.

Pero Elisa no podía sino hacer precisamente eso. Preocuparse por ella.

—¿Por qué no intentas hablar nuevamente con Campbell? —preguntó Elisa con el ceño fruncido.

—La última vez que lo intenté le di una patada a una piedra para descargar mi furia y mi frustración. Es un cabezota insufrible y yo no voy a seguir intentando dar una explicación que no quiere ser escuchada. Me ha dejado claro lo que piensa de mí. Me tachó de arpía conspiradora y me dejó claro que hiciese lo que hiciese jamás se casaría conmigo.

Elisa la miró y se dio cuenta de las profundas ojeras que tenía Helen bajo sus ojos. Era claro que estaba sufriendo.

—Mi oferta sigue en pie. Si alguna vez necesitas algo, no dudes en pedírmelo.

Helen sonrió e hizo algo a lo que Elisa no estaba acostumbrada. Le dio un abrazo enorme. Elisa sintió no poder hacer algo más por aquella mujer que la había sorprendido y a la que le había ofrecido de corazón su sincera amistad.

CAPÍTULO XV

Duncan miró a Elisa. Desde que partió esa misma mañana temprano y se habían despedido de Grant prometiéndole que cuidaría de ella, Elisa estaba perdida en sus pensamientos. Ni si quiera las preguntas que le había hecho habían arrancado más que unos escuetos monosílabos de su boca.

—Estoy empezando a pensar que es por la compañía. Llámame loco, pero el que ayer me rehuyeras y el que hoy después de llevar más de medio día de viaje solo me hayas gruñido me da la impresión de que no estás del todo a gusto con mi presencia.

Elisa esbozó la primera sonrisa franca desde que salieron de viaje.

—Aunque cueste creerlo, McPherson, no eres el centro de todos mis pensamientos.

Duncan hizo un gesto llevándose la mano al pecho como si esas palabras le hubiesen causado un daño extremo. Aquello sí que arrancó una pequeña carcajada a Elisa, lo que hizo que Irvin que iba delante junto a Gavin se volviera en su montura y arqueara una ceja interrogativamente. Duncan puso los ojos en blanco y el *highlander* volvió de nuevo su mirada hacia el camino no sin antes sonreír a Duncan de forma burlona.

—Bueno, y si no soy yo el que ocupa tu mente, entonces ¿qué es lo que te preocupa? ¿Quizás tu madre?

La expresión de Elisa se puso seria de repente y Duncan lamentó haber provocado con ello la pérdida de la calidez en su rostro, ahora dubitativo y preocupado.

—Es una de las razones. No me explicó el motivo de su llamada y la persona que me trajo el mensaje no pudo decirme más. No sé, conociéndola puede ser o el hecho más insignificante o el tema más preocupante que puedas imaginarte. El no haber recibido noticias de ella en tres años me hace pensar que puede que en este caso la causa de su requerimiento sea más bien el segundo.

—Entiendo tu incertidumbre y tu preocupación, pero el hecho de que le des vueltas no va a despejar tus dudas. Lo único que consigues de esa manera es mortificarte sin saber si quiera por qué. Quizás no tenga la importancia que tú crees y estés sufriendo en balde. El sufrir por algo que todavía desconoces no te va servir de nada, solo para desgastar tus fuerzas.

Elisa miró a Duncan sabiendo que tenía razón.

—Es más fácil decirlo que hacerlo, señor «haz lo que yo diga pero no lo que yo haga».

Duncan la miró frunciendo el entrecejo.

—Ilumíname, MacLaren.

Elisa se puso más recta en su montura para enfrentarse a McPherson.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que, a pesar de tus pobres intentos de distraerme, tú también estás preocupado por algo? Lo he visto cuando crees que nadie te observa.

—¿Eso quiere decir que estás pendiente de mí incluso cuando no estoy contigo? Vaya, eso es muy interesante. Ya no estoy tan molesto por que dejaras pendiente entre los dos una conversación que, antes o después, vamos a tener que retomar. Una promesa que debes cumplir.

Aquellas palabras a Elisa terminaron por dejarla muda y de un color bermellón intenso.

—¿Está acalorada? ¿Necesita un poco de agua?

Las palabras del joven Gavin McPherson resonaron en los oídos de Elisa, que desvió la mirada de los ojos de Duncan con mucha dificultad. Parecía como si este, con alguna fuerza que

ella no podía ver, la hubiese mantenido cautiva de sus ojos.

—¿Qué? —preguntó Elisa cuando se dio cuenta que Gavin e Irvin estaban ahora a su altura; Gavin a su derecha e Irvin a la izquierda de Duncan.

—Está roja a más no poder. Yo creo que necesita parar un poco y beber agua. Tiene mala cara. ¿Verdad, Irvin, que se la ve sofocada, como si tuviese mucho calor? —dijo Gavin haciendo que el color de Elisa pasase a parecerse más a un granate.

—Cállate, Gavin. Algunas veces eres como un grano en el culo.

Gavin miró a Irvin, que le había dirigido aquellas palabras con gesto divertido, preguntando en silencio con sus ojos y con una mueca de fastidio qué era lo que había hecho ahora.

—Es... estoy bien, gracias —consiguió decir Elisa antes de ver de reojo cómo Duncan no paraba de sonreír. Sabía que se estaba aguantando las ganas de soltar una carcajada y aquello la enfureció.

—No es gracioso, McPherson —dijo con furia.

Ahora sí, las carcajadas de Duncan e Irvin resonaron en la explanada que tenían frente a sí.

La noche llegó más tarde de lo que Elisa hubiese deseado, y lo llevaba esperando horas. No estaba acostumbrada a cabalgar tanto tiempo y sin duda, su cadera y su trasero dolorido daban más que prueba de ello. No sabía cómo iba a poder bajarse de su caballo sin hacer el ridículo más absoluto. No tuvo que preguntárselo por más tiempo cuando hicieron un alto con clara intención de pasar la noche allí, en medio de la nada, a la intemperie. No se quejaba, ella estaba acostumbrada a dormir bajo techado, pero sabía que los *highlanders* estaban habituados a dormir bajo el manto de las estrellas.

Irvin se acercó a ella y la miró. Parecía un poco divertido y Elisa sabía por qué. Podía verlo en sus ojos y en su expresión. No se estaba riendo de ella, pero estaba disfrutando de su sufrimiento, de su azoramiento por no poder desmontar.

—Respeto el orgullo, muchacha, pero no creo que sea muy cómodo dormir a lomos de ese corcel. Cuando Duncan quiera ayudarla no deje que ese amor propio la hunda en el fango. Veo la tozudez en sus ojos. Tengo que admitir que me divertiría un rato si le niega la oportunidad de bajarla del caballo, pero me siento generoso hoy. Así que hágame caso.

Elisa miró al *highlander* con detenimiento. Era mayor que Duncan, por lo menos diez años. Un hombre curtido y con varias cicatrices más que visibles en su rostro y en sus brazos. Y a pesar de que le molestaba que hubiese captado tan bien lo que Elisa pensaba en ese instante, tenía que admitir que le caía bien ese hombre. Había observado durante las horas que llevaban viajando el respeto y admiración que levantaba Duncan en Gavin y la inquebrantable lealtad y confianza que destilaba Irvin respecto a su Laird. Otra cosa que le gustaba era la amistad que parecía unirlos. Duncan era el jefe del clan, pero eso no le distanciaba de sus hombres, bromeando con ellos e incluso aguantando que esas bromas fuesen a su costa. Eso decía mucho de Duncan, y Elisa se vio otra vez sumergida en un mar de dudas. Cada cosa que descubría de él la acercaba más al caos que eran sus sentimientos. Era verdad que sabía que aquello iba a ocurrir. Que en cuanto estuviera con él, en cuanto pasara tiempo con él, sus defensas flaquearían.

—¿Estamos esperando algo? —dijo Gavin acercándose a donde estaban Irvin y Elisa.

La sonrisa de Irvin se hizo más grande y el joven arqueó una ceja sin entender qué estaba ocurriendo.

Duncan, que se había adelantado un poco y había ido a inspeccionar la zona, eligió ese instante para aparecer.

—¿Todo tranquilo? —preguntó Irvin a Duncan mientras Elisa miraba a Irvin, cada vez con el ceño más fruncido, como si quisiese quitarle la sonrisa de la cara de una forma poco elegante para una dama. Eso hizo que esta se ensanchara aún más y escuchara de labios de la joven un gruñido. Aquella chiquilla le gustaba, sí, y mucho, sobre todo porque había visto un cambio en Duncan, uno que pensó que se cansaría de esperar ver. Los highlanders no eran damiselas que se contaban secretos y se decían mutuamente cuánto se apreciaban, pero la única verdad era que quería mucho a su primo Duncan. Había visto crecer a ese muchacho, era como su hermano. Sabía cuánto había sufrido. La vida no había sido gentil con él, y nunca se quejó: guardó todo el dolor dentro de él y lo masticó lentamente porque su deber era ser el jefe del clan, el apoyo y el líder de toda su gente. Le había visto desangrarse por dentro cuando perdió a su madre siendo un niño, cuando perdió a su padre y a su hermano. Cuando perdió a Kerr, que era el hermano que el suyo propio no había sabido ser, y luego cuando le vio enterrar a su mujer y a su hijo, que nació sin aliento de vida. Todo eso con una entereza, una fuerza y un valor inhumanos. Y más cuando sabía que el dolor lo estaba destrozando. Uno que había visto difuminarse un poco con los años pero que, enconado, seguía hiriendo a Duncan con saña. Hasta que esa muchacha lo arrolló el día de su llegada. El dolor no se iría nunca del interior de su primo, eso lo sabía, había perdido mucho, pero Elisa MacLaren le había devuelto la sonrisa genuina, la ilusión, aun cuando Duncan no se hubiese percatado de ello.

—Todo en orden. ¿Qué hacéis ahí? —preguntó Duncan cuando vio a los dos hombres al lado de la montura de Elisa y mirándola desde abajo mientras ella seguía a lomos de su caballo. No le hizo falta más. La cara divertida de Irvin, la de Gavin, que decía a las claras que él todavía no se había enterado, y la de Elisa, que era puro azoramiento, se lo dijeron todo.

—¿Por qué no vais a por agua al pequeño riachuelo que hay detrás de aquellas piedras y la dejáis tranquila?—preguntó Duncan acercándose a Elisa y mirando con intención a sus hombres. Irvin tiró de Gavin cuando este todavía no había entendido la indirecta, alejándose ambos.

—No puedes bajarte, ¿verdad? Ven aquí —dijo Duncan y sus ojos mostraron tal ternura que Elisa tuvo que intentar tragar la poca saliva que quedaba en su boca, sedienta por el viaje, para dejar de temblar. Se tragó su orgullo, ni si quiera se acordó de él cuando la tomó por la cintura y la ayudó lentamente y con un cuidado casi reverencial a bajar de Vendaval. Así se llamaba su caballo, que eligió ese momento para hacer un pequeño movimiento. La bajada de Elisa se aceleró y cayó encima de Duncan, que la tomó con fuerza contra su cuerpo para protegerla de cualquier golpe. Elisa rodeó el cuello del highlander por inercia, intentando sujetarse, y así quedaron suspendidos por unos segundos. Duncan rodeando su cintura con los brazos sin que hubiese un hálito de aire entre los dos y Elisa con los suyos alrededor del cuello de McPherson. Duncan sintió la respiración agitada de Elisa y subió su mirada para encontrarse con la suya. Estaba casi seguro de que ella no se había dado cuenta de que, aunque le rodeaba con sus brazos, una de sus manos estaba metida entre su pelo, enredando sus mechones entre sus dedos y haciendo un movimiento que estaba dejando a Duncan justo al borde de su autocontrol.

—Si sigues haciendo eso vas a tener que cumplir tu palabra, porque nadie podrá salvarte de que reclame esos labios hasta que me sacie lo suficiente como para poder soltarte.

Vio la cara de sorpresa de Elisa y sintió su mano quedar paralizada al instante.

Elisa sabía que no debía hacer aquello, con la misma certeza con la que sentía que necesitaba comprobar algo. Era como si su vida en aquel instante dependiera de ello. Cada parte de su ser

quería saber, necesitaba sentir que lo que había decidido era lo correcto y eso solo podía comprobarlo de una forma.

Movió su mano entre su pelo nuevamente y vio oscurecerse la mirada de Duncan. Le vio apretar los dientes y le sintió temblar levemente. Eso hizo que no dejara de tocar aquellos mechones que se enredaban en sus dedos como si ese fuese su lugar natural.

El gruñido que brotó de los labios de Duncan tenía que haber alarmado a Elisa, pero lo que sintió fue el calor apoderarse de su cuerpo y de su voluntad. No se quedó quieta y salió a su encuentro a medio camino, deseosa de saborear esos labios. No fue gentil y suave como el primer y único beso que hasta ese momento habían compartido. Fue visceral, brutal, enmarcado por una necesidad desbordante. Elisa abrió los labios primero, queriendo sentir la lengua de Duncan dentro de su boca, y él no la defraudó. Hizo que su cuerpo vibrase con cada embestida que el *highlander* ejecutaba con desesperación, con un hambre igual a la de ella mientras la sostenía todavía entre sus brazos, apretándola más contra su cuerpo y haciendo que sus pies siguieran sin rozar el suelo. Elisa sintió los músculos firmes del cuerpo de Duncan pegados a cada centímetro de ella y gimió mientras enredaba aún más los dedos en el pelo de McPherson y apretaba su cuello contra ella, como si así pudiese ahondar aún más en un beso que de por sí le había robado el aliento, el aire y la cordura. A Elisa no le importó lo más mínimo. En ese instante no era ella, algo se había apoderado de su voluntad haciendo que el deseo que crecía en su vientre como si fuese fuego quisiera consumirla.

Duncan sabía que debía ser él el que pusiera fin a ese beso. Era él quien tenía experiencia y el que debería manejar el deseo con mano férrea, pero Elisa le volvía loco. Jamás le había pasado algo así, perder el control de aquella manera, necesitar tocar a alguien con tal ansia que dolía. Cuando Elisa había continuado con los dedos enredados en su pelo, cuando vio que su mirada se había oscurecido y la vio presa de la pasión, todo su autocontrol se fue con el viento. Maldito fuera si aquel beso no le estaba matando. Elisa sabía dulce y afrutada, ese sabor inundaba su boca y él quería bebérselo todo hasta que, borracho de ella, pudiese dejar de sentir que le faltaba algo cuando no la tenía exactamente como lo hacía ahora: entre sus brazos, pegada a su cuerpo y devorando su boca como si no hubiese un mañana.

Así que, a pesar de todo y sin saber aún de dónde sacar las fuerzas necesarias, rompió lentamente el beso y apoyó la frente de Elisa en la suya, donde sus respiraciones agitadas y descompasadas retumbaban en sus oídos en el silencio de la noche.

Duncan acarició la espalda de Elisa y tocó su pelo, acariciando con los dedos los largos mechones en un intento de tranquilizarlos a ambos. Las respiraciones fueron acompasándose y adquiriendo cada vez más una cadencia normal.

El ruido de unos pasos en la distancia hizo que Duncan dejara a Elisa en el suelo lentamente. El gesto de dolor que cruzó el rostro de Elisa le indicó que sus músculos se sentían castigados por estar cabalgando todo el día y maldijo por lo bajo. No tenía que haberle hecho caso cuando le preguntó si quería que pararan y ella le dijo que no. Que seguiría el ritmo que ellos impusieran y que estaba bien. Tenía que haber supuesto que el orgullo de aquella mujer le impediría decirle la verdad.

Cuando la vio estable, con reticencia, se separó de ella aun manteniendo el contacto de sus manos sobre los hombros de Elisa.

Esta le miró; las mejillas rojas y sus labios hinchados revelaban claramente lo que había ocurrido entre ambos hacía solo unos segundos.

La conversación de sus hombres ya se escuchaba clara antes de que ambos aparecieran con

agua. Elisa aprovechó la ocasión para escabullirse y pasar junto a ellos diciendo a gritos que necesitaba un momento de intimidad.

La mirada que le dirigió Irvin a Duncan cuando pudo atisbar el rostro de la muchacha fue significativa, y más cuando se acercó a él y le dijo en un tono bajo, para que Gavin no lo escuchara:

—¿Seguro que solo has ayudado a bajar del caballo a la joven?

—Irvin... —masculló entre dientes Duncan.

La carcajada de su primo atrajo la atención de Gavin que, desesperado, exigió que dejaran de excluirlo de sus bromas, mientras Duncan desaparecía detrás de Elisa. Respetaría su intimidad y se mantendría a distancia, pero no la dejaría sola aunque tuviese que darse después un baño en las gélidas aguas para apagar el deseo que lo estaba devorando por dentro.

CAPÍTULO XVI

Elys escuchó a escondidas la conversación que mantenía su esposo Rae MacKintosh con aquel hombre que había tomado prácticamente posesión de su casa junto a sus... ¿cómo llamarlos? Decir que eran *highlanders* sería deshonrar a todos los que realmente lo eran, pero, ¿qué se podía esperar? Eran maleducados, rudos, violentos y Rae los toleraba. Tenía un acuerdo con ellos. A cambio de dejarles quedarse en sus tierras y obligar a su gente a mantener un absoluto silencio sobre su existencia, engañándoles sobre quiénes eran, ellos no les atacarían. Eran ladrones y asesinos que trabajaban para el que mejor les pagase haciendo todo tipo de encargos. Desde hacer desaparecer a alguien molesto a robar, extorsionar, violar...y así podía extenderse la lista hasta un largo número de fechorías. Si Rae quería estar ciego a la verdad que así fuese pero ella no lo estaba.

Jamás pensó que vería a Rae claudicar de aquella manera, pero la edad y la pérdida de su hija dos años atrás le habían convertido en otro hombre. Era un desconocido que solo le inspiraba asco. Ni si quiera podía tolerarlo en la cama, aun cuando había sido necesario hasta que descubrió que estaba embarazada. Había estado en una poderosa posición, gestando al hijo del Laird y manipulando a Rae para ser ella la que tomara las decisiones, hasta que esos desagraciados llegaron de nuevo y la volvieron a relegar a la más absoluta indiferencia.

Había hecho llamar a Elisa porque quería a alguien de su confianza. No se fiaba de la curandera ni de las mujeres del clan para que la ayudaran. Había sangrado con frecuencia en la última semana y temía que si perdía a ese hijo su posición en el clan se resintiera definitivamente. Necesitaba dar a luz a ese niño y que fuese un varón. No había cabida para nada más. Esta vez no. Le había costado mucho llegar hasta allí como para que el destino le fallase nuevamente. Manipulaba mucho mejor a Rae desde que supo de su embarazo, y una vez que se libranan de esos mercenarios ella sería quien manejara los hilos dentro de aquel clan. Por eso necesitaba a Elisa, que siempre había sido demasiado dulce y noble como para darle la espalda. A veces, solo por un instante, sentía pena por ella. Había intentado quererla, de verdad, pero nunca pudo hacerlo. Ella no tenía ningún instinto maternal y este nuevo hijo era una carga necesaria para alcanzar un fin. Esta vez todo tenía que salir bien, se dijo así misma.

Cruzó la estancia contigua al salón y se encaminó hacia este. Quería cerciorarse de que todo estaba en orden para la cena de esa noche. Las voces provenientes del pasillo junto a la entrada hicieron que su paso se ralentizara lo suficiente como para no ser escuchada y poder enterarse de la conversación, que a tenor de la voz cansada e irritada de Rae parecía no ser amigable.

—Te he dejado que estés en mis tierras más tiempo del que pediste y ahora dices que alargas aún más tu estancia. No puedes quedarte aquí. ¡Me niego! Ya estoy arriesgando demasiado con el pacto que tenemos. Si algún Laird se entera de esto, estaré en serios problemas, por no hablar del rey Guillermo. Me estoy jugando la vida, maldita sea —dijo el jefe del clan MacKintosh entre dientes, furioso y algo desesperado.

Elys escuchó un ruido sordo y un gruñido, como si alguien hubiese sido golpeado contra la pared de piedra.

—Escúchame bien, viejo, porque solo lo repetiré una vez. Dejarás que tanto yo como mis

hombres permanezcamos en tus tierras y en tu casa todo el tiempo que sea necesario y lo harás con agrado. Como si me quiero tirar a tu mujer. No tienes nada que decir al respecto si no quieres que desencadene un baño de sangre. Tus hombres no tienen ninguna oportunidad frente a los míos a pesar de que seamos menos. Mis guerreros están bien entrenados y no sienten respeto por nada, y menos por una vida que todavía no ha terminado de gestarse. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Elys se llevó una mano al vientre. Ese demonio sabía de la existencia de su embarazo y esa era una de las razones por la que esta vez su dominación sobre Rae era aún más acusada. Si era cierto que los MacKintosh tenían hombres preparados, *highlanders* fuertes y valiosos, también lo era que no eran de los más temidos. El clan no se encontraba entre los más fieros. Su población se había visto mermada por la enfermedad dos décadas atrás y las luchas que mantuvieron con clanes vecinos por la delimitación del territorio. Los miembros del clan en edad óptima para la lucha no eran tan abundantes como en otros, y de eso se valía Neakail. Así se llamaba aquel bastardo que, aun siendo demasiado joven, ostentaba tanta violencia en su cuerpo y tanta maldad en sus venas que intimidaba con su presencia y la de sus hombres.

—Suéltame —dijo Rae con la voz distorsionada.

Elys se atrevió a asomarse lo suficiente como para ver a su marido atrapado por el brazo de Neakail contra su cuello, asfixiándolo contra la pared sin ningún esfuerzo.

—¿Entendiste, anciano? Si no me complaces en todo, me aseguraré de que tus seres queridos mueran lentamente, sufriendo, y de que tú lo veas antes de que te destripe. No me iré hasta que yo lo decida.

Neakail levantó lo suficiente en antebrazo para que el viejo pudiese tomar aire antes de que se desmayase y así poder responder a su pregunta

—Lo entiendo, pero si no queréis comenzar una guerra entretanto, dejad las tierras de los McPherson en paz.

Neakail sonrió de forma peligrosa.

—Mis hombres se aburren. Tienen que hacer algo hasta que el próximo encargo los saque se este hastío. No te preocupes, o es que... ¿acaso tienes miedo de ese clan?

Rae MacKintosh miró al deshecho que tenía delante de él. Era fuerte, joven y no tenía escrúpulos. Maldijo el día en que llegaron a sus tierras la primera vez. Debería haber hecho algo en aquel entonces, pero la muerte de su amada hija lo sumió una neblina de indiferencia y dolor que le nubló los sentidos. Les ofreció su hospitalidad para solo después comprender el tremendo error que había cometido. Aquella misma noche Neakail le amenazó, en su propia casa, en su propio hogar y en el seno de su clan. Y él no supo reaccionar, porque pudo atisbar en los ojos aquel hombre lo que podía llegar a hacer. Sabía que cubriría de sangre aquellas tierras antes de que pudiesen con ellos. El número jugaba a favor de Rae, pero la formación, la destreza y la falta absoluta de escrúpulos estaba a favor de Neakail. Sus hombres eran asesinos, guerreros sin honor que no pertenecían a ningún lugar ni sentían respeto por nada ni por nadie salvo por aquel bastardo que los lideraba con la codicia y la sangre en las manos. Y entonces se vio a sí mismo forzado a tomar una decisión y aceptó el trato que le propuso sin considerar que, a la larga, el filo de un cuchillo hubiese sido más piadoso que dicho acuerdo. Por dejarlos tranquilos y por no levantar sus armas contra ellos, cada cierto tiempo aparecían y abusaban de su hospitalidad, adueñándose de todo lo que era sagrado para él. Y lo había aceptado, hasta ese momento en el que Neakail había cruzado una fina línea. Había amenazado la vida de su hijo nonato y eso no podía permitirlo.

—No deberías subestimar a esos hombres. Duncan McPherson es uno de los *highlanders* más

fieros de estas tierras y sus hombres tienen pocos rivales.

Un brillo peligroso destiló en los ojos color ámbar del mercenario al escuchar esas palabras.

—Nadie tiene rival para mí y mis hombres. Si McPherson hace algún movimiento, si osa ni si quiera desafiar mi paciencia, es hombre muerto. Además, no debes preocuparte por eso, mis hombres no carecen de inteligencia. Han estado robando parte de su ganado y le han dado una paliza a uno de sus hombres, pero no lo han hecho donde tus tierras delimitan con las suyas. ¿Por qué crees que dejamos a ese hombre con vida? Será divertido ver cómo se enzarzan en una lucha con el otro clan cuyas tierras también delimitan con las de los McPherson. Los Gordon tendrán un problema cuando tu Laird McPherson les vaya a pedir explicaciones. Y ahora déjate de mierdas y haz que pongan una cena decente. Mis hombres y yo tenemos hambre.

Neakail soltó a Rae, que se tambaleó un poco cuando se vio libre a pesar de estar apoyado contra la pared. MacKintosh ni si quiera se había dado cuenta de cuánto se había dejado a sí mismo en los últimos dos años. La edad no perdonaba, pero tampoco la indiferencia, su ausencia casi autoimpuesta. Su clan lo había necesitado, su gente, sus hombres... y los había abandonado. Ahora pagaba el precio, y era este.

Rae creyó ver un movimiento al fondo. No quería pensar que alguno de sus hombres hubiese escuchado la vergonzosa conversación que había tenido con Neakail. El hecho de que se sintiese humillado y avergonzado de sí mismo no significaba que quisiese que su gente lo supiera. Eso sería la muerte en vida para él. Había sido un orgulloso *highlander* en otro tiempo, tanto que ahora le parecía que hubiese sucedido en otra vida, sin embargo no se rendiría, no ahora que la vida le daba una segunda oportunidad con ese hijo que gestaba Elys en su interior. Miró a Neakail y, sin bajar sus ojos de los suyos, se dio la vuelta y se encaminó al salón, donde en poco tiempo la cena estaría dispuesta. Necesitaba pensar en cómo solucionar aquello de una vez por todas. Sí, lo haría, pero esa noche no.

Elys volvió sobre sus pasos con el entrecejo fruncido. Aquel malnacido no la asustaba. Había conocido a muchos de su ralea. Solo quería que se fuera lo antes posible y que no volviera. Rae, el hombre que había conocido hacía más de tres años no era el mismo que había visto en ese pasillo. Le hirvió la sangre cuando le vio dejarse avasallar por ese sucio bastardo sin oponer apenas resistencia. Si no hacía algo, ella tendría que tomar las riendas del asunto y pensar en la mejor opción para deshacerse de Neakail. Debía ser así, y pronto, porque si una cosa tenía clara es que no dejaría que nadie se interpusiera en su camino.

CAPÍTULO XVII

Elisa llevaba todo el día callada, mas callada que el día anterior. Sí, era raro, tan extraño que Duncan y sus hombres habían estado observándola atentamente durante las horas que llevaban cabalgando como si esperasen que de repente le saliera una segunda cabeza de los hombros.

Solo contestaba de nuevo con monosílabos y eso parecía preocupar a los McPherson.

Elisa no lo hacía aposta, ni si quiera era consciente de ello hasta que se fijaba en las caras de los *highlanders* y veía sus expresiones, pero no podía evitarlo y menos después de la noche anterior. Desde entonces su cabeza era una olla hirviendo de pensamientos y sentimientos y todos en contraposición. Estaba cansada de sí misma. Pensaba que al tomar la decisión antes de iniciar este viaje todo se volvería más sencillo pero no podía estar más equivocada. Nunca antes algo le había resultado tan difícil.

Sintió un dedo en su brazo haciendo presión hacia dentro como si quisiese constatar que estaba consciente. Cuando Elisa miró al dueño de ese dedo, Gavin McPherson, este alzó una de sus cejas y miró a Irvin, que iba a su lado, antes de hablar.

—Sí, tenías razón, sigue con nosotros. Parece que no se ha quedado tonta. Ya empezaba a preocuparme.

Irvin soltó una carcajada por la ocurrencia de Gavin y Duncan curvó los labios en una generosa sonrisa que hizo que Elisa sintiese un hormigueo en su estómago. Tenía que estar prohibida por ley esa sonrisa, y también esos ojos y esos labios. Con ese pensamiento frunció el entrecejo, porque ¿a quién quería mentir? Estaba cerca, muy cerca de enamorarse de aquel *highlander* y parecía que nada ni nadie, de seguir así, podrían evitarlo. Solo el hecho de saber que en pocas horas se separaría de él, le aportaba algún tipo de esperanza de no sucumbir a ese sentimiento que anhelaba secretamente del mismo modo que temía.

La mirada de preocupación que vio en los ojos de Duncan mientras que ella pensaba todo eso no pasó desapercibida para Elisa, y eso le dolió. ¿Qué le estaba pasando? Deseaba que alguien se preocupase por ella, sentir que si desaparecía de este mundo esa persona la echaría de menos, anhelando que sintiese por ella lo suficiente como para darse cuenta de sus sentimientos, de sus desvelos. Cuando Duncan hacía eso se sentía vulnerable, cuidada, con el deseo de ser parte de algo, de la vida de alguien y que ese lazo fuese tan fuerte que nada lo pudiese romper, ni si quiera el tiempo. Y se castigaba por pensar así, porque eso no era lo que la vida le había enseñado. Lo que le había demostrado era que ese tipo de amor no existía, que las personas que más amas son las que más daño pueden hacerte y que debes hacerte fuerte y no crear lazos emocionales con nadie si quieres sobrevivir.

—Muchacha, te sale humo por las orejas.

Elisa dio un respingo cuando sintió la voz de Irvin cerca de su oído.

Se apartó lo suficiente como para mirar al *highlander* que inclinado hacia un lado seguía estando demasiado cerca de ella y mirándola como si supiese exactamente qué era lo que estaba pensando. ¿Es que todos los de ese clan tenían ese don?

Irvin se irguió nuevamente sobre su montura sin dejar de mirarla y con una sonrisa irónica en los labios.

Elisa miró a Gavin y a Duncan que en ese momento iban delante de ellos. El más joven asentía con seriedad a lo que su Laird le estaba comentando.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó Irvin desviando la vista de Elisa a Laird McPherson

Elisa dio un pequeño chillido que hizo que Gavin y Duncan volvieran la cabeza hacia atrás con rapidez.

Elisa tosió y se aclaró la garganta antes de contestar.

—No es nada, nada, me he hecho daño en un dedo de la manera más tonta. Estoy bien. Tranquilos —dijo Elisa cuando vio cómo Duncan seguía mirándola como si no creyese ni una palabra.

Cuando Elisa vio cómo Duncan con reticencia y Gavin volvían a su conversación miró a Irvin con todas las iras del infierno en sus ojos.

—Uff... muchacha... te gusta más de lo que pensaba. Esa mirada de querer matarme con tus propias manos lo está gritando.

Elisa soltó un bufido intentando controlar su genio.

—No sé de qué estás hablando —dijo en un susurro cargado de hostilidad.

Irvin la miró y alzó una ceja al estilo McPherson. Elisa ya se había dado cuenta que era un rasgo que tanto Duncan como él compartían, e Irvin tuvo la osadía de volver a sonreír con suficiencia.

—¿Lo de mentirte a ti misma te da resultado?, porque a mí me daría dolor de cabeza. Podrías evitártelo si aceptaras de una vez por todas que estás loca por Duncan.

Elisa casi saltó de la silla de su montura para agarrar a Irvin del cuello. Este soltó una carcajada que aún resonaba en sus oídos cuando la dejó sola, apremiando a su montura para alcanzar a los otros dos hombres y, como un cobarde, situarse al lado de Gavin. Lo malo de aquella maniobra fue que Duncan, al verlo llegar, se quedó más atrás para tomar su lugar al lado de Elisa. El gesto de Irvin, girando la cabeza para guiñarle un ojo, fue lo que terminó de matar a Elisa, que juró vengarse de aquel *highlander*. Sufriría lentamente, como que se llamaba Elisa MacLaren.

—¿Vas a contarme qué es lo que te pasa? —preguntó Duncan con un tono de voz grave y tranquilo, que en cierto modo hizo que el enfado de Elisa casi se esfumara como si nunca hubiera existido.

—Llevas todo el día callada, pensativa y me has estado esquivando. ¿Es por lo que pasó anoche?

¡Plaff! Elisa miró si su cuerpo estaba en el suelo después de haberse desmayado salvándola de tener que contestar esa pregunta. Pero no, no había tenido esa suerte y seguía montada en su caballo, con Duncan mirándola fijamente. Sintió temblar sus manos por el nerviosismo de tener que elegir entre ser sincera o mentir como una bellaca. Eligió mentir. Ella, que siempre se había jactado de ser transparente y directa, estaba pensando en qué decir que fuese verosímil y la dejase salir de aquella trampa sin tener que morir de vergüenza o tener que exponer su corazón.

Sin embargo, cuando iba soltar el mayor embuste de la historia, no pudo. Las palabras salieron como si tuviesen voluntad propia.

—No debí besarte y lo siento. Te confundí y no fue justo. Asumo mi parte de culpa.

La mirada seria de Duncan, inquisitiva, queriendo discernir la veracidad de sus palabras hizo que Elisa desviara la suya. No podía ser coherente consigo misma cuando le miraba con esa intensidad.

—Lamento escuchar eso porque yo no me arrepiento de nada, y menos de desearte como lo

hago.

Elisa se dio cuenta que habían parado cuando vio a Gavin e Irvin dejar sus monturas. El cielo se estaba oscureciendo con el sol apenas visible sobre el horizonte. Parecía que iban a pasar la noche en aquella explanada. Con las palabras de Duncan todavía resonando en su cabeza no le había escuchado bajar de su caballo y ponerse a su lado.

Cuando vio sus brazos extendidos hacia ella para ayudarla a bajar no pudo ni quiso evitarlo. Duncan la tomó por la cintura y despacio la bajó, rozando su cuerpo con el de ella. Cuando Elisa sintió sus pies sobre la tierra respiraba con dificultad y apenas era capaz de articular una palabra. Sin embargo ella nunca había sido cobarde, y no iba a empezar en ese momento, así que levantó su mirada y la clavó en los ojos de Duncan. Este la miró fijamente antes de hablar.

—Jamás haría nada que te hiciese daño, no de manera consciente. Y jamás haré nada que tú no desees que haga. Está en tu mano determinar cómo quieres que esto que hay entre los dos evolucione.

Elisa quería estar en cualquier lugar en ese instante menos en el que estaba. No había querido que las cosas llegaran a ese término, pero era la primera vez que se había sentido así, perdidamente rendida a los sentimientos que un hombre despertaba en ella. Anhelante de todo lo que atisbaba que él le podía ofrecer porque todo lo que sabía de Duncan hasta ese momento le hablaba de un hombre distinto a todos los que había conocido. Creyó en sus palabras al decirle que nunca le haría daño y eso era porque confiaba en él ciegamente cuando en toda su vida jamás había podido confiar en nadie, aunque lo había intentado con toda su alma, y Duncan llegaba a su vida y la desnudaba con su preocupación por ella, con su honor, con su pasión, sus besos y su honestidad. La forma de mirarla, la forma de tocarla, de conocerla sin articular ni una sola palabra, hablaba de una conexión más allá del deseo. Hablaba de sentimientos que le eran desconocidos, de roces en la piel que no solo calentaban su cuerpo sino también su interior. De miradas que la hacían sentir segura y protegida y a la vez la hacían sentir capaz de volar. Le hablaban de dejarse caer sin mirar atrás, y todo eso era demasiado nuevo para ella, demasiado bueno para poder creerlo. Si se equivocaba, no sabía si podría recuperarse alguna vez. ¿Y si no era capaz nunca de bajar ese muro que con tanto empeño había construido? ¿Y si la que no podía ofrecerle nada a Duncan era ella? Nadie antes vio en ella algo digno de amar, ¿por qué Duncan iba a ser diferente?

Sabía que las palabras que había pronunciado Duncan no eran vanas, que un hombre como él no quería solo calentar su lecho con su cuerpo. Lo que le estaba pidiendo era la oportunidad de tener un futuro juntos y le aseguraba que le daría el tiempo necesario para que lo comprobase. Solo tenía que decir las palabras adecuadas para que eso fuese posible. Solo tenía que decirle que ella también deseaba lo mismo y sin embargo no lo hizo. En cuanto sintió el nudo en el estómago, en el pecho y en la garganta, algo más fuerte que ella misma le impidió vocalizarlas.

—No hay nada entre nosotros dos. Solo sentía curiosidad y la has saciado ampliamente. Lamento si te he hecho pensar que estaba interesada en ti.

Elisa creyó que moriría allí mismo cuando sintió los dedos de Duncan acariciar su cuello para acunar finalmente su mejilla en la palma de su mano. Sus dedos quemaban en la piel con una ternura que la hizo parpadear rápidamente, intentando contener y alejar la humedad que ese gesto provocó en sus ojos, confundida por lo que vio en la mirada de Duncan. Era como si en ese instante se lo estuviese ofreciendo todo. Lo normal era que se hubiese ofendido, que estuviese furioso con ella y sin embargo lo que destilaba cada parte de él era preocupación, fuerza, determinación y comprensión. ¿Qué demonios iba hacer con eso? ¿Cómo detenía el dolor que

estaba sintiendo en su interior y que la estaba fracturando en dos?

Duncan la atrajo hasta sus brazos y la envolvió en ellos, arropándola como si el resto del mundo no existiese.

—No puedo luchar contra tus deseos y no voy a intentar derribar ese muro. Eso debes hacerlo tú. No... no voy a dar por sentado nada, hace mucho tiempo que aprendí esa lección. Mañana llegaremos a tierras MacKintosh y desapareceré de tu vida, no volveré a reiterarte lo que siento por ti, pero quiero que me escuches atentamente. Si me necesitas alguna vez me tienes, ¿me oyes? Me tienes. No dudes nunca de ello.

Elisa contuvo el sollozo que quebró en su garganta cuando sintió los labios de Duncan en su cabeza, en un gesto tan tierno que casi la hizo romperse. Aguantó hasta que se sintió vacía sin sus brazos alrededor de ella, hasta que le vio alejarse y ocuparse de su montura y la de ella para pasar la noche allí.

Entonces Elisa se permitió andar y alejarse un poco, manteniéndose a la vista de aquellos *highlander* pero permitiéndose un instante de intimidad.

Se cubrió los labios con las manos para intentar silenciar los sollozos y una lágrima detrás de otra surcó su rostro como hacía años que no hacía. ¿Que había hecho?

CAPITULO XVIII

Todo sucedió demasiado rápido y Elisa jamás se sintió tan mal como en aquel instante. Sabía que Duncan no la había abandonado y que no tenía derecho a pensarlo, no después de lo que le había dicho la noche anterior, pero la única verdad era que así era como se sentía después de verlo partir de tierras MacKinstosh dejándola con su madre y Rae.

La noche anterior no había podido conciliar el sueño hasta que el cansancio cercano al amanecer la había vencido y le concedió una tregua por solo un par de horas. En su insomnio, con los ojos cerrados y temblando por dentro por lo perdida que se encontraba, había sentido a Duncan acercarse, tocarle la mejilla y arroparla bajo los colores McPherson.

El hecho de que fuese una prioridad para él nunca dejaba de sorprenderla. Quería eso y por primera vez en su vida deseo ofrecérselo ella también. Se veía a sí misma queriendo velar por él, queriendo ofrecerle todo lo que tenía, y en ese preciso instante, cuando ese pensamiento volvía como una melodía recurrente era cuando todo se desmoronaba. ¿Qué tenía ella que ofrecerle? Sí, se había hecho a sí misma, era fuerte, segura de poder valerse y defenderse por sí sola, sin necesitar a nada ni a nadie, pero no sabía amar, no sabía nada del amor y no sabía si alguna vez podría ser capaz de ser libre, de dejarse llevar hasta tal punto, de confiar en otra persona hasta tal extremo como para dejar su vida, su cuerpo y su corazón en sus manos. Y Duncan no merecía menos. Así la había abatido el sueño y así la había alcanzado el amanecer cuando al despertar, y tras solo unos instantes de paz, todo el pesar de la noche anterior volvió a su mente con toda su fuerza para hacerla tragar con fuerza el nudo que instantáneamente se forjó en su garganta y que la hacía no poder tragar ni un bocado de las gachas que Gavin le ofreció para desayunar.

Duncan la ayudó a montar sin una sola palabra entre los dos, solo una mirada, cálida que la conmovió. Era peor su silencio, su comprensión, que el hecho de que se desataran todos los infiernos.

En poco tiempo varias casas diseminadas empezaron a aparecer ya en tierras MacKinstosh y a lo lejos pudieron distinguir la silueta de un castillo que por su forma más parecía una pequeña fortaleza. Un torreón prominente en el ala este guio los ojos de Elisa hacia su destino.

La gente se los quedaba mirando a su paso, y Elisa comprobó que, aunque no parecían hostiles, el recelo en la mirada dominaba sus rostros. Algo que confundió no solo a Elisa a tenor de la cara seria de Irvin y de la intensa mirada de Duncan, que lo observaba todo con su curiosidad innata.

No prestó atención a nada más cuando al final, frente a la entrada del castillo, divisó la silueta de su madre. Estaba igual que la recordaba. Delgada, elegante, con el pelo recogido, rubio y lacio y con la mirada carente de emoción. El rictus en sus labios apenas expresivos ni siquiera cambió cuando, en contraposición, Elisa le dirigió una tenue sonrisa. Al lado de Elys, Rae MacKintosh saludó a Duncan y a sus hombres. Su expresión era de franca sorpresa, aunque Elisa sabía que había sido avisado con anterioridad. Varios de sus guerreros los habían divisado al entrar en las tierras del clan esa misma mañana.

Elys saludó a Elisa cuando esta desmontó, con un abrazo que destilaba de todo menos amor materno.

—Me alegro de tenerte aquí.

Elisa miró a su madre a los ojos el tiempo necesario para ver un pequeño temblor en su mejilla. Habían pasado tres años y Elisa ya no era la niña que había dejado su madre atrás. Era más madura y bastante más sabia. No era tan fácil de engañar, y Elys se acababa de dar cuenta de ello. Elisa no había ocultado en su expresión la incredulidad que la bienvenida de su madre le había provocado. Había acudido a su llamada, y no la abandonaría, sin embargo no por ello iba a esperar nada de Elys, y menos su sinceridad.

Elisa desvió su mirada y prestó atención a la conversación que mantenía Duncan con MacKinstosh cuando le escuchó decir que no podrían quedarse a comer, aunque estaban muy agradecidos por su generosa invitación.

—¿Estás seguro? Sería mejor que descansaran un poco y tomaran esa comida antes de continuar.

Duncan miró a Rae con su sonrisa característica y que tanto había llegado a amar Elisa.

—Te lo agradezco, pero debo rechazar tu invitación. Debo llegar cuanto antes, aunque no renuncio a aceptarla en otra ocasión. Antes de irme me gustaría visitar a mi prima. Está casada con uno de tus hombres. Alastair MacKintosh.

—Por supuesto. No hay ningún problema. Siempre serás bienvenido en estas tierras. Y gracias nuevamente por traer a Elisa sana y salva hasta aquí. Tanto mi esposa como yo estaremos siempre en deuda contigo.

Duncan miró a Elisa, que permanecía junto a su madre unos pasos más atrás.

—Ha sido un placer haberla acompañado hasta su familia.

Elisa tragó con dificultad antes de que su madre le tocara el brazo indicándole que pasaran dentro del castillo. Rae ya se estaba despidiendo de Duncan con la intención de entrar junto a ellas mientras los McPherson partirían de inmediato.

Elisa no podía dejarle ir así, no de aquella manera, así que cuando Elys y Rae ya se dirigían al interior, Elisa se volvió y corrió para alcanzar a Duncan y sus hombres que estaban cogiendo sus monturas.

—¡Duncan!

Al escuchar su nombre, Duncan se volvió. Irvin y Gavin se alejaron unos pasos para darles intimidad.

Elisa sabía que después de rechazar sus sentimientos la noche anterior no había nada más que decir, pero no podía soportar que se fuera de esa manera y le dolía que él ni si quiera hubiese hecho intención de despedirse de ella.

—Gracias por acompañarme y traerme hasta aquí. Sé que tenías prisa por volver a tu hogar y sin embargo os habéis retrasado por mí. No lo olvidaré. Diles a Irvin y a Gavin que ha sido un placer viajar con ellos.

Duncan alzó una ceja y Elisa no pudo evitar sonreír.

—De acuerdo. Ha sido un placer viajar con ellos a veces, otras me hubiese gustado matarlos, sobre todo a Irvin, pero no les digas eso. En el fondo son maravillosos.

Duncan esbozó una tenue sonrisa. Estaba magnífico, plantado delante de ella con las piernas algo separadas y los brazos en jarras con las manos en la cintura, mientras la miraba con esa intensidad que la desarmaba.

—Deberías decírselo tú misma. A ellos les gustaría escucharlo de tus labios.

Elisa miró por encima del hombro de Duncan y vio a los dos hombres esperando a su Laird mientras intentaban disimular sin éxito que no estaban pendientes de cada una de sus palabras.

Elisa pasó al lado de Duncan y corrió los últimos metros para abrazar a Irvin y a Gavin. El joven soltó un jadeo ahogado por la sorpresa e Irvin un juramento malsonante cuando Elisa lo estrujó entre sus brazos.

—Gracias —dijo Elisa con la voz quebrada y lágrimas sin derramar en sus ojos.

No sabía qué le pasaba pero estaba muy sensible, más de lo que había estado en mucho tiempo. Ni si quiera ella se reconocía en su proceder. Sin saber cómo, no solo Duncan había derribado parte del muro que la rodeaba firmemente. Gavin e Irvin también habían contribuido a ello.

Elisa volvió junto a Duncan y sin apenas mirarlo dijo las palabras que no podía dejar sin decir.

—Lo siento mucho, Duncan. No sabes cuánto.

Y más entera de lo que un instante antes había estado le miró a los ojos, vio la tormenta que habitaba en ellos y vislumbró el pozo de dolor que ocultaba, que no había apreciado antes en él. En ese momento deseó con toda su alma ser ella la que borrara su sufrimiento.

—No lamentos nunca ser sincera. Y recuerda lo que te dije anoche. Cuídate —dijo Duncan extendiendo su mano hacia el pelo de Elisa y pasando uno de sus mechones rebeldes detrás de la oreja. Era un gesto que hacía desde que se conocieron y que a ella la llenaba de calidez de forma dolorosa. Sabía que si seguía un minuto más allí se quebraría y, como si Duncan supiese que estaba al borde de su aguante, rozó su mejilla y trazó con el dedo el dibujo de la comisura de sus labios con infinita delicadeza antes de romper el contacto, girarse y no volver la vista atrás.

Elisa no podía moverse, y menos pensar; solo podía sentir, en el fondo de su pecho, que dejarle marchar, no decirle que lo amaba, no arriesgarse, no romper la promesa que se hizo a ella misma cuando era solo una niña, era sin lugar a dudas el peor error que había cometido en su vida.

Elys observó desde el umbral de la entrada cómo su hija se despedía de los McPherson, y sobre todo de su Laird. Había que reconocer que Elisa no era tonta y que no tenía mal gusto. Duncan McPherson era uno de los hombres más atractivos y uno de los *highlanders* más temidos de toda Escocia, y por lo que parecía no era indiferente a los encantos de Elisa. Quizás después de todo, su hija había madurado y había dejado parte de su inocencia y nobleza en el camino. Eso esperaba, por el bien de ella. En el fondo, y aunque no tenía hacia ella el sentimiento de madre que debería nacerle de forma natural, tampoco le profesaba ningún resentimiento u odio, a pesar de que ella fue el inicio de muchas de sus desgracias.

Temió que los McPherson aceptaran la invitación a comer. A pesar de todo, Neakail y sus hombres seguían allí. Esa mañana habían salido y Elys sabía que no volverían hasta el día siguiente. El bastardo que los comandaba, en cuanto recibieron el aviso de que varios McPherson con una mujer como acompañante se dirigían hasta el castillo, decidieron desaparecer por unas horas en previsión a cuánto tiempo pudieran quedarse. Una cosa es que fueran osados y otra imbéciles. Y Neakail no era de los segundos. Diferente era el hecho de que Duncan tuviese una prima viviendo entre los MacKintosh, casada con Alastair. Sabía quién era. La pelirroja Mary. Mucho carácter y con una lengua afilada. Si Duncan la veía antes de irse, esta podía comentarle algo sobre el grupo de hombres que a veces se alojaban allí. Y eso no estaría bien. Rae ni si quiera había caído en ello cuando le dio su permiso para visitarla antes de volver a sus tierras.

Si bien era cierto que Rae había dicho a sus guerreros que Neakail trabajaba de forma secreta para el Rey y que por eso él y sus hombres se quedaban en las tierras de los MacKintosh cuando

tenían que realizar algún trabajo cercano a sus tierras, Elys sabía que los guerreros y los demás miembros del clan no eran unos ignorantes y que en más de una ocasión habían dudado de la veracidad de las palabras de Rae. Sin embargo, el hecho de ser Laird del clan le daba la autoridad suficiente como para que nadie se atreviera hasta ese momento a poner en entredicho sus palabras.

Tendría que mantener a Elisa alejada de aquellos hombres y retenerla en tierras MacKintosh hasta que su hijo hubiese nacido.

CAPÍTULO XIX

Duncan miró a Henderson. Lo que le estaba contando no tenía ningún sentido.

—¿Estás diciéndome que los Gordon le dieron una paliza a uno de los nuestros solo por un par de cabezas de ganado? Conozco a Bruce desde hace muchos años. Es un hombre de honor y un amigo. Si eso fuese cierto tendría que haber ocurrido sin su consentimiento y tú sabes que los hombres de Bruce jamás traicionarían la confianza de su Laird.

Henderson asintió con la cabeza afirmativamente.

—Por eso no he hecho nada todavía. Los hombres que atacaron a Andy, según lo poco que consiguió decirme, llevaban los colores de los Gordon. Sin embargo no creo que pertenecieran a ese clan. Andy se defendió bien, pero todavía es muy joven y no ha terminado su entrenamiento y ellos eran tres. Si hubiesen querido lo podrían haber matado, pero no lo hicieron. Lo hirieron para mandar un mensaje y luego se ensañaron por diversión. Así que mi pregunta es, ¿por qué dejarle con vida si al enterarnos eso podía provocar enfrentamientos entre los dos clanes e incluso una guerra?

Duncan asintió a su vez. Estaba de acuerdo con todo lo que había dicho Henderson. Irvin, que estaba a su lado y llevaba callado desde hacía un buen rato, apoyó un hombro en la pared antes de intervenir.

—Deberíamos hablar con Bruce y aclararlo. Puede que a ellos les estén haciendo lo mismo, y si ese no es el caso, por lo menos ponerlo sobre aviso. Puede ser que lo que intenten sea exactamente enemistarte con él.

Duncan se pellizó el puente de la nariz mientras pensaba detenidamente en todo lo que le había contado Henderson.

—Ahora mismo solo veo dos motivos. Uno, que el que esté realizando esos ataques, por la razón que sea, quiera desviar la atención de ellos señalando a los Gordon, o que esa misma persona lo que busque sea que nos enfrentemos a Bruce y sus hombres para tenernos ocupados.

Irvin le miró con un brillo peligroso en los ojos.

—¿Piensas que quieren distraernos?

—Podría ser.

—¿Y por qué querrían tenernos apartados? ¿para qué? —preguntó Henderson con el ceño fruncido.

Duncan miró a Irvin y vio en sus ojos que había llegado a la misma conclusión que él.

—Para que no acudamos a ayudar a uno de nuestros aliados si estos fuesen atacados. Para desviar la atención.

Henderson no lo tenía tan claro a tenor de la expresión confusa que había en su rostro.

—McAlister, Campbell, Gordon, McGregor... Todos nuestros aliados son temibles. Nadie se atrevería a entrar en una guerra directa con ellos.

Duncan le miró fijamente antes de contestar. En sus ojos se podía ver que barajaba un sinnúmero de posibilidades ahora que creía haber encontrado una razón para esos robos.

—Roban el ganado en nuestras tierras, pero nadie los ve hasta que ellos quieren y cuando lo hacen se aseguran de que creamos que son los Gordon. Todos sabemos aquí que es prácticamente

imposible que fuesen ellos, así que estamos hablando de un número de hombres que se mueven con facilidad por las tierras de los clanes vecinos y lo hacen con destreza y sigilo. Son hombres bien entrenados, no muy numerosos, o por lo menos no cuando salen en sus incursiones, y deben estar recibiendo ayuda de algún clan colindante a nuestras tierras, de lo contrario sería imposible ejecutar todo ello y pasar desapercibidos. Yo apuntaría a que son un grupo de renegados, mercenarios contratados con algún fin. Y, Henderson, como bien dices, nuestros aliados son temibles. Nadie en su sano juicio se enzarzaría en una guerra con ellos. Pero si son mercenarios, quizás ese no sea su propósito; quizás solo los hayan contratado para matar a alguien o generar problemas entre los clanes.

Irvin dejó de apoyarse en la pared de piedra y se acercó un poco más a Duncan.

—Si hablas de quién puede tener más enemigos, Campbell y McGregor se llevan la palma.

Duncan asintió afirmativamente ante las palabras de Irvin.

—La lista de McGregor es larga, se ha granjeado la enemistad de muchos al ser destinatario de la confianza del rey, y Campbell tiene en McDonall a su principal rival. El odio mutuo es patente.

—Y McDonall ya estuvo a punto de matar a Campbell en el entrenamiento durante la reunión. Ganas no le faltaron.

Duncan lo recordaba perfectamente. La herida prácticamente curada de su hombro lo atestiguaba.

—Sí, pero no debemos dejar atrás a los McAlister. Todavía hay quien piensa que el matrimonio de Evan con Meg McGregor nunca tuvo que llevarse a cabo. En los dos clanes aún quedan ancianos que no olvidan la rivalidad que durante siglos tiñó de sangre sus tierras. Ya lo intentaron una vez, podían volver a hacerlo. Y Andrew consiguió descubrir la traición de McNail. Aunque él cayese, todavía no se sabe cuántos más estaban apoyando a ese bastardo.

—Y Bruce tiene a ese malnacido de Farquharson.

Duncan miró a sus hombres antes de hablar. Habían llegado dos días atrás para encontrarse con Henderson ausente y a Andy inconsciente y herido por la paliza que le habían propinado al intentar proteger el ganado de tres hombres, que vestidos con los colores de los Gordon, cruzaron el límite de las tierras del clan. Henderson había vuelto hacía solo unas horas sin respuestas al incidente. Había salido en busca de algo que les proporcionara alguna pista sobre lo que había ocurrido. Andy solo había balbuceado algunas palabras antes de caer sin sentido y aunque había recuperado el conocimiento desde entonces poco más había podido aportar a lo ya relatado.

—Henderson, quiero que mañana salgas y veas a los McAlister. Cuéntales lo que sabemos y que estén atentos. Irvin, dile a Angus que se prepare, él irá a ver a Alec, y yo me acercaré a ver a Bruce. Intentad que...

Las palabras quedaron suspendidas en su boca cuando Andrew McAlister cruzó el umbral de la puerta con su eterna sonrisa y un brillo de picardía en los ojos. Nadie había avisado de su llegada, pero eso era algo habitual. Para Duncan era como un hermano y todos sabían que tenía libertad de andar por las tierras del clan y dentro del propio castillo como si en verdad lo fuese.

Duncan se dio cuenta de que Andrew percibió la seriedad que reinaba entre ellos cuando frunció algo el ceño y su sonrisa menguó ligeramente.

—¡Pero si es el cachorro de los McAlister! ¿Te ha salido ya la barba? El matrimonio es duro, ¿eh? —dijo Irvin con una sonrisa socarrona en los labios.

Andrew saludó efusivamente a Duncan enlazando su antebrazo con McPherson y dándole un toque en la espalda antes de dirigirse a Irvin. Su expresión de hombre absolutamente feliz al nombrar su matrimonio con Aili no dejó indiferente a nadie.

—Si estás tan jodidamente satisfecho me amargas la diversión, cachorro —continuó Irvin simulando que eso lo enojaba.

Andrew saludó a Henderson y por último a Irvin antes de contestarle.

—Podría mentirte, pero entonces sería una falta de respeto a un hombre de tu avanzada edad.

Irvin soltó una carcajada.

—Podría matarte por eso pero entonces Evan y tu preciosa esposa intentarían cortarme los huevos. Evan no me infunde ningún temor pero Aili es otro cantar. Haría lo que fuese por esa mujer.

Andrew rió abiertamente.

—Me alegra mucho verte pero, ¿qué haces por aquí? Creía que no te vería hasta el mes que viene —preguntó Duncan con curiosidad

Andrew asintió con la cabeza.

—Y así era, pero hace cuatro días recibimos noticias de McGregor.

Duncan sonrió con picardía ante la mirada de Andrew. Sabía lo que iba a decirle.

—¿Te he dicho que tu cuñado se ha casado y que estuve en su boda?

Andrew soltó una carcajada.

—Llegas tarde. Eso ya nos lo dijo el hombre de confianza que mandó. Fue todo muy confuso, pensábamos que Edine y Logan habían terminado para siempre y ahora resulta que están casados. Estamos deseando que vengan a vernos y nos lo cuenten todo, y ese es el motivo de que esté aquí. Nos dijeron que pasarían a vernos antes de continuar al norte, creo que van a acompañar a MacLaren a conocer a sus futuros suegros. Meg y Aili, sus hermanas, se han puesto como locas con la noticia. Sabes lo unidas que están a Logan, y queríamos darles una pequeña sorpresa e invitar a unos pocos amigos para celebrar ese matrimonio con la familia. No puedes faltar.

—¿Cuándo sería?

A Andrew no le pasó desapercibida la expresión de Duncan. Estaba más serio de lo habitual. Su rostro reflejaba preocupación. Quizás alguien que no le conociese no se hubiera dado cuenta pero ellos eran amigos desde hacía muchos años. Duncan había sido el mejor amigo de su hermano Kerr hasta que este falleció, y era como un hermano para él.

—En unos días, ¿por qué? ¿Qué pasa, Duncan? —preguntó Andrew directamente.

Duncan, Irvin y Henderson le explicaron la situación, todo lo que había acontecido durante las últimas semanas, los últimos días y las conclusiones a las que habían llegado.

Andrew escuchó en silencio todo lo que le contaron y solo interrumpió dos veces para hacer unas preguntas a fin de esclarecer algún punto.

—Iba a enviar a Henderson mañana para que hablara con vosotros.

Unos meses atrás, Evan, el hermano de Andrew y jefe del clan McAlister, por mandato real y a fin de terminar con la enemistad que duraba siglos entre los McAlister y los McGregor tuvo que comprometerse con una de las hijas del Laird McGregor. A nadie le gustó ese hecho y más después de los años de odio y muertes que engrosaban la cuenta de esa enemistad. La inmensa mayoría callaron y lo aceptaron por el bien de su clan y el de su Laird, pero hubo quien no perdonó ese hecho e intentó atentar contra la vida de Evan.

—Si lo que piensas fuese cierto, no creo que seamos Evan o yo los destinatarios de su ira, pero te agradezco la advertencia. No hace falta que mandes a Henderson. Yo avisaré a mi hermano. Partiré mañana de vuelta. Con Meg a punto de dar a luz, no creo que Evan quiera correr riesgos. Si te soy sincero, yo apuntaría a Alec o a Logan. Mi cuñado tiene muchos enemigos en la corte y Campbell... bueno, con McDonall tiene más que suficiente.

La cara que pusieron Irvin y Duncan le hizo enarcar una ceja a Andrew.

—¿Qué es lo que no sé? —preguntó McAlister con su curiosidad innata reflejada en el tono de voz.

—Verás, cachorro, ¿por dónde empezar? McDonall quiso matar a Campbell en un entrenamiento y de forma bastante deshonrosa. Si no fuera por Duncan, que se interpuso entre la espada y la espalda de Alec, quizás lo hubiese conseguido. Logan tuvo un enfrentamiento nada agradable con Daroch, que al parecer insultó e intentó agredir a la que hoy es su esposa y, en consecuencia, uno de sus hombres, como un cobarde y escondido en las sombras, intentó matarle. Pero está bien —se apresuró a aclarar Irvin cuando vio la cara de preocupación de Andrew—. Y aquí, vuestro amigo y nuestro querido Laird, se ha enamorado de una joven que es la prima de Grant, que lo tiró al barro en una vergonzosa y nada elegante caída y de la que no se ha recuperado. El golpe fue glorioso.

Andrew soltó un «¿qué?» en cuanto escuchó que Duncan se había enamorado, para después liberar una carcajada al escuchar las palabras de Irvin.

—No le hagas caso, sabes lo exagerado que es este anciano. La caída no fue para tanto —dijo Duncan mirando a Irvin con una ceja alzada.

Andrew le miró como si estuviese viendo un espejismo y una franca y genuina sonrisa se extendió por sus labios. El afecto en los ojos de su amigo al hablar de ese recuerdo era visible. Andrew sabía todo lo que había sufrido Duncan, todo lo que había perdido y la clase de hombre que era. El hecho de que se hubiese enamorado, permitiéndose arriesgarse después de lo de su esposa y su hijo era algo que le alegraba sinceramente.

—Ya era hora, hermano —dijo Andrew poniendo una mano en su hombro.

La negativa con la cabeza de Irvin hizo que Andrew frunciera el ceño. Ahora sí que no entendía nada.

—¿Y estamos negando con la cabeza por...? —preguntó Andrew cruzando los brazos delante del pecho.

Ahora fue Duncan el que tomó la palabra.

—Elisa tenía urgencia por llegar a tierras del clan MacKintosh. Su madre, que está casada desde hace unos años con el Laird del clan, la necesitaba. Y puesto que Grant, con todo lo de la reunión, no podía desprenderse de ningún hombre, me ofrecí a acompañarla hasta allí. La dejamos hace dos días.

—¿Y? Que yo sepa, tus tierras limitan con las de MacKintosh. Puedes ir a verla.

Irvin volvió a negar con la cabeza y Andrew soltó el aire de forma ruidosa.

—¿Y ahora porque dices que no? —preguntó Andrew entendiendo menos por momentos.

—Le dije a Elisa lo que sentía y ella no correspondió esos sentimientos —contestó Duncan mirando serio a su primo.

Irvin soltó un bufido y volvió a negar con la cabeza.

—Estás acabando con mi paciencia —dijo Duncan mirando a Irvin, demasiado calmado para el tono de voz que había utilizado, lo que hizo que Andrew tuviese que contenerse por no soltar una carcajada.

—La muchacha siente lo mismo hacia ti, pero está demasiado asustada como para sacar la cabeza de su trasero, y tú lo sabes —sentenció Irvin.

—No voy a presionarla para que haga algo que no desea. Debe ser ella la que lo decida.

—¿Lo ves? —preguntó Irvin a Andrew con un gesto de brazos que expresaban claramente su exasperación—. Habla tú con él si quieres, a mí no me hace caso. Os veo en la cena —dijo Irvin

llevándose a Henderson con él, el cual durante toda esa conversación había estado con la boca abierta y callado, sin poder creer que el duro e impasible de Duncan McPherson se hubiese enamorado.

Duncan miró a Andrew poniendo los ojos en blanco.

—¿Tiene razón? —preguntó Andrew cuando estuvieron los dos solos.

Duncan le miró fijamente.

—De acuerdo —dijo Andrew cuando vio el gesto serio de McPherson—. ¿Te acuerdas la conversación que tuviste conmigo cuando me iba a casar con Aili? Me dijiste que me conocías y que sabías que te ocultaba algo. Que te podía decir que no era de tu incumbencia pero que te dejara ayudarme.

—Sé por dónde vas, mocoso, pero no puedes ayudarme en esto.

Andrew sonrió de medio lado.

—Eres mi hermano y lo sabes. Eras el mejor amigo de Kerr y si él estuviese aquí te diría lo mismo que yo. No puedes seguir castigándote por lo de Ann. Los dos os casasteis por obligación. Eso es distinto a hacerle ver a Elisa que no debe tener miedo a sus sentimientos. No sé cuál es el motivo de su reticencia y no te pido que me lo cuentes pero te mereces ser feliz, y si la amas no estarías incumpliendo tu palabra al permanecer a su lado hasta que ella se dé cuenta.

—¿Seguro que eres un McAlister y no un McPherson? Eres demasiado observador para mi bien —dijo Duncan pasándose una mano por el pelo y dejándolo revuelto.

Andrew soltó una carcajada.

—Aprendí del mejor. Aprendí de ti.

Duncan tomó aire antes de hablar.

—Ya veo, no debí enseñarte nada.

—Es todo culpa tuya —dijo Andrew esperando a que Duncan le hablase.

McPherson le miró, dejándole entrever en sus ojos un atisbo del dolor que el tema de su esposa todavía le causaba.

—Tengo mis razones, Andrew. Lo que siento por Elisa no lo he sentido jamás por nadie. Sé que ella también siente algo por mí, pero por ahora no es suficiente como para romper su miedo, y la entiendo. Ha sufrido mucho y no confía en nadie. Pero necesita tiempo y no la voy a presionar. A pesar de lo que ha dicho Irvin, no voy a rendirme, pero para él lo lógico sería cargármela al hombro, traerla aquí y hacerla mi mujer a la fuerza si hiciese falta. Y eso no es lo que necesita Elisa.

—¿Y si después de darle tiempo ella decide que no quiere estar contigo? —preguntó Andrew alzando una ceja.

—Entonces tendré que ir a por ella, cargármela al hombro, traerla hasta aquí y convencerla de que se case conmigo aunque me lleve el resto de mi vida.

La carcajada de Andrew antes de seguir a Duncan fuera de aquella habitación no murió hasta minutos después.

CAPÍTULO XX

Neakail miró a Rae MacKintosh. No podía comprender como ese hombre tan estúpido podía ser jefe del clan y haber sobrevivido durante todos esos años. Era débil, poco inteligente y nada perceptivo. Cuando lo conoció unos meses atrás supo que sería la solución perfecta para sus hombres y él. Alojarse allí y permanecer ocultos durante un tiempo en sus tierras sin levantar sospechas era algo de un valor incalculable y no iba a perderlo porque al viejo de repente le hubiesen salido agallas.

Le bajaría los humos la próxima vez que volvieran. Su estancia en tierras MacKintosh ya estaba llegando a su fin y más después de la reunión que tuvo con el intermediario enviado por la persona que los había contratado tiempo atrás con el fin de matar a un Laird. Rae no sospechaba nada, pensaba que ellos estaban esperando a que un nuevo encargo los llevara lejos, pero la verdad era que esa espera se debía al plan que habían trazado para librarse de ese Laird. Lo harían pronto, y ellos recibirían una cuantiosa compensación por ello. La mayor en mucho tiempo. El encargo era peligroso y durante un tiempo tendrían que desaparecer e ir al norte, lo más lejos posible. El asesinato de ese Laird levantaría muchas ampollas. Su clan era uno de los más respetados, sus hombres de los mejores entrenados y tenía unos aliados aún más temibles que no se quedarían impasibles ante su muerte. El hombre que lo había contratado sabía que todas las miradas se volverían contra él cuando mataran a su enemigo pero con ellos lejos de allí nadie podría relacionarlo con su muerte y él por fin se habría librado de aquel malnacido.

Neakail disfrutaba de aquellos trabajos. Los que exigían lo mejor de él y de sus hombres, los que eran más peligrosos. No fallarían, no había margen de error porque eran los mejores en ello. Y además, matar a ese Laird le daría la satisfacción adicional de quitar la vida de un hombre que se creía mejor que nadie. Aunque no lo conocía sabía cómo eran todos los Laird, y este no sería diferente.

—Te dije que dejarais las tierras de McPherson en paz. No os conviene tener a Duncan detrás de vosotros.

Neakail sonrió con suficiencia.

—Tranquilo. El tiempo que hemos estado alejados de aquí no ha sido para molestar a tu Laird McPherson. Teníamos algo que solucionar —dijo Neakail con un tono de voz que dejaba claro que no daría ninguna explicación adicional al respecto. Neakail no quería que aquel viejo empezase a sospechar de sus planes—. Además, ya te he dicho que Duncan McPherson no me da ningún miedo. Eres un cobarde, debería darte vergüenza de llamarte Laird y *highlander*.

Neakail vio la mirada de profundo odio que le lanzó Rae. Sonrió con autosuficiencia cuando comprobó lo fácil que era hacer que aquel viejo se enfureciera. Era una lástima que no pudiera matarlo. Todavía le hacía falta, de lo contrario hubiese disfrutado viendo cómo la vida abandonaba su cuerpo, retorciéndole un puñal en las entrañas y mirándolo a los ojos mientras agonizaba para que lo último que ese cabrón viese antes de dejar este mundo y su miserable vida fuese sus ojos y lo mucho que disfrutaba mandándolo al infierno.

—Mejor que sea así. No quiero tener problemas con él. Ayer estuvo aquí y me cuidé de hacerle sentir que era bien recibido. No quiero que sospeche que tenemos algo que ver con lo que

tus hombres hacen en sus tierras.

Neakail frunció en el entrecejo al escuchar las palabras de Rae. Sabía que había estado allí pero quería conocer el motivo.

—¿A qué vino? ¿Acabó ya esa dichosa reunión en tierras MacLaren?

Rae soltó el aire con lentitud como si estuviese cansado.

—Sí, parece que la reunión está llegando a su fin y ha vuelto antes para acompañar a la hija de mi mujer hasta aquí.

Neakail sonrió con un brillo peligroso en los ojos que a Rae no le pasó desapercibido.

—Ah, sí. Esa cosita preciosa con pecas que he visto hace un rato en el salón.

MacKintosh se enderezó, endureciendo su expresión cuando escuchó el tono de lujuria en la voz de Neakail.

—Ni te acerques a ella. Es la hija de mi esposa y es la prima de Grant MacLaren. Si le haces algo nadie podrá impedir que MacLaren y todos sus aliados, entre ellos Logan McGregor, te den caza y te maten.

Neakail se acercó hasta Rae apretando la mandíbula y los puños. El bofetón que mandó a Rae trastrabillando varios pasos hacia atrás cogió desprevenido al Laird, que apenas pudo mantenerse en pie.

Uno de los hombres de MacKintosh apareció en ese instante para hablar con su Laird cuando vio la agresión de la que no dio crédito. Inmediatamente se puso delante del jefe de clan y golpeó a Neakail con toda su fuerza y la ira que le había provocado ser testigo de aquel acto inverosímil. Con lo que no contó fue con la experiencia, la fuerza y la falta de escrúpulos del mercenario, que antes de que pudiese darse cuenta estaba cerca de él cortándole la garganta de un solo golpe. La mirada de incredulidad del *highlander*, así como el gruñido de dolor de Rae fueron altamente gratificantes para Neakail.

—¿Qué ha hecho? —rugió Rae mientras intentaba sostener entre sus brazos a David, que agonizaba en medio de un charco de sangre.

Neakail limpió la sangre de la hoja del cuchillo en la manga de su chaqueta.

—No te preocupes tanto, viejo. Mis hombres se encargarán de deshacerse del cuerpo de esta basura.

—No es ninguna basura —dijo Rae mirándole con odio—, era un buen hombre y tenía mujer e hijo.

Neakail contrajo los hombros en un claro gesto de lo poco que le importaba esa información.

—¿Te dan pena su mujer y su hijo? Pues jode a la mujer y mata al niño. Menos de lo que preocuparte.

—¡Eres un maldito hijo de puta!

La risa de Neakail que retumbó en su pecho tenía una pizca de demencia que a Rae le contrajo las entrañas.

—Sí, pero un maldito hijo de puta que te tiene cogido por los huevos. Así que a ver si aprendes de una vez y haces todo lo que yo te diga. No debes enfadarme. Ya has visto lo que pasa cuando lo haces. Esto es por tu culpa. Deja de decirme lo que puedo y lo que no puedo hacer, porque si lo haces, cosas como esta volverán a ocurrir. Duncan McPherson no es tu problema. Mis hombres entrarán en sus tierras las veces que quieran y matarán a sus hombres si me da la gana. Ya te dije que no debes preocuparte. Mis guerreros le dieron una paliza de muerte a uno de sus *highlander*, un muchacho, y se preocuparon de hacerlo con los colores de los Gordon. Nadie sospechará de ti, pero si vuelves a desafiarme, del que menos tendrás que preocuparte es de

McPherson. ¿Me escuchas? ¡Contesta!

Rae solo pudo afirmar con la cabeza. Aquel loco los llevaría a todos a la ruina.

Uno de los hombres de Neakail entró en la estancia y se acercó a su jefe. Lo que le dijo al oído no pudo escucharlo MacKintosh, pero las palabras que pronunció a continuación hicieron que las manos le temblaran y que su estómago se revolviera.

—Parece que la hija de tu mujer es una niña muy curiosa. Es una lástima que deba castigarla.

Elisa corrió escaleras arriba todo lo deprisa que pudo. Todavía le temblaban las manos y su pecho retumbaba como un martillo. Tenía la respiración demasiado agitada y el terror de haber sido testigo de lo que había dicho y hecho ese hombre en presencia de Rae todavía le corroía las entrañas. El miedo se había adueñado de sus extremidades que en un primer momento no quisieron responderle quedándose como una estatua en el umbral de la puerta sin que la vieran. Aquellos segundos en los que no supo cómo reaccionar le parecieron eternos y al escuchar un ruido de pasos por el pasillo, su cuerpo por fin se movió por instinto, instándola a correr lejos de allí para pensar en qué hacer.

Había sido una mala idea acudir a la llamada de su madre. Lo supo en cuanto tuvo la primera conversación con ella.

—Estás cambiada —dijo su madre con un tono de voz tan frío como el que recordaba. Parecía que esos tres años y un nuevo matrimonio no habían sido capaces de ablandar ni una pizca de la dureza de Elys.

—Tú sin embargo estás igual —dijo Elisa con un deje de tristeza que Elys no pudo o no quiso percibir.

—Te estarás preguntando porque te he hecho venir. Pues bien, estoy embarazada.

Elisa había esperado muchas cosas pero en verdad no había pensado ni en mil años que lo que su madre tenía que decirle era eso. Siempre había dicho que no quería tener hijos y que Elisa había sido un error. De hecho, la culpaba de todo lo que había ido mal en su vida.

Al percibir el silencio de su hija Elys, continuó.

—No pongas esa cara ni te atrevas a juzgarme. Necesito a este niño y llevo un tiempo sangrando. Es poco, pero no puedo perderlo.

—¿Por qué yo? Imagino que en este clan habrá alguna curandera y mujeres con experiencia en traer niños al mundo

El tono frío y neutral de Elisa sorprendió un poco a Elys.

—No me fío de ellas.

Elisa frunció el ceño antes sus palabras.

—¿Y de mí sí?

El tono sarcástico de la pregunta hizo que Elys sonriera de medio lado.

—Al fin y al cabo, eres mi hija. Te conozco. Sé que aunque no te guste harás lo posible por mí y este niño.

Elisa apretó los dientes antes de tomar aire e intentar hablar desde la calma. Elys tenía razón, ella era incapaz de no entregarle su ayuda.

—Antes has dicho que necesitabas a ese niño. No has hablado de que lo quieras. ¿Ha sido una

percepción mía o en verdad no has cambiado?

Elys sabía que podía intentar alegar al lado tierno y noble de su hija pero era algo que ni siquiera sabría hacer así que optó por decir la única verdad.

—Este niño es mi llave para obtener lo que deseo. Por lo demás, no tengo ningún interés en ser madre de nuevo, pero eso es algo que ya sabías, ¿verdad?

Elisa afirmó con un gesto casi inexistente de su cabeza.

—Tendré que mirarte.

Elys abrió los brazos indicándole a su hija que no perdieran más el tiempo.

Elisa examinó a su madre y después de que esta terminara de acomodar su ropa nuevamente la miró fijamente sentándose en la silla que había bajo la ventana del cuarto de su madre.

—Debes guardar reposo. El embarazo pelagra si no lo haces.

Elys apretó los labios. Lo que le había dicho Elisa no le gustaba nada.

—¿No hay nada que pueda tomar que me ayude con este embarazo y no tenga que hacer ese reposo?

Elisa negó en silencio.

—De acuerdo —dijo Elys entre dientes, contrariada—. Te quedarás conmigo hasta que este niño salga de mi vientre. Necesito que tú lo traigas al mundo.

Elisa se puso de pie y avanzó lentamente hacia su madre.

—Te he dicho lo que tienes que hacer y me quedaré hasta que dejes de sangrar y estemos seguras que el embarazo no pelagra, y luego si quieres vendré cuando la fecha del alumbramiento esté cerca, pero no sueñes con que me quede aquí.

—Harás lo que yo diga —dijo Elys asombrada por el arrojo de Elisa.

—Madre, hace mucho tiempo que perdiste la oportunidad de decirme lo que debía o no hacer.

Y con esas palabras se fue de allí para encerrarse en el cuarto que le habían asignado mientras permaneciera en aquellas tierras.

Habían pasado tres días desde aquella conversación y el contacto con su madre se había reducido a estar pendiente de su estado y a hacerle las preguntas necesarias para saber que todo iba bien. Era verdad que Elys guardó reposo esos días y que Rae, después de que le dijeran lo que pasaba, prácticamente ordenó a su mujer no levantarse de la cama. Elisa apenas salía, su madre quería que estuviese junto a ella sobre todo los dos días anteriores, cuando volvió a sangrar. Al tercer día, Elys apenas tenía molestias así que, agobiada por el encierro, Elisa bajó las escaleras con intención de salir a dar un pequeño paseo. Necesitaba sentir el aire en sus mejillas. Cuando pasó por una estancia con la puerta entreabierta, a pesar de no haber sido su intención, no pudo evitar escuchar el nombre de Duncan en labios de un extraño con un tono amenazador y eso fue lo que la hizo detenerse y agudizar su oído. Lo que oyó la desorientó durante unos instantes hasta que empezó a comprender lo que estaban diciendo. Unos pasos la hicieron esconderse entre las sombras. El ruido de un golpe sordo la hizo moverse con cuidado para intentar atisbar algo del interior. Fue suficiente para ver a Rae en el suelo y a uno de los guerreros MacKintosh enfrentado con un hombre de aspecto y voz amenazadores. Su cara le sonaba. Creía haberlo visto una vez desde su llegada, sin embargo, su reclusión con Elys, ya que incluso cenaban y comían en la habitación de su madre, había evitado que tuviera un contacto más activo con los miembros del clan.

Lo siguiente que sus ojos vieron deseó no haberlo presenciado jamás. Aquel hombre, aquel asesino, cercenó la garganta del *highlander* con un solo golpe, haciendo que se desangrara hasta morir. Tuvo que taparse la boca para que ningún sonido saliera de ella. Escuchó los reproches de

Rae pero en sus oídos solo resonaban los sonidos de aquel guerrero antes de morir en brazos de su Laird, y las palabras inhumanas y llenas de satisfacción del asesino que amenazaba a Rae si volvía a contradecirle. El nombre de Duncan en sus labios nuevamente la sacó de la neblina de terror en la que se había sumergido, y unos nuevos pasos la hicieron moverse tras lo que le pareció una eternidad hacia las escaleras. Tenía que huir de allí y avisar a Duncan. Debía hacerlo y rápido.

Ahora, en su cuarto nuevamente, recogió su bolsa en la que guardaba sus medicinas y decidió que tenía que actuar con cuidado. Si huía en ese instante, si alguien veía su cara, lo más posible es que adivinaran que sospechaba algo, y no podía permitirse un solo error con aquel hombre que era una bestia. Intentó calmarse guardando el resto de sus cosas. Quizás así pudiese pensar con claridad en cómo llegar hasta Duncan.

Un ruido en la puerta de su habitación la alarmó sin darle tiempo a reaccionar cuando esta se abrió de golpe y el hombre al que había visto asesinar al *highlander* y golpear y amenazar a Rae entró, con una sonrisa en los labios y una mirada que congelaría hasta el mismísimo infierno. Elisa respiró hondo cuando este cerró la puerta tras él. Por su mirada supo que sabía que ella lo había oído todo, y con esa certeza fue consciente de que su final estaba próximo. La imagen de Duncan McPherson fue la primera que acudió a su mente. Ahora lo daría todo por un poco más de tiempo a su lado. Lo daría todo para decirle lo equivocada que había estado y lo cobarde que había sido, por que la única verdad era que estaba enamorada de él y que lo amaba.

Siempre envidió a los pacientes cuya muerte les llegaba apaciblemente en la cama de su hogar y rodeados de sus seres queridos, quizás porque siempre supo que la suya sería violenta y dolorosa. Ahora solo le quedaba determinar cómo moriría, y lo haría luchando. Era una MacLaren y amaba a un McPherson, no se dejaría matar sin haber prestado resistencia hasta su último aliento.

CAPÍTULO XXI

Mary se abrigó con un paño de lana sobre los hombros al salir de la cama. Era de madrugada y los golpes en la puerta de su pequeña casa, bajos pero constantes, la pusieron en alerta de inmediato. Alastair, su marido, no estaba y no volvería hasta pasado unos días. Laird MacKintosh lo había enviado a tierras de los Murray con varios hombres más. La hermana de MacKintosh estaba casada con su Laird y debían llevar un mensaje hasta ella. El hecho de que alguien interrumpiera con urgencia en su casa y a esas horas solo podía significar que a Alastair le había sucedido algo. Con el miedo atenazando sus entrañas se apresuró hasta la puerta, abriéndola de golpe, con la insensatez de no cerciorarse antes de quién era la persona que esperaba fuera. No tuvo que maldecir su error porque la sorpresa borró cualquier reproche.

—Necesito tu ayuda.

Mary tardó unos segundos en reaccionar, abriendo la puerta totalmente y haciendo entrar al interior de su hogar a la esposa de Laird MacKintosh

—Claro, pero mi marido no está —dijo Mary mirando fijamente a Elys.

—No es a él al que necesito. Tú eres la prima de Duncan McPherson, ¿verdad?

Mary se enderezó, mirando a Elys con determinación y orgullo.

—Sí, ¿por qué?

Elys se acercó a ella, observándola atentamente. Parecía agitada y nerviosa, algo que en los tres años que la esposa de MacKintosh llevaba allí nunca había visto en ella.

—No tengo tiempo que perder. Sé que tu primo habló contigo el otro día cuando estuvo aquí. ¿Sabrías orientarte lo suficiente como para ir hasta sus tierras ahora?

Mary estaba teniendo la conversación más extraña de su vida. Era cierto que había visto a Duncan un par de días atrás. Verle la había sorprendido y alegrado a partes iguales. Quería mucho a su primo y se sentía orgullosa de ser parte de su familia aunque ella fuese ahora por matrimonio una MacKintosh. Cuando le pidió que estuviese pendiente de Elisa, la hija de Elys, y que le mandase llamar si ocurría algo extraño no le hizo ninguna pregunta, aunque por el modo de pronunciar su nombre, Mary supo todo lo que tenía que saber. Duncan sentía algo por aquella muchacha y después de lo que había sufrido merecía un pedacito de felicidad. Así que aceptó de inmediato. Todavía no había tenido tiempo de hablar con ella, solo la había visto un par de veces en aquellos dos días y le había causado muy buena impresión.

—Podría hacerlo con los ojos cerrados —respondió Mary con una seguridad aplastante.

Elys soltó el aire que estaba conteniendo antes de decir unas palabras que hicieron que Mary se estremeciera por dentro.

—Necesito que me ayudes a sacar a mi hija del castillo. Está malherida y yo no puedo sola. Necesito que la lleves hasta Duncan McPherson. Te explicaré lo que ha pasado mientras la sacamos de allí, pero hay que darse prisa. Antes de que ellos se den cuenta.

La pregunta de quiénes eran ellos murió en la garganta de Mary, que rápido fue hasta la única habitación de su casa y se vistió a toda prisa.

El último tramo del camino estaba siendo un verdadero calvario. Mary miró de nuevo atrás y cuando no vio señal de que nadie las estuviera siguiendo soltó el aire que había estado conteniendo. Los brazos le dolían de sostener delante de ella a Elisa. Varias veces se había tenido que parar, asustada, para comprobar si seguía respirando. El daño en la cara era más que visible pero lo que hacía que su corazón se encogiese cada vez que lo escuchaba eran los quejidos cargados de dolor que salían de sus labios cuando la agarraba. Tenía que tener el cuerpo lleno de moratones y no podía estar segura de que no tuviese algo roto. La oía a veces respirar con dificultad y no sabía si eso era debido al dolor o que el daño en el interior de Elisa fuese mortal. Rezó para que no fuese lo segundo.

—Ya nos queda poco. Aguanta, por favor.

Mary espoleó de nuevo al caballo. Cuando pensó que no podría más, la silueta del castillo McPherson fue dibujándose a lo lejos con claridad.

Rogó para que alguien estuviese cerca porque ahora más que nunca sintió el peso de toda la noche cabalgando, sosteniendo a Elisa y con el miedo a ser descubiertas sobre sus huesos.

Mary sintió sus ojos llenarse de lágrimas cuando vio un caballo acercándose hasta ellas desde el este. Si sus ojos no la engañaban era su primo Irvin.

—¿Qué demonios haces...? ¡Dios mío! —dijo Irvin cuando estuvo lo suficientemente cerca para verla a ella y reparar en la mujer que Mary sostenía a duras penas.

Irvin extendió los brazos y tomó a Elisa para ponerla delante de él en su montura. Cuando en un rápido vistazo comprobó el estado en el que se encontraba, la expresión del *highlander* dio miedo. Su rostro estaba teñido por la rabia, y su cuerpo estaba todo en tensión, y a pesar de ello, Mary se percató de la delicadeza con la que intentaba mover a Elisa.

Mary se dio cuenta del preciso instante en que Irvin tomó conciencia de quien era la mujer que ahora sostenía entre sus brazos. Le vio endurecer la mandíbula y maldecir por lo bajo.

—Debemos darnos prisa —dijo Irvin, intentando acomodar a Elisa y jurando venganza cuando un quejido lastimero salió de los labios resechos de la muchacha.

—¡Duncan! ¡Duncan!

Los gritos retumbaron desde la entrada del castillo. Duncan acababa de terminar de dar instrucciones a Henderson después de que el día anterior, tras la marcha de Andrew, fuese a hablar con Bruce y todo quedase claro entre ambos. Al escuchar nuevamente la voz de Irvin, aceleró el paso. La urgencia en su tono exigente le hizo correr el último tramo.

Su primo había partido hacía un rato hacia las tierras del clan Campbell a fin de contarle a Alec todo lo que había pasado en los últimos días y trasladarle sus suposiciones. La posibilidad de que él fuese el objetivo de algún ataque. El hecho de que su primo estuviese de vuelta, cuando apenas hacía un momento se había ido, le hizo saber que algo grave había pasado.

Nada en la vida le había preparado para lo que vio cuando llegó hasta donde él estaba. Su prima Mary se encontraba junto a Irvin, blanca y manchada de sangre seca. Iba a acercarse a ella cuando reparó en el bulto que llevaba Irvin entre sus brazos, inerte y ensangrentado. Su mente fue más rápida de lo que hubiese deseado jamás, y conectó lo que estaba viendo con la única

respuesta plausible. Negó con la cabeza antes de acercarse a Irvin y arrebatárle con urgencia la mujer que sostenía entre sus brazos. El quejido que salió, tan débil que creyó imaginar, de los labios de aquella cara tan maltratada que apenas era reconocible, le quebró el alma. Un rugido pugnó con salir a borbotones de su pecho junto a una negación desgarradora. No supo que habían brotado de su garganta hasta que se escuchó a sí mismo como un animal salvaje revolviéndose, buscando venganza.

La furia, la ira y el odio más profundo arraigaron en su pecho con fuerza.

—Llama a Susan, rápido —dijo Duncan a Irvin mientras se encaminaba a su habitación. Escuchó a Mary ir tras él.

Sin que hicieran falta palabras, su prima entró primero, se acercó a la cama y apartó las mantas. Duncan acostó a Elisa con cuidado.

—Iré a por agua —dijo Mary desapareciendo tras la puerta con urgencia.

Duncan sintió que le temblaban las manos. No sabía por dónde empezar. Le apartó el pelo que tenía pegado a mechones por la sangre cerca de la cara.

El rostro de Elisa estaba lleno de moratones y cortes y tenía un ojo hinchado. Miró el vestido de lana que llevaba puesto y comenzó a quitárselo. En uno de los movimientos, cuando le estaba sacando los brazos, un quejido lleno de dolor salió de los labios de Elisa e hizo que Duncan apretara los dientes.

—Lo sé, mi amor, sé que te duele, pero tengo que quitártelo. Tranquila, estoy contigo —le susurró Duncan a la vez que se tragó un juramento cuando vio resbalar una pequeña lágrima del ojo izquierdo de Elisa. No abrió los párpados, y Duncan sabía que no estaba consciente pero el verla así lo estaba matando.

La desnudó poco a poco, con toda la delicadeza de la que fue capaz y que a veces no era suficiente a tenor de los pequeños lamentos que emitía Elisa. Tenía un moratón grande debajo del pecho, en su muslo izquierdo y en los brazos. Las señales de estos parecían dedos, como si la hubiesen sostenido con mucha fuerza hasta marcarla. Lo demás podían ser patadas o golpes con el puño. Duncan siguió examinando su cuerpo hasta que estuvo seguro de que no había nada roto. La cubrió con una manta hasta que Mary llegó con el agua y unos paños.

—Yo la lavaré, Duncan —dijo Mary cuando vio la mirada de su primo. La extrema preocupación cubría sus ojos con una furia contenida.

Conocía a Duncan desde pequeña y sabía cómo era. Era la persona más templada que conocía y sabía controlar sus emociones como nadie, sin embargo, cuando se desbordaba su furia era mejor no ser el destinatario de la misma. Era el guerrero más letal que conocía y un hombre que cumplía con sus promesas. Si una cosa tenía clara Mary por la mirada y el semblante que Duncan tenía en ese momento era que el que le había hecho daño a Elisa estaba ya muerto, aunque él ni siquiera lo supiese.

—No, yo lo haré —dijo Duncan tomando un paño y sumergiéndolo en el agua. Lo estrujó bien antes de pasárselo con cuidado a Elisa por el cuello, el pecho y los brazos.

—No tienes por qué hacerlo, sé que...

Duncan miró rápidamente a Mary y sus ojos la dejaron con la palabra en la boca. La determinación que vio en ellos, incluso enojo por pensar en que alguien se ocupase de Elisa en su lugar, conmocionó a Mary. Ya sabía que su primo sentía algo por Elisa, lo supo en cuanto él la visitó y le habló de ella, en cuanto vio cómo sus facciones se suavizaron y sus ojos se iluminaron nada más pronunciar su nombre, pero lo que jamás imaginó era que ese sentimiento fuese tan fuerte. Pero ahora, la mirada que estaba fija en ella se desangraba por momentos y Mary no

necesitó palabras para saber que Duncan amaba con toda su alma a aquella mujer. Por eso asintió con la cabeza y le ayudó a lavar a Elisa.

Lo peor fue el rostro. Lo dejaron para el final porque sabían que sería lo más doloroso. A pesar de ello, después de limpiar toda la sangre seca de sus facciones, descubrieron que el semblante de Elisa, aunque estaba muy maltratado, no estaba tan dañado como pensaron en un primer momento. Estaban acabando cuando la puerta se abrió y la anciana curandera del clan, Susan, entró con rapidez. Irvin entró tras ella. Su rostro tenso junto a su mirada preocupada le dijeron a Mary que aquella muchacha se había ganado el afecto de más de un miembro de aquel clan.

Duncan no se movió de la cabecera de la cama de Elisa aun cuando Susan lo miró, instándole a hacerlo. Al final la anciana tuvo que ir al otro lado del lecho para poder atenderla. Le tocó el cuerpo a fin de intentar determinar la gravedad de sus heridas. Casi todo eran golpes salvo en el rostro, donde tenía algunas heridas abiertas todavía sangrantes en el puente de la nariz, en el pómulo y en una ceja. Susan chasqueó la lengua cuando escuchó el gruñido de Duncan al oír un quejido de Elisa ante la presión que ejerció la anciana en alguna de sus heridas.

—Si vas a matarme por intentar saber cómo son de graves las heridas de esta muchacha avísame antes —dijo Susan mirándole con una ceja alzada.

Duncan conocía a Susan desde que era un niño. Si en alguien podía confiar para dejar en sus manos a Elisa era ella, pero eso ni siquiera bastó para que de forma inconsciente deseara matar a todo el que le provocase el más mínimo dolor.

Duncan tomó una de las manos de Elisa entre las suyas y miró a Susan. Lo que vio la anciana en sus ojos, lo mismo que había visto Mary unos momentos antes, la hicieron abrir más los ojos y suavizar todas sus facciones. Una mirada de entendimiento y de afecto inundó los ojos de la anciana.

—Ya veo. Entonces tendré que tener mucho cuidado. Me gustaría llegar a los setenta a ser posible con todas mis extremidades intactas.

No era el momento para ello pero el comentario de Susan arrancó una pequeña sonrisa en Mary e Irvin. Duncan solo la miró.

La anciana estuvo bastante rato con Elisa, le limpió las heridas más a fondo de lo que lo habían hecho ellos y aplicó unas hierbas en cada uno de los cortes. Todo ese proceso fue seguido de cerca por Mary e Irvin y por la mirada atenta de Duncan, que en ningún momento dejó que la mano de Elisa abandonara la suya. Ninguno de los tres se movió de aquella habitación hasta que Susan les dijo que a pesar de su aspecto se recuperaría. Ninguno de los tres dijo nada, pero Susan, por sus expresiones supo que aquella noticia les había devuelto el aire.

CAPÍTULO XXII

Duncan e Irvin se sentaron con Mary en la mesa del salón. Era de noche y Elisa aún no se había despertado. Susan había vuelto para ver cómo estaba la muchacha, mirar de nuevo sus heridas y comprobar si había aparecido algo de fiebre. Regañó a Duncan porque no se había movido de allí en todo el día y tampoco había comido. Consiguió que Irvin y Mary se lo llevaran convenciéndolo de que si quería quedarse con ella aquella noche debía alimentarse para poder atenderla mejor. Duncan sabía que aquello era una absurda excusa pero los ojos preocupados de su prima, el cansancio en su rostro y las palabras de Irvin instándolo a que dejara a Susan hacer su trabajo, así como el hecho de que quería escuchar lo que Mary tenía que contarle sobre lo ocurrido, decidieron por él. No sin antes decirle a Susan que no se alejaría, que volvería pronto y que si pasaba algo, cualquier cosa, debía llamarlo inmediatamente si es que en verdad quería llegar a los setenta. Susan volvió a chasquear la lengua.

Fia llevó algo de comida a la mesa en la que los tres estaban sentados y mientras tomaban algo de carne y un poco de vino, Mary les contó lo que sabía.

—Elys llamó a mi puerta de madrugada pidiendo mi ayuda. Sabía que yo era tu prima. Se la veía inquieta y quería que la ayudara a sacar a Elisa del castillo y que la trajera contigo.

—¿Te dijo quién la lastimó y por qué?

Mary asintió, mientras tomaba aire para lo que iba a relatarles.

—Antes de contaros lo que ella me dijo tengo que explicarte algo. Hace aproximadamente un año y medio, un grupo de hombres llegó al castillo. Nadie sabía quiénes eran pero por la apariencia eran guerreros bien entrenados, curtidos. No sabíamos a qué clan pertenecían o si realmente pertenecían a alguno. Se quedaron unos días y después se fueron. A los pocos meses volvieron y así han estado, entrando y saliendo de las tierras MacKintosh desde entonces. Los ancianos y algunos de los guerreros, sobre todo los hombres más cercanos a Rae, empezaron hacer preguntas, sobre todo por la confianza que se tomaban estos hombres dentro y fuera del castillo, como si fueran sus dueños. Mantienen las formas pero son agresivos y no le tienen respeto a nada. Son rudos y, sinceramente, impresionan bastante. Alastair los ha visto entrenar y dice que son excepcionales. Los ancianos y algunos hombres de confianza empezaron a hacer preguntas a Rae y él les dijo que debía darles cobijo y atenderlos y todos teníamos que respetarlos y guardar silencio sobre sus estancias allí porque eran enviados del rey Guillermo y que hacían encargos para él. Sinceramente, creo que al principio esa explicación calló las bocas de quienes tenían curiosidad pero con el tiempo todo el mundo empezó a dudar.

—¿Por qué? —preguntó Duncan.

—Porque, como te he dicho antes, el comportamiento de estos hombres se fue recrudeciendo. Las faltas de respeto cada vez eran más frecuentes, incluso hacia Rae. Delante de él intentan mantener las formas pero más de uno de nuestros guerreros ha presenciado escenas que tienen poca explicación. Han molestado a alguna de las mujeres, nada lo bastante obvio como para crear enfrentamientos. Siempre se mantienen en el límite, haciéndote sentir incómoda. No creo que un grupo de hombres elegidos por el rey Guillermo para realizar encargos secretos por el monarca se expusiera de esa manera. Y la actitud de Rae MacKintosh hacia todo esto es el silencio. Como si

les tuviese miedo. Alastair me dijo que varios de los guerreros están inquietos y han hablado con los ancianos para exigirle a Rae respuestas. No quieren que estos hombres sigan allí, y menos después de lo que Kendrick vio hace unos meses.

Duncan se inclinó hacia adelante cuando escuchó el tono de su prima.

—¿Qué pasó?

Mary se secó las palmas de las manos en la falda de su vestido en un gesto nervioso.

—Duncan, lo que sé no es un secreto mío para poder contarlo.

Duncan tomó la mano de su prima que descansaba en ese momento encima de la mesa y la miró fijamente.

—Me conoces, Mary, sabes que nunca te pediría que me lo dijeras si no pensara que es necesario.

Mary miró a su vez a Duncan antes de hablar con voz algo titubeante.

—Yo... estaba preocupada por Alastair, llevaba un tiempo extraño y hace poco le vi salir a horas intempestivas de madrugada sin ninguna razón. Hace unos días le dije que necesitaba saber qué estaba ocurriendo y creo que él me vio tan desesperada que me lo contó en el más estricto secreto.

—Mary, sabes que tanto Irvin como yo jamás traicionaríamos tu confianza.

Mary asintió antes de tomar un poco de agua y seguir hablando.

—Hace unos meses, en una de las visitas de estos hombres, Kendrick, uno de nuestros guerreros, vio algo extraño. Llegaron de madrugada cuando él estaba de vigilancia. Normalmente no es así, pero después de que algún depredador atacara y matara a varias de las ovejas, varios de nuestros hombres decidieron montar guardia. Aquella noche le tocó a Kendrick. Como te he contado, estos hombres aparecían cuando querían, normalmente pasaban varios meses entre una visita y otra. Así que cuando Kendrick los vio llegar lo que le extrañó no fue que aparecieran sino a la hora en que lo hicieron, de madrugada y vestidos con los colores de un clan del norte. No me preguntes cuál porque no lo recuerdo. Ellos no vieron a Kendrick porque este estaba apostado detrás de la casa del viejo Archie. Él se quedó observándoles, esperando hasta que el último hombre desapareció tras la puerta principal, para acercarse hasta donde habían estado momentos antes. Kendrick había visto caer algo del interior de la bolsa que portaba uno de ellos cuando bajó de su montura y la curiosidad pudo con él. Era un broche como el que utilizan los Laird. Este en concreto llevaba una especie de águila y el lema «*Dread God*» junto a él.

—¡Dios mío! —exclamó Irvin dando un pequeño golpe en la mesa y mirando a Duncan.

—El lema de los Munro. Angus Munro fue atacado y asesinado cuando volvía de visitar la tierra de los Chattan junto a su hijo y varios hombres más —dijo Duncan endureciendo sus facciones—. ¿Tienen todavía ese broche?

Mary negó con la cabeza.

—Kendrick lo dejó de nuevo en el suelo cuando escuchó a alguien volver sobre sus pasos. En ese momento él no sabía qué significaba aquello, solo le pareció extraño. Kendrick tiene buena memoria y no olvidó cómo era la pieza. Unos días después, uno de los ancianos que es tío de Kendrick y que tiene familia en el norte, recibió la visita de su sobrino y este le contó lo que había pasado con Munro. Luego de eso, Kendrick contó a los demás lo que había visto esa noche y estos no descansaron hasta que las sospechas que tenían se confirmaron. El broche que Kendrick había visto era igual que el que debía portar Angus Munro cuando lo mataron. Después de eso juraron guardar silencio. Todo aquello era muy extraño. ¿Por qué esos hombres que Rae decía eran de la confianza del rey tenían el broche del Laird asesinado? ¿Quizás porque habían sido ellos? Y si es

así, ¿los mandó el rey o se trataba de algo totalmente distinto? Eran preguntas peligrosas que nadie se atrevía a decir en alto, pero que todos tenían en mente y que les llevaron a la conclusión de que Rae les había mentado y que dichos hombres no tenían nada que ver con el rey. Es más, creían que podían ser mercenarios cuyos encargos procedían de diversas fuentes y todos llevados sin escrúpulo ni honor alguno. Cuando se fueron, uno de los hombres de confianza de Rae, Kendrick, Alastair y algunos más discutieron sobre compartir esas dudas con Rae. Pero todo era muy vago, era poner en entredicho la palabra de su Laird y tampoco tenían prueba alguna, ni siquiera el broche, solo la palabra de Kendrick, así que decidieron estar atentos la próxima vez que aparecieran. Lo hicieron hace unas semanas. Antes de que MacKintosh mandara a Alastair con un mensaje para su hermana al clan Murray, mi marido me contó que habían estado hablando entre ellos y que habían decidido hablar con Rae. Me instó a que tuviese mucho cuidado y que intentara no acercarme por el castillo hasta que él volviera. Alastair y Kendrick habían estado vigilando a estos hombres desde que volvieron y esa vigilancia dio su fruto hace unos días, cuando de madrugada vieron aparecer a un grupo de ellos vestidos con los colores de los Gordon. Sabían que estaban tramando algo. Y yo tenía miedo. Sé que Alastair y los demás son buenos guerreros, pero esos hombres son...

Una mirada significativa viajó entre Duncan e Irvin cuando escucharon las últimas palabras de Mary. Ahora entendían perfectamente lo de los hombres que habían estado robando ganado en las tierras del clan y por qué Andy creyó que eran los Gordon los que lo atacaron. Sus sospechas, a las que habían llegado Irvin, Henderson y él mismo, habían sido bastante acertadas.

—Todo el rato has hablado de ellos como si no conocieras ninguno de sus nombres —dijo Duncan concentrado totalmente en lo que Mary le estaba contando.

—Se cuidan mucho de no decirlos. Se llaman con apodos. Lobo, Hacha..., salvo el líder. A él le llaman Neakail.

—¿Quién de ellos atacó a Elisa y por qué? —preguntó Duncan con un tono de voz peligroso.

—La esposa de Laird MacKintosh, me contó que Elisa había escuchado una conversación que no debía y que no sabía cómo pero Neakail se había percatado de ello. Me dijo que esos hombres eran asesinos que tenían amenazado a MacKintosh y que no habían matado a Elisa porque cuando ella quedó inconsciente...

—¿Qué? —preguntó Duncan entre dientes.

Mary trago saliva antes de continuar.

—Que no era divertido torturar a alguien si esa persona no gritaba y se retorció de dolor. Le ordenaron a Rae mantenerla encerrada hasta que ellos volviesen. Al parecer tenían pensado partir al alba y Elys confiaba en que estuviesen varios días fuera. Cuando acompañé a Elys al interior del castillo de madrugada pensé que nos descubrirían y sería el fin, pero no había nadie. Cuando vi a Elisa comprendí el motivo. No pensaron ni por un instante que pudiera moverse, y menos que alguien la sacara de allí.

Duncan se puso de pie cuando vio a Susan entrar en el salón.

—Está despierta, Duncan. Tiene bastante dolor pero es una muchacha muy fuerte. Quiere verte.

Irvin y Mary se levantaron también, pero Susan los detuvo antes de que siguieran a Duncan, que ya había desaparecido tras las puertas de aquella estancia como alma que llevaba el diablo.

CAPÍTULO XXIII

A Elisa le costaba respirar. Le dolía todo el cuerpo pero sobre todo el pecho, donde una mole de piedra parecía haberse estacionado de manera permanente, presionando hacia su interior, haciendo que cada vez que tomaba aire una punzada de dolor la recorriera por dentro. Su vista barrió la habitación ahora que la mujer que estaba junto a ella cuando despertó había salido para llamar a Duncan. Una humedad indeseada inundó sus ojos cuando pensó en él. Todavía le costaba creer que aquello no fuera un sueño. Pensó al despertar que seguía tirada en el suelo del cuarto en el que los golpes de aquel hombre la habían llevado a perder la consciencia. Se defendió con uñas y dientes a pesar de la certeza de que acabaría como lo hizo. Nunca pensó, antes de caer en ese pozo negro, que volvería a abrir los ojos, creyente de que la muerte la reclamaría antes de terminar la noche. Pero aquella mujer que momentos antes la había tranquilizado cuando se removió inquieta y asustada, le explicó que era la curandera del clan McPherson, que estaba en las tierras del clan y que aquel era el cuarto del Laird. Que se recuperaría y que ahora estaba a salvo. Elisa solo le pidió ver a Duncan porque una parte de ella no confiaba que lo que le estaba diciendo fuese verdad.

Cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Duncan, Elisa sintió tanta gratitud por ello que las lágrimas que había contenido antes con éxito se deslizaron furtivas y sin su consentimiento por su maltratada mejilla.

—Tranquila —le dijo Duncan con su voz grave y llena de preocupación que calentó el interior de Elisa.

Sintió un movimiento en el lecho y supo que Duncan se había sentado a su lado antes de encontrar su mirada fija en ella. Su mano no necesitó anhelar su contacto porque él ya la tenía prisionera entre las suyas, rozando su piel con el pulgar en un toque tranquilizador que la llevó a soltar un pequeño sollozo y una mueca de dolor por el movimiento involuntario. Ni siquiera iba a poder llorar.

—No, por favor... vamos, cariño, me está matando por dentro el no poder abrazarte. Sé que eso te provocaría más dolor así que ayúdame, ¿vale? Intenta permanecer tranquila, no llores, ahora estas a salvo —dijo Duncan limpiando sus lágrimas con el roce de sus dedos. Elisa no podía entender cómo aquel *highlander* tan grande, tan fuerte, con unos dedos ásperos por el trabajo duro y el entrenamiento podía ser tan delicado al tocarla, tan tierno al protegerla.

—No te vayas —dijo Elisa antes de que sus ojos volvieran a cerrarse. El sueño no la reclamó antes de que escuchara las palabras de Duncan.

—Nada ni nadie podría moverme de aquí. Estaré a tu lado cuando despiertes. Descansa.

Elisa despertó y volvió a dormirse varias veces durante la noche en un duermevela que la ayudó a sentirse mejor cuando abrió los ojos al alba, mucho más despejada de lo que había estado las horas previas. Se acordaba de haber encontrado a Duncan a su lado cada una de aquellas veces. No la había abandonado, ni siquiera había soltado su mano durante las horas transcurridas.

—Buenos días.

La voz baja de Duncan, como si no quisiese asustarla, y sus ojos más verdes que grises centrados en ella, la ruborizaron, aunque sabía que ese rubor ni siquiera sería evidente, escondido

tras los golpes que había recibido su rostro.

—No te has ido —dijo Elisa evidenciando lo obvio.

La sonrisa de Duncan, que no llegó a sus ojos, la hizo intentar esbozar una igual aunque su labio magullado no se lo permitió totalmente.

—Cuidado —dijo Duncan rozando su labio inferior con el dedo para cerciorarse de que la pequeña herida que Elisa tenía no se hubiese abierto por el esfuerzo.

Se quedaron callados por unos instantes, antes de que Elisa rompiera el silencio y se ensombreciera su mirada ya de por sí cansada.

—¿Qué necesitas? —preguntó Duncan cuando vio que ella iniciaba el gesto de querer incorporarse.

No esperó a que Elisa le dijese nada. La tomó con extremo cuidado de los hombros y la atrajo hacia él lentamente para poder acomodarla mejor y que pudiese incorporarse lo suficiente para no quedar totalmente tumbada. Sin embargo, cuando la tuvo entre sus brazos no pudo evitar retenerla unos instantes, enterrando su cara en el hueco que el rostro y el cuello de Elisa formaban. Antes de apoyarla nuevamente hacia atrás, Elisa sintió el roce de los labios de Duncan sobre su pelo.

—¿Mejor así? —pregunto McPherson frunciendo el entrecejo cuando, al asentir Elisa, vio de nuevo la humedad amenazando con desbordar sus ojos.

—Necesitas descansar y comer algo —dijo Duncan, y en su voz, aunque intentara disimularlo, Elisa pudo sentir latente la preocupación que ya había percibido en ella y en sus ojos el día anterior.

Elisa lo cogió por el brazo con fuerza cuando pensó que él iba a levantarse y abandonar la habitación. Era una locura. Nunca había sido dependiente de nadie, jamás había necesitado la presencia de otra persona, oír su voz e incluso oler su aroma para sentirse bien, segura y completa, pero ahora que había estado a punto de perderlo todo, de perderlo a él, no podía ni quería estar un segundo más sin ello. Era egoísmo en estado puro y por primera vez en su vida le importó poco lo que eso decía de ella.

—No, por favor... antes quiero hablar contigo —dijo Elisa intentando tranquilizar su pecho desbocado por la necesidad de contarle todo lo que recordaba y que a borbotones había acudido a su mente.

—No voy irme a ningún lado. Además, necesito que me cuentes todo lo que pasó si te encuentras con fuerzas.

Elisa tragó fuerte el nudo que se le hizo en la garganta. Cuando sintió que podía relatarlo todo sin que la voz le temblara, sin titubear, comenzó a hablar. Le contó cómo de forma fortuita escuchó la conversación que mantuvieron Neakail y Rae, cómo de la misma forma vio asesinar a David, uno de los hombres de confianza de Laird MacKintosh a manos de aquel mercenario. Repitió de la forma más fiel posible lo que ambos hombres hablaron y después, cuando Duncan se lo pidió, le explicó cómo fue acorralada por Neakail en su habitación.

Vio a Duncan apretar los dientes y endurecer su mirada hasta tener un tinte peligroso en sus ojos cuando la interrumpió para hacerle una pregunta.

—¿Te hizo algo más aparte de golpearte?

Elisa frunció el entrecejo. No entendió bien la pregunta de Duncan hasta que comprendió a qué se refería. Su azoramiento confundió a Duncan, cuya respiración Elisa notó alterarse. Antes de que pensara que ella le ocultaba algo, se apresuró a responderle.

—No, no me tocó en ese sentido. Al principio, cuando me cogió con fuerza y consiguió besarme de forma brutal pensé que me... ya sabes. Pero le mordí con todas mis fuerzas y le arañé,

y entonces él me golpeó, tirándome al suelo. Sentí las patadas en mi estómago, en mis piernas y en mi cabeza antes ni siquiera de que pudiese intentar levantarme. Creo que lo que le daba verdadero placer era escuchar mis quejidos de dolor.

Elisa miró a Duncan de nuevo. Durante la explicación no había sido capaz de mirarlo directamente a los ojos. Le hubiese gustado haber podido plantarle cara a Neakail durante más tiempo, haber sido capaz de defenderse sin que con un solo movimiento de aquel bastardo hubiese sentido que estaba totalmente expuesta y vulnerable a lo que Neakail quisiese hacerle. Ese sentimiento la carcomía por dentro, porque sentir que te arrebatan la seguridad, tu capacidad de decisión, de acción, todo lo que posees y lo pisotean, lo humillan y lo ultrajan... era peor que una herida directa al pecho.

La mirada de Duncan, su postura, su mandíbula apretada, todo seguía igual que cuando había comenzado con su relato, pero uno de su puños apretados dejando los nudillos blancos y el ligero temblor de su otra mano le dijeron a Elisa que la templanza que Duncan aparentaba en ese momento no era real, y que en realidad se estaba controlando por ella.

—Estoy bien, Duncan. Por favor, no te preocupes.

La mirada que le dirigió Duncan la dejó sin aire. Dolor, rabia, ira, ternura... jamás pensó que unos ojos pudiesen desprender tantas emociones y tan opuestas en solo unos instantes.

Elisa hizo algo que en circunstancias normales jamás hubiese hecho. Cuando vio la muerte de cerca, cuando pensó que Neakail la mataría y antes de perder el conocimiento con la certeza que no volvería a despertar, de lo único que se arrepintió fue de no haberse arriesgado con Duncan, de no haber sido valiente con sus sentimientos, de no decirle que lo amaba. La vida le había dado una segunda oportunidad y ese hombre que había despertado en ella la necesidad de amar sin límites, sin barreras ni muros, el que permanecía imperturbable frente al resto del mundo pero bajaba sus defensas con ella, el que le dio la libertad para enfrentarse a sus miedos y decidir sin presionarla, ese hombre, Duncan McPherson estaba en ese instante frente a ella, mirándola como nadie lo había hecho antes. No volvería a darle la espalda jamás.

—Nada en todo mi vida me ha hecho más daño que el dejarte marchar. Ninguno de estos golpes dolió tanto como alejarme de ti sin decirte lo que realmente quería. Te mentí, el día que me dijiste lo que sentías por mí fui una cobarde. Te engañé, y también a mí misma, porque estaba asustada, porque pensé que sería más fácil ignorar mis sentimientos que arriesgarme.

Elisa dijo esas palabras con la voz cargada de emoción. Se le quebró dos veces. Pero no se detuvo, no dudó. Su tono fue firme, seguro.

Vio la duda en los ojos de Duncan, su escrutinio, buscando la veracidad de sus palabras.

— No voy a cambiar de opinión, McPherson. El creer que moriría sin verte, lo único que ha hecho es darme el valor necesario para decirte lo que siento, pero no es lo que me ha hecho cambiar de opinión. Me arrepentí mucho antes, cuando te marchaste al dejarme en tierras MacKintosh. En el preciso instante en que te diste la vuelta sabía que me estaba equivocando. No... no dudes de mí ahora. No podría soportarlo... solo, por favor, cree en m...

Elisa no pudo acabar la frase. Los labios de Duncan callaron las sílabas que faltaban por pronunciar con una contundencia que hizo que Elisa gimiera a pesar del dolor que el simple roce de su boca provocó en sus labios magullados.

—Elisa... —dijo Duncan separando sus labios de los de ella y apoyando la frente en la suya, con sus respiraciones agitadas, a escasos centímetros de distancia.

Duncan tenía su mano el cuello de Elisa con los dedos enredados en su pelo largo y ondulado, y la otra en su mejilla, la que tenía menos magullada, intentando controlar todo lo que habían

provocado en él las palabras de Elisa. Repitió su nombre una, dos, tres veces como si fuese una oración, como si el solo hecho de pronunciarlo sanara el anhelo truncado que la negativa de Elisa provocó.

—Sabes qué es lo que has hecho, ¿verdad? ¿Y lo que has dicho? Piénsalo bien, porque si tu respuesta es sí, no habrá vuelta atrás. Si dices sí, ni sueñes con que te deje marchar.

Elisa tragó despacio. Debería haber sentido vértigo ante las palabras de Duncan. Debería haber sentido la necesidad de huir muy lejos y no mirar atrás, y sin embargo, en lo único en que podía pensar era en quedarse entre sus brazos para siempre. Por primera vez en su vida sentía que había encontrado su lugar.

Elisa afirmó con la cabeza aun estando su frente apoyada en la de Duncan. Este se separó lo suficiente para mirarla a los ojos. Elisa correspondió esa mirada y se ahogó en ella. Había tanto amor, tanta intensidad, tanto anhelo en sus ojos que tendría que morir para que la obligaran a renunciar a ella.

—Necesito escucharlo de tus labios. Por favor...

Aquello fue lo que terminó de quebrar a Elisa. El ruego, bajo, ronco, suave, intenso, y cargado de necesidad que amenazó con deshacerla en mil pedazos. Una de sus manos recorrió el corto espacio que había hasta el pecho de Duncan y con la palma abierta la apoyó allí, como si de esa manera otorgara el valor de un juramento a las palabras que iba a pronunciar.

—Duncan McPherson, jamás he estado más segura de algo en mi vida, y no cometeré dos veces el mismo error. Y que quede claro que soy yo la que no te dejaré marchar de nuevo. Mi respuesta es un sí, sí, sí, ¿me escuchas? Sí

El gruñido que salió de la garganta de Duncan antes de besarla debió de haberla preparado, sin embargo, a pesar del dolor de sus labios magullados, la boca de Duncan le demostró con su entrega, con su deseo, con todo su amor, que con solo un beso se podían alcanzar las estrellas.

CAPÍTULO XXIV

Elisa se levantó como pudo dando pequeños pasos y apoyando una mano en la pared hasta que obtuvo la suficiente confianza como para poder soltarse y andar sin ningún tipo de apoyo. Tenía puesta una camisola, pero no era la suya. Sentía las piernas un poco débiles pero tenía que llegar hasta la puerta. Había tenido una pesadilla horrible donde Duncan estaba cubierto de sangre y sin vida. Se había despertado empapada en un sudor frío que ahora que no estaba bajo el abrigo de las mantas, sentía calar hasta sus huesos.

La puerta se abrió en ese momento y la anciana curandera entró con la fuerza de un vendaval. La expresión de sus ojos al verla le dijo a Elisa que no estaba nada contenta por encontrarla levantada.

—¿Queréis matarme, muchacha? Ya estoy mayor para escuchar los gruñidos del Laird, y él está crecido también para que yo le diga lo que puede hacer exactamente con ellos. Pero te aseguro que nos tocará oírle a las dos refunfuñar como te vea así.

—Tengo que verle. Tengo que hablar con él —dijo Elisa con una urgencia que hizo que Susan la mirase frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa, muchacha? —preguntó la anciana mientras pasaba su brazo por la cintura de Elisa y la ayudaba a volver a la cama a pesar de la reticencia de la joven.

Susan vio la indecisión en la mirada de Elisa, antes de que la mirase directamente.

—Nada, solo que... ¿está Duncan en el castillo? No habrá...

Susan se sentó en la silla que había al lado de la cama, junto a la cabecera de la misma, acabando la frase que Elisa había dejado inconclusa.

—¿Salido a matar al malnacido que te hizo eso? Todavía no, muchacha, pero no dudes que lo hará. ¿Tienes miedo por él? —preguntó la curandera con una pizca de incredulidad y enojo cuando vio el temor en los ojos de la joven.

Elisa miró a Susan. Si de algo se enorgullecía era de ser siempre directa y franca en sus ideas.

—¿Puedo llamarte Susan? —preguntó antes de seguir después de ver una media sonrisa en la boca de la anciana—. No dudo de su valía, de su honor o de su destreza, pero el hombre que me hizo esto ya ha matado a traición. No tiene escrúpulos.

—Y eso lo sabe Duncan. Es muy inteligente, y un guerrero sin igual.

—El saberlo no me tranquiliza. Tengo miedo de perderlo. Acabo de encontrarlo —dijo Elisa con evidente nerviosismo.

La respuesta directa y contundente no dejó a Susan indiferente.

—Lo amas.

No había sido una respuesta, había sido una afirmación

Elisa no bajó ni desvió su mirada cuando contestó a Susan.

—Demasiado.

Susan sonrió abiertamente.

—Nunca se ama demasiado, muchacha. Si algo me ha enseñado la vida es que lo único que merece la pena hacer sin medida es amar, aunque eso te rompa el corazón en mil pedazos. ¿Se lo has dicho? —preguntó con la voz más profunda y suave.

Elisa negó con la cabeza. Era cierto que la noche anterior le había confesado a Duncan que sentía algo por él y que quería quedarse, pero no le había dicho que le amaba, y él tampoco había pronunciado esas palabras.

—Hasta hace dos días ni siquiera aceptaba que sentía algo por él, así que no, no creo que pueda decirle todavía que le amo aunque así sea. Quiero que él este seguro de que me quiere a su lado.

El sonido que hizo Susan con la garganta, como si fuera un gruñido sordo, atrajo la atención de Elisa y cortó sus palabras.

—Dios mío, yo no sé quién es más estúpido de los dos.

Elisa hizo una mueca de desagrado cuando Susan dijo aquello.

—No me mires con esa cara. He dicho la verdad. La edad me otorga la oportunidad de decir lo que me dé la gana. Me queda poco tiempo, no puedo andarme con tonterías. No se cómo no puedes ver que ese hombre te ama con todo su corazón. Créeme, quien le conoce bien lo sabe y los que le queremos hemos esperado mucho para verle así. Ha sufrido demasiado para que ahora que puede ser feliz os pongáis a hacer el tonto.

Elisa frunció el ceño al ver la mirada cargada de exasperación y tristeza de Susan.

—¿Por qué ha sufrido mucho? —preguntó Elisa tomando la mano de Susan que estaba mirando en ese momento el corte que tenía en la ceja.

—Las heridas están curando bien. Y el ojo está menos hinchado.

Elisa no soltó la mano de la anciana que no tuvo más remedio que detener su examen y mirarla.

—Pensé que habías dicho que a tu edad tenías el privilegio de decir lo que te daba la gana. No calles ahora.

Susan soltó su mano y la observó con suspicacia.

—Muchacha lista, no esperaba menos de la compañera de Duncan, pero lo que quieras saber tendrás que preguntárselo a McPherson.

—Susan, por favor, no puedes decir algo así y después no contarme nada.

—¿Cambiaría lo que sientes por él saber por qué ha sufrido tanto?

Elisa se miró las manos antes de fijar de nuevo sus ojos en los de la curandera. No quería que la anciana tuviera duda de lo que iba a decirle.

—No lo haría.

Susan asintió con la cabeza.

—Ha perdido a mucha gente, Elisa. A casi todos sus seres queridos, incluidos su mujer y su hijo.

La sorpresa en la cara de Elisa y la expresión de sus ojos fueron significativas.

—¿Duncan estuvo casado? ¿Cuándo?

Susan se relajó, recostándose contra el respaldo de la silla que crujió un poco ante su cambio de posición.

—Cuando Duncan tenía diecinueve años, su padre y su hermano murieron. Uno por la enfermedad, otro en un enfrentamiento estúpido contra uno de nuestros aliados. Los ancianos, a pesar de su juventud, quisieron que fuese Laird y él, por honor, responsabilidad y la memoria de los que había perdido, aceptó. Esos mismos ancianos, ante la fragilidad de la situación y el deterioro de la alianza con alguno de nuestros aliados decidieron que lo mejor era forjar nuevas alianzas a través de un matrimonio. Duncan, aunque reticente, accedió por el bien de su clan. Ninguno de los dos estaban enamorados, Elisa, aunque sé que con el tiempo Duncan llegó a tomarle afecto a Ann. Cuando quedó embarazada, Duncan estaba muy feliz porque aquello fue lo

único que consiguió poner una sonrisa en la cara de su esposa. Cuando se puso de parto, pasaron las primeras horas y Ann no tenía apenas fuerzas, tuve la certeza de que algo iba mal. Perdía mucha sangre y no había manera de detenerla. Duncan estuvo con ella todo el tiempo, no se separó en ningún momento de su lado. Ver cómo ella y su hijo morían y no poder hacer nada, esa desesperación en sus ojos, ese dolor tan lacerante... fue muy duro. Tengo muchos años y he visto muchas cosas pero aquello me marcó. Durante mucho tiempo me culpé por no haber sido capaz de salvarlos. Jamás olvidaré cuando le entregué a Duncan el cuerpo sin vida de su hijo recién nacido, cómo lo acunó contra su cuerpo, con qué delicadeza y amor lo envolvió en una manta con los colores de nuestro clan y se lo puso a su esposa en los brazos. Los besó a los dos mientras Ann expiraba. Creo que si hubiese sido yo, me hubiese vuelto loca de dolor.

Susan se había perdido en sus recuerdos y sin pretenderlo le había contado a Elisa mucho más de lo que debía. Cuando miró a la muchacha y vio una lágrima deslizarse por su mejilla con una expresión de sufrimiento en el rostro, se reprendió mentalmente.

—Algunas veces comprendo lo mayor que soy cuando cometo estupideces de este tipo. No debí contarte nada. No me corresponde a mí.

El suave carraspeo que escucharon ambas desde el umbral de la puerta las sobresaltó a las dos. No se habían dado cuenta de la presencia de Duncan y, por su expresión, Elisa sabía que él había oído las últimas palabras de Susan.

—Está mucho mejor, incluso la he pillado fuera de la cama intentando llegar a la puerta para hablar contigo —dijo Susan a Duncan, intentando disimular el hecho de que fuera pillada contando a Elisa algo que no le competía a ella desvelar—. Vendré a verte más tarde, y no hagas tonterías, muchacha —continuó la anciana despidiéndose de Elisa con una mueca de «nos han pillado» antes de volverse y pasar rápido al lado de Duncan, al que miró piándole disculpas con los ojos.

Duncan cerró la puerta tras la marcha de la curandera y se acercó a la cama, sentándose en la silla donde momentos antes había estado Susan.

—Pasó hace mucho tiempo, ¿son por eso estas lágrimas? —preguntó Duncan limpiando con los dedos la huella de humedad que las mismas habían dejado sobre la piel de Elisa.

—Lo siento, Duncan. Siento que tuvieses que pasar por eso, lo lamento tanto..., y si yo lo hubiese sabido jamás te hubiese pedido que me ayudaras con el parto de Beth. Fui una imbécil y no...

Duncan frunció el entrecejo.

—¿Me estás insultando, Elisa MacLaren? Te ayudé porque me necesitabas. En ese instante era lo que tenías para intentar salvar a Beth y a su bebé. Lo habría hecho bajo cualquier circunstancia, y lo demás carecía de importancia.

Duncan vio en los ojos de Elisa un brillo que no supo reconocer.

—¿Qué? —preguntó Duncan cuando la vio negar con la cabeza.

—Importaba, y mucho. Desde que te conozco, desde que te tiré al barro y después de fruncir el ceño me sonreíste, supe que eras diferente. Y me dio miedo. Eras lo que se espera de un Laird. Fuerte, inteligente, letal, con honor y un alto sentido de la justicia. Y debajo de todo eso, como un recipiente en donde todo lo demás reposa, está tu generosidad, tu empatía, tu capacidad para sacrificarte por los demás. Tu fiera determinación y una seguridad tan grande que no te importa exponer esas cualidades sin que creas que menoscaba tu poder o tu autoridad. Al contrario, eso hace que los hombres te sigan con una lealtad infinita y te admiren. Y por eso importa, y mucho. A mí me importa, y jamás haría algo que pudiese infligirte el más mínimo daño. Sé que las heridas del corazón tardan mucho más en cicatrizar que las del cuerpo. Así que no, Duncan McPherson.

No te estoy insultando. Aunque tampoco quiero engordar tu ego. Algo me dice que acabo de cometer un error irreparable diciéndote lo magnífico que eres.

Elisa no se imaginó el brillo que vio en los ojos del *highlander*, su mirada cargada de afecto, deseo y algo más que casi le hizo trabar la lengua. Fue solo uno segundos, antes de que un brillo malicioso y divertido se instalara en el gris humo de los iris de Duncan.

—No estoy del todo satisfecho. ¿No te parezco atractivo, irresistible...?

Un jadeo salió de los labios de Elisa lo suficientemente indignado como para que Duncan no pudiese evitar reírse por lo bajo.

—¿De todo lo que te he dicho solo te has quedado en que no he alimentado tu vanidad? —preguntó Elisa con el ceño fruncido.

—Imperdonable. Tendremos que remediarlo —dijo Duncan muy serio apartando su mirada para centrarla en los labios de Elisa.

—Ni sueñes que vas a besarme después de decir tal barbaridad. Olvida todo lo que he dicho y...

El gemido que salió de su garganta cuando Duncan capturó sus labios alteró todos sus sentidos. Cuando instó a que abriera la boca y tomó posesión de su interior, pensó que ese hombre la volvería loca, pero cuando enredó su lengua con la suya en una danza lenta y sensual, Elisa supo que podía morir e ir al cielo. En un atisbo de cordura, se separó de los labios de Duncan poniendo una mano encima de la boca de él para que no volviera a besarla.

—Has hecho trampas, McPherson, y no me esperaba eso de ti. Si vuelves a intentar algo como eso, no respondo de mí.

Ahí estaba, pensó Duncan. Ese fuego interno que tanto amaba de ella. Ese carácter, ese genio y ese brillo en los ojos que le hacían desear perderse una y otra vez en ellos. Así deseaba verla. Sabía lo que había sufrido y había visto en su mirada lo que Neakail había intentado arrebatarle, casi hasta quebrarla. Pero Elisa era fuerte, era una luchadora.

—Espero que eso sea una promesa —dijo Duncan con una mirada pícara que acabó borrando las pequeñas arrugas en el entrecejo de Elisa y dibujando una sonrisa en los labios de la muchacha. De repente, esa sonrisa se borró y la seriedad volvió a su rostro.

—No quiero que por mi culpa tu clan sufra, no quiero que te enfrentes a él —dijo mirándole a los ojos con un tono de voz angustiado

—¿Vuelves a insultarme? —preguntó Duncan frunciendo el ceño.

Elisa negó con la cabeza antes de hablar.

—No tengo duda de tu valía. Pero ese hombre es peligroso. Ni él ni sus hombres tienen honor. Luchan y matan por la espalda, sin dar oportunidad a su oponente. Si te pasara algo o tu clan sufriera por mi culpa no podría soportarlo. No soy tu responsabilidad, Duncan.

El destello furioso que vio cruzar los ojos de Duncan no pasó desapercibido a Elisa.

—No soy de los que se desentienden, Elisa. Además, tengo otros motivos para enfrentarme a él, aunque mentiría si no dijera que ese hombre no encontrará en mí un verdugo piadoso —dijo Duncan con un tono de voz peligroso—. Aun si no sintieras nada por mí, tu seguridad ha sido de mi incumbencia desde el mismo día en que vi esas pecas diseminadas por tu nariz y tus mejillas, y me dijiste con una preciosa sonrisa que el tirarme al barro era la bienvenida de honor de los MacLaren. A partir de ahí todo lo que te ha pasado es de mi incumbencia. Tu felicidad me importa y si alguien te hace daño, no vivirá lo suficiente para volver a intentarlo. Esto no es discutible, Elisa —dijo Duncan levantándose con intención de dejarla a solas para que descansara. El agotamiento que había en sus ojos y los surcos violáceos debajo de ellos preocupaban al

highlander.

—Ahora intenta descansar —dijo Duncan con un tono de voz que casi fue un susurro. Una última mirada que la hizo estremecer la dejó sumida en una extraña calidez.

—¡Duncan! —llamó Elisa cuando él ya estaba en la puerta.

McPherson se volvió y la miró. Había determinación en la mirada de Elisa y algo más que no podía descifrar.

—Si me quedo... si sigo a tu lado, no siempre te saldrás con la tuya.

La sonrisa en los labios de Duncan y el brillo en sus ojos hicieron que el estómago de Elisa se contrajera en un puño.

—Cuento con eso —dijo Duncan antes de desaparecer por la puerta y dejar a Elisa confusa, porque había visto en los ojos de McPherson la impaciencia con la que esperaba que eso ocurriera.

CAPÍTULO XXV

—¿Sabemos algo de Henderson? ¿Y los hombres que están vigilando las tierras de los MacKintosh? ¿Han divisado algo?

Después de que Irvin no llegase a partir finalmente a ver a Campbell cuando encontró a Mary y a Elisa mal herida, Duncan envió a Henderson en su lugar para que advirtiera a Alec.

Irvin negó con la cabeza. El hecho de que Duncan soltara el aire en señal de impaciencia, apretando los dientes, le sorprendió.

—Aparecerán y los aplastaremos. Es solo cuestión de tiempo. Siempre he envidiado tu templanza, no empieces a joderla ahora —dijo Irvin mirándole fijamente

Duncan levantó la vista hacia su primo y no pudo evitar sonreír de medio lado.

Argyll entró en el salón donde ambos hombres estaban hablando.

—Laird, Bruce Gordon está aquí.

—¿Bruce? ¿Qué coño hace aquí? —preguntó Irvin a Duncan poniendo los brazos en jarras.

—Verte a ti desde luego que no, sabandija McPherson —contestó Laird Gordon pasando al salón sin esperar a que Argyll fuese a por él.

Duncan soltó una carcajada ante el bufido de su primo, que no tardó en contestar.

—Recuerda que te he visto cuando eras un muchacho enclenque y te llevabas mal con Duncan. Os he separado más de una vez cuando estabais moliéndoos a palos. Si lo llego a saber hubiese dejado que Duncan te hubiese pateado las tripas —continuó Irvin con el gesto serio y amenazador.

Bruce miró a Irvin y se acercó a él quedando a solo un metro de distancia. Ambos hombres eran prácticamente igual de altos por lo que sus miradas desafiantes se mantuvieron fijas la una en la otra durante unos instantes.

—Ya le hubiese gustado a Duncan. Era más fuerte, pero yo tenía más mala leche. Le hubiese pateado los huevos.

Irvin asintió antes de tenderle la mano a Bruce.

—Mira que me caes mal, Gordon, pero tengo que reconocer que me gusta tu técnica.

—¿Vais a dejar de cortejaros ya o tengo que dejaros a solas? —preguntó Duncan mirando a ambos con los brazos cruzados sobre su pecho.

—No te pongas celoso, McPherson. En el fondo sabes que he venido a verte a ti —contestó Bruce antes de acercarse a Duncan con un brillo divertido en los ojos.

Duncan sonrió abiertamente y le tendió el brazo. Bruce le correspondió con un fuerte apretón.

Los McPherson y los Gordon no habían sido nunca aliados. Las rencillas entre ellos no habían llegado a teñir de sangre los campos pero tampoco había sido baldío el odio que se profesaban. Tanto el padre de Duncan como el de Bruce habían seguido con la desconfianza y la animadversión reinante entre ambos clanes. Cuando eran solo unos niños, en las escasas ocasiones en las que se habían visto, más de una vez habían llegado a las manos, sobre todo por el carácter y el orgullo de Bruce mucho más incendiario que el de Duncan. Si bien es cierto que Duncan casi siempre salía vencedor, terminó por rehusar la lucha después de que en una de esas ocasiones, en una reunión de varios clanes y después de que Bruce volviera a salir perdedor del duelo a puñetazos que había iniciado con Duncan, este último viera cómo el padre de Bruce le daba una

paliza casi de muerte a su hijo por perder contra un McPherson. Ahí empezó a entender el carácter y la impulsividad de Bruce y el odio inusitado que desprendía hacia él cada vez que cruzaban sus caminos. No fue hasta años después, cuando tenían catorce años, cuando su relación cambió. Duncan salvó al hermano pequeño de Bruce de morir ahogado. A raíz de aquello no fueron amigos, pero la actitud de Gordon hacia él cambió. Cuando el padre y el hermano de Duncan murieron y a los pocos meses los siguió el padre de Bruce en un accidente sobre su montura, McPherson pidió reunirse con Gordon y establecer una alianza entre ambos que acabara con una relación yerma que duraba demasiado tiempo entre dos clanes que, por su proximidad, podían beneficiarse de ser aliados. Bruce no aceptó de inmediato, pero si algo siempre había tenido era inteligencia, y a los pocos días se presentó en tierras McPherson sellando esa alianza que duraba ya nueve años.

—Escúpelo, McPherson. Tienes curiosidad por saber qué hago aquí cuando nos vimos solo hace unos días.

—Siempre supe que eras inteligente, Gordon, a pesar de lo que Duncan diga —dijo Irvin mirando divertido el ceño fruncido de Bruce.

—Irvin, no sé cómo tu primo te aguanta. Nada más que por eso tiene todo mi respeto —dijo Bruce con rapidez.

—Y tú hermano el mío —contestó este con una sonrisa burlona.

Bruce cabeceó en señal de estar completamente de acuerdo.

Irvin no podía conciliar la imagen del hombre que tenía delante de él con la del niño enclenque que en más de una ocasión había tenido que separar de Duncan cogiéndolo en volandas. Gordon era alto, fuerte y aunque sus músculos eran más fibrosos, haciéndole parecer menos corpulento, nada más lejos de la realidad. Era un enemigo digno a tener en cuenta. Era ágil, hábil con la espada y tenía destreza con los puños.

—Por cierto, Bruce, ¿qué te ha pasado en el cuello?

El movimiento al girarse hacia Duncan para hablar con él había alejado el pelo del cuello de Gordon dejando al descubierto un feo rasguño a lo largo del lateral.

—¡Joder, Gordon! ¿Qué coño te ha pasado? —preguntó también Irvin, frunciendo el ceño.

Duncan estaba serio. Sabía que era muy difícil que Bruce hubiese dejado a alguien que se acercase lo suficiente como para herirle de esa manera.

—¿Te han atacado? —preguntó Duncan pensando que podían haber estado equivocados todo ese tiempo y que el objetivo real de Neakail hubiese sido Gordon.

Cuando Duncan vio desviar la mirada de Bruce supo que algo raro había pasado.

—No, esto ha sido la arpía pelirroja de mi prometida.

En cuanto las palabras salieron de su boca, Duncan tuvo reprimir una sonrisa. Sin embargo, su primo no fue tan gentil.

—¿Una mujer te ha hecho eso? Qué bajo has caído, Bruce.

Ahora que Duncan se fijó más en la herida, esta parecía realizada por el lateral de una flecha, no por un cuchillo o una espada.

—¿Una flecha? —preguntó Duncan curioso

—¡Dios santo! ¿Tan impaciente estaba por cazarte? —preguntó Irvin entre carcajadas lo que hizo que Bruce gruñera—. Esa mujer sí que tiene todos mis respetos —continuó Irvin a pesar de la cara de pocos amigos que estaba poniendo Bruce.

—Dice que no me vio. Sinceramente, yo creo que erró el tiro pero que lo que realmente quería era atravesarme la cabeza. Yo tampoco quiero ese compromiso, y menos con una mujer que lleva

pantalones y cuyo entretenimiento es tirar con arco y luchar con la espada. Y antes de que preguntéis nada, sí, es una espada más pequeña y sí, también me la presentó. Exactamente a mis genitales, a los que amenazó con la punta de ella. Todo en un día que me pareció el más largo y triste de mi miserable vida.

Ahora fueron Duncan e Irvin los que soltaron la carcajada. Irvin incluso tuvo que limpiarse los ojos cuando las lágrimas se hicieron presentes.

—Me alegro que disfrutéis con mi desdicha —dijo Bruce entre dientes.

Duncan sabía del compromiso de Bruce desde hacía años. Su padre y Laird McThomas habían forjado tal enlace cuando Bruce era un niño, sin embargo Gordon no había conocido a su prometida hasta unos días atrás. Por eso Bruce estuvo exento de ir a la reunión.

Unos pasos desde la entrada pusieron en alerta a Duncan. Cuando vio a Henderson y la cara que traía, supo que nada bueno había pasado.

—Duncan, han atacado a Campbell. Un grupo reducido de hombres.

—Mierda —espetó Irvin mirando a su primo.

—¿Está bien? —preguntó Duncan apretando la mandíbula. Alec Campbell era un buen amigo.

—Sí —dijo Henderson rápidamente. Se le veía exhausto después del viaje—. Avisé a Campbell de una posible amenaza como me ordenaste. Le dije todo lo que había pasado y le puso sobre aviso. Como Alec iba a visitar a Laird Robertson, viajé con ellos de vuelta hasta que tuviésemos que separar nuestros caminos y entonces, cerca de las tierras de Robertson, al anochecer, le tendieron una emboscada. Cayeron sobre nosotros como ratas. Una flecha casi alcanzó a Campbell. Le rozó la cabeza y otra le dio en el brazo, casi inutilizándolo. Ese fue el momento en el que uno de ellos se abalanzó a por él, mientras los otros se enzarzaban en una lucha con el resto de los Campbell y conmigo. —Ahora que Duncan se fijaba, Henderson tenía varios cortes en el brazo y sangre en su camisa.

—Maldito cobarde —mascullo Irvin diciendo en alto lo que todos pensaban. Ese grupo de mercenarios intentaron matarlo sin darle una oportunidad y cuando fallaron, le hirieron para que la lucha fuese desigual.

—Campbell, aún con el brazo casi inservible, cambió la espada de mano y luchó como un demonio. Cuando varios hombres de ellos cayeron y Alec hirió en la cara al que parecía el jefe, huyeron.

—¿Y Alec dices que está bien? —preguntó de nuevo Duncan

—Sí —dijo Henderson con una sonrisa—. Blasfemó bastante cuando le sacaron la flecha y tuvo que volver a pesar de que quería perseguir él mismo a esos hombres. De noche y con esa herida, era inviable.

—De acuerdo. Descansa, mañana te quedarás al frente del clan.

—¿A dónde vamos mañana? —preguntaron Irvin y Bruce al unísono.

Duncan miró a Bruce con una ceja alzada.

—No tienes por qué hacerlo, Bruce. Esto no va contigo.

—Si atacan a un McPherson, atacan a un Gordon —contestó Bruce serio y con una voz que no admitía réplicas.

Duncan asintió con la cabeza y Bruce sonrió abiertamente.

—¡Dios! Si vuestros padres os hubiesen escuchado, se revolverían en sus tumbas —dijo Irvin con cara de asco.

—Mañana al amanecer. A tierras MacKintosh

Todos sabían qué iban a hacer allí y todos se retiraron con la expectativa en sus venas de

mandar al infierno de una vez por todas a aquellos malditos.

CAPÍTULO XXVI

Una parte de él había deseado encontrar a Elisa profundamente dormida. No habría tenido que enfrentar las llamas de su furia que en ese instante iluminaban sus hermosos ojos. No porque no le gustara su arrojo, su carácter, incluso su mal genio, sino porque en el fondo de esa mirada también había preocupación y desasosiego.

Estaba de pie, con un paño con los colores del clan McPherson sobre sus hombros. Aquello avivó una vena posesiva que no sabía que tenía.

—Me voy contigo al amanecer.

Esas palabras, pronunciadas como una sentencia por los labios de Elisa, hicieron que Duncan se acercara a ella lentamente con una ceja alzada.

—Quédate ahí. A distancia. Sé que vas a querer discutir esto y prefiero no estar cerca de ti — dijo Elisa entre dientes.

Duncan frunció el ceño y Elisa vio un destello de desilusión, frustración e incluso decepción en su mirada. Como si le hubiese dolido lo que ella le había dicho. En ese preciso instante supo lo que había pensado Duncan de sus palabras.

—No me puedo creer, Duncan McPherson, que pienses que creo que vas a hacerme daño, ¿verdad? Si te digo que te quedas ahí es porque no puedo discutir contigo si estás demasiado cerca.

El brillo pícaro, travieso, desterró de los ojos de Duncan las anteriores emociones y le dijo a Elisa que acababa de cometer una equivocación.

—No vas a ir a ninguna parte, Elisa. Lo sabes, y yo lo sé. ¿Y cómo demonios te has enterado?

Elisa se irguió aún más, con los brazos ahora en jarras. Desde esa tarde se había levantado de la cama sintiéndose mucho más recuperada. Aún le dolía debajo del pecho y el muslo, pero ya respiraba sin que pareciese que no había aire suficiente, o que las piernas le temblasen tanto que no pudiese sostenerse con seguridad. Ahora estaba bien plantada sobre sus pies y tenía ganas de estrangular a Duncan.

—Me lo ha contado Susan —dijo Elisa escuchando mascullar por lo bajo a Duncan algo sobre tirar a la anciana por un barranco—. No la culpes, yo la sonsaqué.

Una carcajada irónica salió de los labios de Duncan.

—Ya, como si a Susan alguien pudiese obligarla a hacer algo.

Elisa hizo un gesto con la mano intentando que no se desviarán del tema.

—No decides tú, Duncan. No puedes impedírmelo. Es mi madre la que está allí, y mi padrastro. Elys está embarazada.

—Claro que decido yo. Estas herida, casi no puedes ni tenerte en pie y no voy a dejar que te expongas a ningún peligro. Nunca más.

Elisa se rió. No una risa baja o nerviosa, sino una verdadera carcajada que hizo que todo su cuerpo se estremeciera. El pequeño gruñido que salió de la garganta de Duncan hizo que Elisa también arqueara una ceja.

—Te dije que no siempre ibas a salirte con la tuya y aunque valoro tu opinión, no decidirás por mí.

Duncan dio un paso más al frente.

—Esto no es un juego, Elisa. No es algo que podamos discutir. Es peligroso, y lo único que tu presencia allí puede causar es la distracción de mis hombres, y la mía. Neakail tendría ventaja sobre mí porque yo necesito saber que estas bien.

Elisa también dio un paso al frente, olvidándose de lo que un momento antes le había ordenado a Duncan: mantener la distancia entre ellos.

—No siempre vas a poder mantenerme al margen del peligro, Duncan. He visto a hombres con miembros cercenados, he visto la amargura, la violencia y la ira que un campo de batalla genera. He conocido lo que es que aquellos que más deben amarte sean los que más daño te inflijan y he sobrevivido. No me subestimes, por favor.

Duncan acertó la distancia entre ellos en un segundo tras las palabras de Elisa.

—Jamás te subestimaría, nunca. Cuando te miro, de lo único que soy consciente es de lo condenadamente afortunado que soy de tenerte a mi lado. Sé que has sufrido y me cortarían un brazo si con ello pudiese volver hacia atrás y evitar que alguien te hiciese daño. Y créeme que cuando oigo de tus labios que aquellos que más debieron amarte son los que más te han hecho sufrir, todo mi ser me pide que los persiga y les haga pagar por ello. ¿No lo entiendes, Elisa? No pretendo meterte entre cuatro paredes, pero no puedo permitir que sufras por algo que yo puedo evitar. Te amo demasiado.

Los ojos de Elisa se agrandaron cuando escuchó la declaración de Duncan.

—¿Me... me amas?

Duncan hizo un gesto de incredulidad con la cara.

—¿De qué crees que he estado hablando todos estos días? ¡Claro que te amo, como jamás nunca amé a nadie!

Duncan vio desaparecer el color de las mejillas de Elisa antes de que esta diera un paso atrás. Su preocupación fue inmediata.

—Nadie me había dicho nunca que me ama... duele demasiado si no es verdad —dijo Elisa con la voz rota. La súplica que vio en sus ojos le desarmó.

El ronco gemido que salió de la garganta de Duncan antes de tomar sus labios fue casi animal, visceral. Elisa envolvió su cuello con los brazos y le dejó saquear su boca a voluntad. Se separó reticente de él cuando Duncan, con delicadeza, la tomó por la barbilla para que levantara la vista hasta sus ojos.

—Voy a dejar claro esto de una vez por todas, así que escúchame atentamente, Elisa MacLaren. Te amo tanto que daría mi vida por ti. Sin porqués, sin condiciones, sin límite de tiempo, sin excusas. Simplemente te amo, y lo seguiré haciendo hasta que abandone este mundo.

Elisa miraba los ojos de Duncan temblando por dentro, intentando encontrar en ellos algo a lo que aferrarse, teniendo miedo de vislumbrar en su mirada algo que le hiciese dudar de esas palabras, pero no fue así. Todo lo que vio allí fue certeza, convicción, y un amor incommensurable. Eso no podía ser todo para ella ¿verdad? Sin embargo aquellos ojos verdes tan profundos, tan intensos no mentían, y por primera vez en su vida se sintió verdaderamente libre. Libre para amarle de la misma manera, sin pensar en que aquello fuese solo una broma cruel del destino. Elisa rozó con sus dedos el brazo de Duncan y sintió cómo los músculos de McPherson reaccionaban ante su contacto, contrayéndose como si le hubiese quemado. El deseo prendió en ella, un deseo no solo carnal. Sintió la necesidad de estar cerca de Duncan, lo más cerca posible, de todas las formas posibles. Quería que aquel hombre fuese suyo, tanto como ella sabía que era suya. Aquel pensamiento hizo que una sonrisa aflorase a sus labios y que las mejillas se pusieran

del color de las amapolas. Poniéndose de puntillas y apoyando las manos en los hombros de Duncan, acercó sus labios al oído de McPherson, que al sentir la respiración algo agitada de Elisa sobre su cuello, apretó los dientes por la agonía de su cercanía. Elisa estaba haciendo añicos todo su autocontrol.

—Yo también te amo —dijo Elisa casi en un susurro— sin miedos, sin dudas, sin barreras entre los dos.

¡Por todos los infiernos! Duncan sabía que Elisa era inocente en ese sentido pero en ese preciso instante, con esas palabras, con su cercanía, con su dulce aliento en el cuello, lo estaba volviendo loco. No sabía si ella era consciente de lo que le estaba costando en aquel instante no arrancarle la camisola, llevarla a la cama y enterrarse en su interior hasta que ambos cayeran exhaustos. Se separó lo suficiente para mirarla a los ojos, aun con las manos de ella en sus hombros, y lo que vio en esa mirada le encendió aún más. A este paso tendría que irse al lago y tirarse de cabeza a las aguas heladas para poder volver a ser una persona coherente y con autocontrol.

—No sabes lo que estás haciendo, Elisa —dijo Duncan también en apenas un susurro.

Elisa se puso de puntillas y rozó sus mejillas, la punta de su nariz, su barbilla con los labios, dando pequeños besos en el rostro de Duncan.

—No, no lo sé, pero confío en que tú me enseñes, porque si sientes lo mismo que estoy sintiendo yo sería muy cruel por tu parte negarme ese conocimiento.

Duncan sonrió con una mirada traviesa y un deseo que destilaba adoración.

—Entonces me lo pides solo por tu afán de conocimiento, ¿no es verdad?

—Verdad —dijo Elisa con una cara que, aunque pretendía ser seria, la pícara expresión de sus ojos y sus mejillas arreboladas desmentían vilmente—. No tiene nada que ver que te ame, que sienta dolor por querer tocarte y no hacerlo, ni que desee estar tan cerca de ti que el poco espacio que nos separa ahora se me antoje un abismo.

—Vas a ser mi perdición, Elisa MacLaren —dijo Duncan a escasos milímetros de su boca.

—Entonces déjame perderme contigo —dijo Elisa antes de que Duncan volviera a adueñarse de sus labios mientras con el brazo la tomaba de la cintura y la estrechaba contra su cuerpo. El paño con los colores del clan McPherson cayó al suelo, pero a ninguno de los dos le importó, como tampoco lo hizo el hecho de encontrarse enredados en la cama sin aliento devorándose mutuamente, con el anhelo y el ansia de un deseo reprimido por mucho tiempo.

Elisa no sabía cómo había llegado hasta allí pero no le importaba. Apenas podía pensar con Duncan tomando su boca con un hambre desmedida que la hacía querer ser devorada sin que él dejase nada de su propia cordura. Elisa sentía que, a pesar de todo, McPherson no perdía el control. Lo sabía por la forma en la que la protegió cuando cayeron a la cama, la forma en que la tocaba y cómo al pasar su mano por su costado fue tan delicado que la herida que tenía en él ni siquiera se resintió.

El frío se coló por su camisola cuando esta se abrió, dejando expuestos sus pechos. Elisa se hubiese ruborizado si la más exquisita de las torturas no se hubiese hecho realidad al sentir los labios y la lengua de Duncan tomando posesión de ellos, succionando su pezón derecho con la lengua hasta que Elisa se arqueó, inundada por unas sensaciones que la amenazaban con perder todo vestigio de voluntad y que hacían crecer en su vientre un anhelo que necesitaba colmar. Sintió los dedos de Duncan subir por la cara interna de sus muslos y, de forma inconsciente, natural, se abrió a él lo suficiente para dejarle acceso a esa parte que deseaba desesperadamente su contacto. Cuando sintió sus dedos en el mismo centro de su feminidad creyó que moriría. Duncan siguió

torturando la cúspide sonrosada de su aureola con la boca mientras la tocaba íntimamente, arrancándole gemidos de placer que se convirtieron en pequeños gritos cuando Elisa pensó que no podría soportarlo más. Sentía algo tan poderoso y tan intenso próximo que temió morir si no lo alcanzaba. El calor de su piel, sus propios jadeos desgarrando su cordura y su garganta alcanzaron un punto de inflexión donde Elisa se agarró con fuerza a los brazos de Duncan, tensándose en una postura que parecía imposible, fracturándose en mil pedazos, y cuando el nombre del hombre que la había llevado hasta ese pozo de placer iba a salir de sus labios como una letanía, los labios de Duncan volvieron a tomar su boca, tragándose sus gemidos y su grito de agónico deleite. Y entonces la rodeó con sus brazos, protegiéndola en su interior, dándole calor con su cuerpo hasta que la respiración de ambos fue acompasándose y Elisa fue capaz de mirarle. Elisa era inocente pero sabía lo que pasaba entre un hombre y una mujer. La curandera de su clan se lo había explicado cuando tuvo la edad suficiente para empezar a ayudarla en los partos. También había escuchado a algunas de las otras muchachas hablar en susurros sobre lo gozosa que podía ser la intimidad con un hombre, sin embargo nada la había preparado para lo que acababa de sentir.

—Duncan, tú no... —dijo Elisa mirando a McPherson a los ojos, que todavía permanecían nublados por el deseo insatisfecho, desviándola después a una parte de la anatomía de Duncan que notaba dura presionando en su cadera.

Una sonrisa en los labios de Duncan la dejó sin aliento.

—Todavía no estoy seguro de que mañana no quieras salir corriendo de aquí —dijo Duncan guiñándole un ojo— así que quiero que el padre Lean formalice nuestra unión antes de hacerte mía.

Elisa abrió los ojos tanto que Duncan creyó que podrían salirse de las órbitas.

—¿Quieres... quieres que nosotros...?

—Cásate conmigo, Elisa. Solo por tu afán de conocimiento.

Elisa sintió que se le humedecían las pestañas y que una dicha como no había conocido en su vida se expandía por su pecho, destruyendo a su paso rincones oscuros donde el miedo y la incertidumbre se habían arraigado como la mala hierba. Parpadeó varias veces para alejar esas lágrimas de felicidad que amenazaron con quebrarle la voz, mientras fingía estar pensando en una respuesta.

—Sí, Duncan McPherson, me casaré contigo. Simple y llanamente porque te amo.

La risa de ambos a la vez sobresaltó al silencio que se había instalado después de que Elisa con su respuesta hiciese que Duncan recobrase algo que le habían arrebatado hacía muchos años: la libertad de amar a la persona que lo significaba todo para él.

CAPÍTULO XXVII

Neakail llegó con sus hombres de madrugada. Habían tenido que esconderse durante dos días hasta llegar a tierras MacKintosh. Sabía que una vez llegaran a ellas estarían a salvo. Nadie les buscaría allí, desapareciendo como si se hubiesen evaporado en la nada. Por eso, para salvaguardar aquel lugar, habían dado vueltas durante las últimas horas cerciorándose que nadie les había rastreado después de que su ataque fuese frustrado por Alec Campbell y sus hombres. Quién iba imaginar que aún herido y con un brazo totalmente inerte, Campbell se revolvería como una fiera. No sabía que era ambidiestro con la espada y eso fue un error brutal, al igual que subestimar el entrenamiento, el coraje y la suerte de ese bastardo. Habían salvado la vida por poco y ahora tenía que desaparecer por un tiempo, porque sabía que ese ataque no quedaría así. Ahora que había mirado a Alec Campbell a los ojos, sabía que este no cejaría en su empeño por descubrir quién atentaba contra su vida y por qué. Neakail maldijo interiormente. Ya contaba con la recompensa por la realización de aquel trabajo. Ahora tenía que lidiar con un hombre furioso porque no había matado a Campbell y también con la sombra del mismo tras su espalda. La próxima vez sería diferente, pensaba cumplir aquel encargo, pensaba matar a Campbell con sus propias manos y disfrutar mientras le arrancaba la vida.

Entraron en el castillo que, silencioso, dormía en casi su totalidad. Miró a sus hombres. Había perdido a tres de ellos y Lobo estaba herido. Si la puta de la hija de Elys seguía con vida, antes de matarla la haría limpiar la herida de su hombre y la suya propia. Se rozó con los dedos el corte que le había producido en la mejilla izquierda y apretó los dientes en una promesa de venganza.

Al entrar en el salón, sus hombres de detuvieron y Neakail gruñó antes de ver a Laird MacKintosh de pie, esperándolos. Su cara estaba lívida y su nerviosismo era evidente.

—Retiraos —dijo Neakail a sus hombres con voz autoritaria. Quería tener unas palabras a solas con Rae. Aquel hombre había colmado su paciencia y toda su rabia contenida en las últimas horas deseaba desfogarlas en el viejo Laird.

—Me temo que eso no va a ser posible.

Neakail se tensó en ese preciso instante llevando su mano a la empuñadura de su espada. La voz que había resonado en las paredes de piedra la sintió reverberar en sus oídos y lo puso alerta. Sus hombres se giraron cuando varios *highlanders* con los colores de los McPherson aparecieron detrás de ellos. Neakail se los quedó mirando pensando cómo y porqué aquellos hombres estaban allí. Lo primero que pensó fue que ese viejo estúpido de MacKintosh los había traicionado. Se dio la vuelta de nuevo para enfrentarle cuando al lado del viejo Laird vio a tres *highlander* que solo unos segundos antes no estaban. Uno con los colores de los Gordon, que por el broche que llevaba en su hombro no podía ser otro que su Laird, Bruce Gordon. Otro era un gigante con los colores McPherson y con varias cicatrices en la cara que le miraba con evidente odio. Pero de todos, el que hizo que Neakail supiese que tendría que luchar para intentar salir con vida de allí, fue el tercero. Llevaba el broche también al hombro y por los colores de su *feileadh mor* no podía ser otro que Duncan McPherson. Había oído hablar de él, había desechado todas las advertencias de Laird MacKintosh, pero ahora que lo tenía delante lo que vio en su mirada, si él hubiese sido otra clase de hombre, podría haberle congelado la sangre en las venas. Una sonrisa peligrosa se asomó

a los ojos de Neakail.

—¿Qué has hecho, viejo? Te sacaré las tripas por esto —dijo Neakail entre dientes a MacKintosh sin perder esa sonrisa que parecía más la de un loco que la de un hombre cuerdo.

—Si buscas a un culpable, ese eres tú. Tu ineptitud es grandiosa. No sé cómo has podido esconderte hasta ahora sin que nadie te haya matado —dijo Duncan sonriendo de medio lado—. ¿Eres tan inútil en todo?

El rugido que salió de los labios de Neakail fue seguido de sus palabras que, brotando como si fueran un volcán, escupieron saliva con virulencia.

—¡Vas a morir por esto, bastardo!

Irvin miró a Bruce, inclinándose un poco hacia él como si fuese a hacerle una confidencia. Sin embargo sus palabras se escucharon perfectamente en toda la estancia.

—No sabe de lo que es capaz Duncan. Pobre ignorante. Va a ser divertido.

Bruce hizo una mueca antes de contestar.

—Me extrañaría que supiera dónde tiene su propio culo.

La carcajada de Irvin forzó la sonrisa de Duncan que, peligrosa y lacerante, se extendió aún más por sus labios. Ese fue el detonante que hizo que Neakail se abalanzase sobre él con la espada en alto, como si fuese un demente. Duncan paró su golpe, acompañando el movimiento de Neakail, desviándolo. La fuerza del impacto empujó al mercenario hacia delante y le hizo trastrabillar unos pasos hasta que pudo girarse, elevando la espada de abajo a arriba para intentar alcanzar a Duncan. Este lo estaba esperando. Volvió a escupir el ataque de Neakail cuyo brazo salió despedido por el choque de espadas y que le otorgó a Duncan el suficiente tiempo para hacerle un corte en el brazo.

Neakail gruñó de dolor y, cuando vio teñirse de rojo su camisa, escupió en el suelo, mirando de nuevo a Duncan y echándose hacia atrás un paso. Su brazo, aunque herido, estaba bien. Neakail solo pudo preguntarse por qué su oponente no le había herido en algún otro punto que le impidiera luchar. ¿Y por qué no lo atacaba? ¿Por qué esperaba como si tuviese todo el tiempo del mundo, como si estuviera jugando con él? Neakail desterró esa idea y volvió a avanzar hacia Duncan intercambiando golpes que hicieron resonar el hierro y resentir los músculos de los brazos por el esfuerzo. Duncan parecía solo poder defenderse de su ataque y Neakail se permitió sonreír de verdad desde que comenzara la confrontación, sin embargo cuando se fijó en el semblante tranquilo e imperturbable de McPherson gruñó por lo bajo y arremetió con más fuerza. A pesar de que Duncan tenía una postura defensiva, los golpes de Neakail no le alcanzaban, ni siquiera un rasguño, y en uno de esos intercambios Neakail se llevó la mano a la pierna cuando, en un movimiento que no esperó de Duncan y que le tomó por sorpresa por su rapidez, McPherson le había hecho un corte lacerando su piel y haciendo que la sangre se derramara.

—¿Quién te encargó que mataras a Alec Campbell? —preguntó Duncan cuando Neakail apretó los dientes por el dolor.

—No sé de qué me estás hablando. ¿Es eso lo que tienes en mi contra? Si es así, no sabes una mierda.

La mirada que le lanzó McPherson le hizo inspirar fuerte.

—Si solo fuese eso quizás me replantearía darte una muerte rápida pero me temo que no va a ser posible.

Neakail frunció el ceño e intentó recordar lo que sabía de McPherson y a quién conocía. Entre todos sus pensamientos uno se filtró con claridad. Duncan había acompañado hasta allí a la hija de Elys unos días atrás.

—Es porque le di lo que necesitaba a esa puta de Elisa Mc...

Neakail no pudo acabar la frase. No hubo un arranque de furia por parte de McPherson, ni siquiera le cambió el semblante, pero en un movimiento rápido lanzó un golpe que Neakail solo pudo intentar desviar. Fue tan fuerte, con tanta precisión, que lo tumbó de espaldas en el suelo y estando allí antes de que pudiese levantarse, sintió el filo de la espada del *highlander* hacerle un corte profundo en la otra pierna. El alarido que salió de la garganta de Neakail se escuchó en toda la estancia.

—¡Hijo de puta! —escupió Neakail con la respiración agitada por el cansancio y el dolor.

—Levanta —dijo Duncan lentamente, casi en un susurro.

—Ahora sí que lo ha cabreado —dijo Bruce a Irvin, como si de nuevo estuviesen compartiendo alguna confidencia.

Irvin asintió con la cabeza antes de hablar.

—Cuatro golpes —susurró con voz grave.

Bruce miró a Duncan como si estuviese meditando algo en profundidad.

—Cinco —respondió con seguridad.

Irvin asintió una vez más antes de que ambos volvieran a desviar su atención a la pelea que tenían delante de ellos. Al fondo, los hombres de Neakail, que eran tres y uno herido, estaban custodiados por los McPherson, cuya ansia de utilizar sus espadas en una lucha contra ellos se reflejaba en sus rostros con evidente claridad.

—Tendrás que matarme si puedes, porque no voy a decirte nada. Tu amigo tiene los días contados por muy Laird que se...

Neakail dijo aquello en pie de nuevo, alzando su espada para asestar un nuevo golpe. Esta vez Duncan no solo se defendió, sino que atacó con fuerza superior. El brazo de Neakail cedió ante esa acometida. Entonces se dio cuenta de que Duncan lo había estado cansando. Sus golpes ahora eran certeros y rápidos mientras que los de él eran imprecisos y a veces inútiles. Un fuerte impacto en la cara de Neakail le hizo gemir. Ese maldito le había roto la nariz, tirándolo de nuevo al suelo.

—¿Quién te hizo el encargo?

Los ojos de Neakail brillaron de furia.

—No lo sabemos —dijo uno de sus hombres a la espalda de Duncan.

—¡Calla! —gritó Neakail a Hacha mientras este miraba fijamente a McPherson.

—Bruce... —dijo Duncan sin desviar la vista de Neakail.

Bruce supo exactamente lo que le estaba pidiendo Duncan. Dejó su postura relajada al lado de Irvin y de Laird MacKintosh, a quien en ese momento se le veía más viejo y cansado que nunca, y se encaminó a donde se encontraba el hombre de Neakail que había hablado.

—Explica eso que has dicho con más claridad, y hazlo de forma que sacies nuestra curiosidad. Verás, yo no soy tan disciplinado como mi amigo —dijo señalando a Duncan—, soy más bien impulsivo. Y ahora mismo lo que deseo es que no me contestes, así me darías la excusa perfecta para sacarte las tripas y dejarte a la intemperie para que se las coman los animales.

Hacha miró a Bruce Gordon. Lo que podía ser un farol en otro vio que en ese hombre era absolutamente cierto. Había estado gran parte de su vida en compañía de asesinos, violadores, hombres sin honor que venderían a su madre con tal de obtener algo a cambio y había aprendido a leer la oscuridad, el peligro en los ojos de su adversario. Gordon no era de los que amenazaban en balde, lo veía en su mirada con total claridad. De hecho sabía que parte de él se regocijaba por la posibilidad de poder llevar a cabo aquello con lo que le había amenazado. Ese hombre era

peligroso.

—Nos encontramos con un intermediario. Nos ofreció mucho dinero a cambio de matar a Alec Campbell. No nos dio el nombre de quien hizo el encargo.

Bruce se acercó a Hacha hasta que quedaron muy cerca.

—Espero que no estés muy apegado a tus genitales, porque es lo que voy a cortarte primero. ¿Crees que somos idiotas? ¿Piensas que vamos a creer que aceptasteis este trabajo sin saber quién daba la orden? —dijo Bruce de forma tan fría, con un tono de voz tan calmado y pausado, que Hacha supo que moriría en breve si no le creía. Él no le temía a nada y moriría si así la situación lo requiriera, pero llevaba mucho tiempo sabiendo que Neakail era un hijo de puta demasiado desquiciado como para seguir a sus órdenes. En su tiempo luchó por él, pero si podía evitarlo, aquel día no moriría por él. La hoja de la espada de Gordon cerca de sus atributos personales fue el aliciente perfecto para soltar su lengua.

—No te miento. Neakail nos dijo que aceptó el encargo porque era mucho dinero y con eso podríamos retirarnos por una temporada y porque conocía al intermediario. Es de fiar. Él ya lo conocía. Tiene cierta influencia en la corte.

—¡Te he dicho que te calles! —escupió Neakail que con dificultad mientras intentaba ponerse de nuevo en pie.

Una mirada significativa entre Duncan y Bruce hizo que este último apretara más su espada contra una parte de la anatomía de Hacha.

—Su nombre —dijo Bruce.

Hacha miro a Neakail y sin dudar volvió su vista hacia Gordon para responder.

—Gavan Graham —dijo a pesar del rugido de Neakail.

—¡Estás muerto, traidor! —grito Neakail ya en pie tambaleante.

Duncan volvió su atención a Neakail de nuevo.

—¡Estáis todos muertos! ¿Me oís? ¡Os mataré a todos! —gritó con furia y con un rugido se abalanzó contra Duncan.

La cara de estupor de Neakail cuando sintió su cuerpo atravesado por la espada de McPherson a través de su estómago fue grotesca. Miró hacia abajo para comprobar que aquello estaba pasando. La espada se hundió un poco más en sus tripas, sacándole un horrible quejido de dolor. Sintió el aliento de Duncan en su oído antes de hablar.

—Esto es por Elisa MacLaren. Jamás debiste tocarla. —Sus últimas palabras fueron acompañadas por un movimiento de la muñeca de Duncan, retorciendo el arma en el interior de Neakail y arrancándole a este un alarido que no parecía humano. Cuando extrajo la espada del cuerpo de Neakail este cayó al suelo, muerto.

Duncan miró a Bruce y este se acercó a los cuatro hombres de Neakail que permanecían esperando su destino. Sacó su *sgian dubh* de su pierna izquierda y se acercó a Hacha. Cuando el hombre vio el pequeño puñal no dio un paso atrás. Sabía que la muerte sería la única forma en que él y el resto de los hombres de Neakail saldrían de allí.

—Por mí te mataría ahora mismo y al resto, con dolor, pero Duncan es un hombre de honor y el único amigo de verdad que tengo así que por él voy a reprimir las ganas de mandaros con el Creador. Y ahora, ni se te ocurra moverte —dijo Bruce acercando el puñal a la cara de Hacha. En un movimiento rápido marcó el rostro del hombre en la mejilla. El dolor se vertió en los ojos de Hacha, que aguantó el corte apretando los dientes. La misma operación repitió Irvin con los restantes.

—Ahora estáis marcados. Si vuelvo a veros o a escuchar que un hombre con una marca como

la que tenéis se encuentra en las Highlands, os buscaré y os mataré —dijo Duncan con un tono de voz que sonó a sentencia—. Acompañareis a estos guerreros McPherson hasta la costa donde amablemente os embarcarán a un destino que luego os será revelado —terminó Duncan antes de volverse a Laird MacKintosh.

—Creo que debería llamar a su esposa. Tengo algo que discutir con los dos.

Rae MacKintosh lo único que pudo hacer fue asentir y salir con paso presto a llamar a Elys.

CAPÍTULO XXVIII

Duncan miró a Rae MacKintosh. Aquel hombre que en su día dijeron que había sido un buen Laird se había perdido en algún lugar con el transcurrir del tiempo, porque ahora lo único que veía frente a él era un anciano demasiado quebrado. Elys, su esposa, sin embargo, con la barbilla levantada y la mirada aguda, cautelosa y a la vez desafiante, esperaba pacientemente a los acontecimientos.

Bruce se acercó a Duncan. Ya estaban todos. Después de que los hombres de Neakail se hiciesen pasar por miembros del clan de Bruce y atacaran a Andy, aquello también le incumbía. De no haber habido una amistad previa entre ellos, Neakail podría haber provocado enfrentamientos entre los McPherson y los Gordon. Irvin seguía fuera, supervisando que todo fuese como él había ordenado.

—Me gustaría saber por qué has solicitado la presencia de mi esposa. Yo puedo contestar todas tus preguntas. Ella está embarazada y tiene que descansar.

A Duncan no le pasó desapercibida la sonrisa ladina que escondió Elys después de las palabras de su marido.

—Creo que antes de andar con exigencias debería empezar a contarme cómo empezó esta alianza con Neakail, su permanencia en estas tierras y cómo piensa hacer frente a las acusaciones que pesarán sobre usted por la ayuda que le ha prestado a esos asesinos. ¿Sabía que, de entre otras fechorías, son responsables del asesinato de Laird Munro y de su hijo?

La cara de incredulidad de Rae fue auténtica.

—Eso no puede ser posible. Son ladrones, hombres sin escrúpulos, sí, pero no creo que se hayan atrevido a tanto.

—Yo no soy quien ha llegado a esa conclusión, sino sus propios hombres. Está tan desligado de lo que pasa en su propio clan que no se ha dado cuenta de que sus miembros, sus hombres, son conscientes de que les ha estado ocultando la verdad. Su primer deber es con su gente y los ha dejado durante todo este tiempo solos, a merced de una panda de asesinos —continuó Duncan dejando entrever en su tono de voz cuánto le asqueaba el comportamiento de Rae.

Rae MacKintosh estaba blanco y un sudor frío corría por su frente.

—Está hablando con Laird MacKintosh, que además es mayor que ustedes dos. Deberían guardarle el debido respeto —dijo Elys mirando con seriedad tanto a Duncan como a Bruce.

—El respeto hay que ganárselo, señora, y francamente, su marido merece que lo maten por traición. Yo me ofrezco voluntario para ser el verdugo —apostillo Bruce desprovisto de cualquier gesto de comprensión.

La cara de Elys perdió algo de color y su porte parte de su seguridad.

—¿Creía que iba a conseguir deshacerse de Neakail sin que supiésemos el alcance de la implicación de su marido y de todo lo que esos hombres han hecho bajo su salvaguardia? —preguntó Duncan elevando la voz.

La cara de sorpresa de Elys solo fue superada por la de MacKintosh.

—¿Qué está diciendo? Yo no protegí a esos bastardos por que quisiera. ¡Me amenazaron a mí y a mi gente! No supe del alcance de sus actos hasta ahora. Sabía de qué calaña eran pero no

imaginé que habían asesinado a ningún Laird. No pensé que su osadía llegase a tanto. Hasta hace poco sus estancias en estas tierras se redujeron a pocos días, a que les proporcionara comida y un lugar donde mantenerse resguardados y todo ello lo hacía bajo su promesa de no molestar a mi gente, de no preocuparme porque robaran nuestro ganado. Fui débil y un incauto, pero como le he dicho, hasta hace poco no empecé a ver cuán equivocado había estado. Amenazaron con hacer daño a mis seres queridos y hace unos días mató a uno de mis hombres delante de mí. Fue cuando comprendí que me había estado engañando a mí mismo. Así que si hay a alguien a quien culpar es a mí, pero mi esposa es inocente.

Duncan miró a Elys, que seguía callada. Cuando volvió a mirar a Rae MacKintosh, este sintió que se le contraían las entrañas. La mirada de McPherson le dijo lo cerca que estaba de que ese hombre le diese muerte.

—Ha dicho que amenazó a sus seres queridos y que mató a uno de sus hombres. Sin embargo, entre las cosas que aparentemente le llevaron a pensar que Neakail era un hombre sin escrúpulos, un asesino, no se encuentra la paliza casi mortal que le propinó a su hijastra Elisa. Si ella no hubiese escapado, si la hubiese dejado en esa habitación encerrada hasta que él hubiese vuelto, quizás con intención de acabar con lo que había empezado, ahora estaría muerta —dijo Duncan y su voz sonó como la hoja de un cuchillo sobre la garganta de su futura víctima, firme, dura, peligrosa y mortal—. ¿Y cómo sé eso? ¿Cómo llegó Elisa hasta mí? Porque estoy seguro de que ni siquiera ha entrado a esa habitación durante los últimos dos días, para saber qué le había ocurrido a Elisa, sin saber si seguía con vida o qué era lo que ese bastardo le había hecho. Pues llegó hasta mí porque su esposa la ayudó a escapar y la envió a mis tierras —continuó Duncan acercándose más a MacKintosh. Rae tembló ante la templada furia que vio en los ojos del *highlander*—. ¿Y cree que lo hizo porque es una madre abnegada que sufre por su hija? —preguntó Duncan dirigiendo su mirada a Elys—. Quisiera pensar que una mínima parte de ella sintió algo de compasión por su propia carne, por su propia sangre, a pesar de saber que su motivación principal fuera deshacerse de Neakail y esos hombres, ¿verdad? Sabía que su marido no lo haría, que no lo mataría y ya eran demasiado molestos. Estaban tomando el control de las decisiones de este clan manipulando a su marido, ¿no es cierto? Y eso no era bueno, porque la única que debía manipularlo era usted. Por eso ese hijo que lleva dentro es tan importante y por eso quieres aquí a Elisa, para que te ayude a no perderlo. Tus ansias de poder son tan obvias que das pena.

Duncan paró la mano de Elys cuando esta ya la dirigía hacia su rostro para enterrar las uñas en él.

—Ni te atrevas —dijo Duncan sujetando la mano de la mujer con firmeza. Cuando la soltó, Elys dio un paso atrás, mirándolo con odio. ¿Cómo podía saber todo eso? ¿Cómo demonios podía saber qué era lo que ella había pensado o cuáles habían sido sus planes?

—Impresiona al principio, después te acostumbras —apostilló Bruce sabiendo perfectamente lo que estaba pensando la esposa de MacKintosh en aquel momento.

—Por si le importa algo, su hija vivirá. Se está recuperando bien de sus heridas.

Elys se irguió a pesar de saberse descubierta por la intuición de Duncan.

—¿Cuándo volverá aquí? — le preguntó conteniendo su rabia.

La sonrisa peligrosa que asomó a los labios de Duncan volvió a hacer que Elys diera un paso atrás.

—Si cree que voy a dejar que Elisa vuelva aquí sola es que, aparte de todo, está loca. Elisa se convertirá en mi esposa. Si ella quiere verla lo hará, yo no voy a impedirselo pero si un comentario, una mirada, un gesto, un solo hecho la hiere o simplemente ensombrece su mirada, no

habrá lugar en la faz de la tierra en el que pueda esconderse de mí ¿Me ha entendido? Y créame que hay destinos peores que la muerte.

Elys trago saliva y sintió sus manos temblar. Aquel hombre no amenazaba banalmente, podía ver la promesa en su mirada, en su rostro, y supo que su tiempo, si volvía a lastimar a Elisa, habría acabado.

—¿Me ha entendido? —volvió a preguntar Duncan con la voz en apenas un susurro.

Elys se estremeció y asintió con la cabeza antes de desviarla hasta Rae. La decepción que vio en sus ojos solo le produjo asco. ¿Qué se creía aquel viejo? Él si la había decepcionado, a ella y a su clan. No sabía ni cómo podía seguir mirando a su gente.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Rae mirando a Duncan.

—Tendrá una reunión con los miembros de este clan y va a contarles a ellos todo lo que ha estado pasando y todo lo que ha hecho.

La cara de Rae se contrajo por el dolor.

—Si hago eso me humillaré y no podré seguir siendo el Laird.

Bruce soltó un bufido.

—Si consigues conservar la cabeza sobre tus hombros ya será un logro. Yo ahora mismo te la cortaré nada más que por lo que acabas de decir —dijo Bruce con dureza.

Rae intentó erguirse un poco, mantener la dignidad con la que hacía tiempo ya no contaba.

—Harás eso y tu clan decidirá que hacer contigo. —Duncan dijo aquellas palabras sabiendo que ese era el peor de los castigos. No uno rápido como la muerte sino uno lento, como el posible destierro al que los miembros de su clan lo sentenciarían cuando supieran que en qué clase de hombre se había convertido Laird MacKintosh. —Si ellos no hacen nada, juro que entonces lo haré yo. Por el nombre de aquellos que, no por tu mano pero sí por tu cobardía, perecieron o se vieron perjudicados —acabó Duncan, para después, seguido de Bruce, abandonar aquella estancia.

CAPÍTULO XXIX

Elisa no podía quedarse quieta. Después de los días que estuvo sin poder levantarse de la cama, el hecho de poder darse un baño sola, de poder caminar sin que las piernas cedieran ante su peso, se le antojaba todo un sueño, sin embargo nada de eso la ayudó. Hacía dos días que Duncan se había ido, los mismos que ella llevaba pegada a la ventana rogando que su figura se recortara en el horizonte, de vuelta a ella.

Susan había ido a verla cada día. También junto a ella había salido de la habitación ese día por primera vez y había bajado al salón. Uno de los miembros del clan y su hijo habían resultado heridos al arreglar el techo de una de las pequeñas casas. Vinieron a por Susan cuando estaba con ella y dado que Elisa también era curandera la anciana consintió en que la acompañara y la ayudara, haciéndola prometer que si se cansaba o se sentía mal volvería al castillo de inmediato. Así lo hicieron y a pesar de que Elisa si se sintió exhausta cuando terminaron, aquello la animó como nada lo había hecho en los últimos días. El hecho de poder ayudar a los demás y que en el proceso su mente pudiese evadirse durante unos instantes de lo que le inquietaba fue como un soplido de aire fresco. También había conocido y hablado con el padre Lean. El sacerdote era un hombre mayor con una enfermedad que le afectaba a los huesos. Elisa no pudo evitar fijarse en ello. Su afabilidad, su intensa mirada y sus sabias palabras y consejos agradaron de inmediato a Elisa. El padre Lean le contó la conversación que había mantenido con Duncan de forma presurosa antes de que este partiera. Quería saber si también era su deseo el contraer matrimonio con Laird McPherson. Cuando vio la mirada de Elisa, el sacerdote sonrió a la vez que se apresuraba a explicarle

que conocía muy bien a Duncan y que sabía que ese muchacho nunca obligaría a ninguna mujer a casarse sin su consentimiento previo, pero que él debía velar por las almas de todos y quería que ella estuviese segura del paso tan importante que iba a dar. El guiño que le hizo al final fue lo que terminó por hacer que Elisa sonriera ampliamente antes de contestarle afirmativamente.

Por lo que había visto, por el ambiente que reinaba en el clan, así como la actitud de Susan, del padre Lean y de los pocos que habían hablado con ella sobre todo guiados por su curiosidad, Elisa era consciente de que Duncan era muy querido y respetado por todo su clan y eso la hizo sentir orgullo.

Sin embargo no todo fue tranquilo en esos días sobre todo la tarde anterior cuando un grupo de ancianos se presentaron en su habitación junto a Susan. Parecía que éstos estaban ansiosos por conocerla. Por sus expresiones cuando la vieron Elisa pensó que no iba a ser bien recibida por éstos pero cuando Susan les reprendió por tener el ceño fruncido y la presentó como la prima hermana del Laird Grant MacLaren y además una gran curandera, fue hasta divertido ver como los ojos de los ancianos se abrieron lo suficiente como para salirse de sus cavidades.

Cuando se fueron y Susan volvió al rato, la sonrisa traviesa que traía la anciana junto con el comentario de que los había enamorado hizo que Elisa se ruborizara hasta lo indecible.

Con ese recuerdo y con la certeza de que nunca fuera de su clan se había sentido tan bien recibida como entre los miembros del clan McPherson, entró en su habitación con la necesidad de descansar un rato e intentar pensar en algo que no fuese la posibilidad del cuerpo herido de

Duncan.

Por inercia, Elisa se acercó de nuevo a la ventana. Sintió como si le hubiesen dado un golpe en el estómago cuando vio varias figuras acercándose al castillo. Una de ellas fue la que captó su atención y le hizo contener la respiración por unos segundos, como si el hecho de hacer algún movimiento o exhalar el aire contenido fuera a hacer desaparecer aquello de lo que sus ojos daban fe. Se mantuvo quieta hasta que esa figura que reconocería como si fuese ya parte de su ser se volvió más clara y real acortando la distancia que la separaba de ella. Elisa sintió que le quemaban los dedos de las manos por la necesidad de tocar a Duncan, de tener la constancia fehaciente de que había vuelto y que aquello no era un sueño. Se dio la vuelta y empezó a correr a pesar de su cansancio y de sus heridas.

Duncan entró en el castillo junto a Bruce e Irvin. Los tres se habían dado un chapuzón en las gélidas aguas del lago antes de enfilear la recta final hasta el castillo. Estaba anocheciendo y Duncan convenció a Bruce de que se quedara a cenar y que pasara la noche antes de partir al amanecer hacia sus tierras. Gordon agradeció la invitación.

La imagen de Elisa parada a la entrada del salón mirándolo con intensidad, con un sinfín de sentimientos desbordando esos enormes y hermosos ojos, pudo con él.

En dos zancadas estuvo junto a ella, tomándola entre sus brazos y besándola como había deseado hacer cada segundo de aquellos últimos días.

—El mismo recibimiento que el que me dio mi prometida. Igual —dijo Bruce con sarcasmo.

Irvin tuvo que reprimir una carcajada ante las palabras de Gordon, pero lo que no pudo hacer fue morderse la lengua.

—Te veo en tu noche de bodas intentando no perder los huevos —dijo Irvin con una sonrisa.

Bruce hizo una mueca antes de contestar.

—Me encantaría decirte algo irónico o mandarte directamente a la mierda, pero lo malo es que tengo que darte la razón —dijo Bruce totalmente resignado.

Irvin soltó una carcajada antes de observar nuevamente a Duncan y a Elisa. Ese acto impulsivo de su primo revelaba mejor que nada lo que Duncan sentía por la prima de Grant MacLaren. El ver a Duncan totalmente enamorado, tan entregado a lo que sentía por ella y tan libre de poder llevarlo hasta su última expresión le contrajo el pecho. Él era un hombre, maldita sea, un *highlander* curtido y fiero, pero por todos los santos que en aquel momento le embargó la emoción y tuvo que parpadear varias veces cuando vio a Bruce con su mirada fija en él.

—¿Estás llorando, Irvin? Porque antes prefiero ver cómo mi prometida me saca los ojos y se los da de comer a los cerdos.

Irvin carraspeó antes de mirar a Bruce con cara de pocos amigos.

—No sé de qué coño estás hablando. Y si vuelves a decir algo como eso tendré que quitarte la idea a golpes.

Bruce sonrió de medio lado e Irvin recobró la compostura, solo para escuchar a Bruce decir casi en un murmullo:

—Es mi único amigo, y sé todo lo que ha sufrido. Yo también me alegro por él.

Irvin asintió casi imperceptiblemente y como si hubiesen hecho un pacto de silencio ambos tenían claro que aquella conversación jamás había tenido lugar.

Elisa sintió temblar sus piernas y sus manos cuando Duncan la atrajo hasta sus brazos y la

besó. No hicieron falta palabras, no hizo falta ninguna explicación, porque los ojos de Duncan antes de tomar posesión de su boca lo dijeron todo. La intensidad de aquellos ojos verdes, el amor y el deseo que atisbó en ellos la dejaron a merced de la voluntad del *highlander*. Elisa se sintió presa de algo más grande que ella y que no podía ni quería dominar. Ya nunca más. Se había librado de las ataduras de un pasado cargado de inseguridad y de miedos. Ahora solo deseaba vivir la vida al lado de Duncan y tomar todo lo que esta tuviese que ofrecerles sin barreras, sin reticencias.

La boca de Elisa se abrió cuando un gemido que no pudo reprimir brotó de sus labios.

Duncan enredó los dedos en el cabello de Elisa para profundizar un beso que exigía que tomara todo de aquella mujer. Saboreó el interior de su boca como si fuese un manjar y bebió de ella hasta el último aliento, sediento por probar su sabor, perderse en su pasión y deleitarse con sus pequeños jadeos. Las manos de Elisa se enredaron alrededor de su cuello quedando completamente pegados sus cuerpos, y la sensación le hizo perder prácticamente la razón. Con un gruñido, rebajó la pasión del beso hasta que pudo separarse lo suficiente como para apoyar su frente en la de ella, con las respiraciones todavía agitadas.

—¿El padre Lean? —preguntó Duncan intentando sonar templado y no desesperado como estaba en ese preciso instante.

Elisa no estaba mucho mejor. Todavía con la respiración entrecortada y con las mejillas sonrosadas y los ojos nublados por la pasión contestó casi en un murmullo.

—Vendrá esta noche a cenar. Hablé con él y le dije que estaba convencida de casarme contigo. Tiene que irse mañana, pero volverá dentro de quince días.

Un pequeño rugido procedente de la garganta de Duncan hizo sonreír a Elisa. El padre Lean ya no viajaba ¿A dónde demonios tenía pensado ir?

—Susan me trajo un vestido, y sé que mi primo estaría conforme con este matrimonio. Y... no quiero esperar, Duncan.

La risa de Elisa se escuchó en todo el salón cuando las palabras de Duncan salieron de sus labios como si le hubiesen perdonado la vida.

—Gracias a Dios.

Toda la noche fue una locura. Cuando llamaron al padre Lean, y antes de que este llegase, Elisa quiso saber de labios de Duncan todo lo que había pasado y como estaba su madre. Duncan solo le hizo un esbozo de lo que aconteció en aquellos dos días. No quería hacerle más daño del que ya le habían infligido. Le contó que Neakail estaba muerto y sus hombres fuera de las Highlands. Le contó sobre el futuro del Laird Rae MacKintosh, en manos de su propio clan y cómo estos, habiendo perdido la confianza y el respeto por su Laird, habían elegido a uno nuevo y habían relegado a Rae al destierro. Este había partido junto a su esposa a tierras de los Murray, donde vivía la hermana de Rae, con la prohibición de volver a pisar el clan MacKintosh. Duncan no pudo evitar ver la tristeza en los ojos de Elisa, y en su fuero interno se prometió llevarla si ella lo deseaba a ver a su madre a tierras de los Murray cuando todo estuviese más tranquilo.

Cuando por fin el padre Lean llegó y le expresaron su deseo de que la boda fuese en aquel preciso instante, el sacerdote tuvo sus reticencias, pero ante la mirada de Duncan claudicó. El hecho de que Bruce e Irvin estuviesen también mirando al sacerdote por detrás de Duncan con el ceño fruncido y cara de pocos amigos ayudó a que el padre se apresurase a dar una respuesta afirmativa.

Elisa quiso que Susan estuviese presente y Duncan pidió a Irvin y a Bruce que fueran testigos del enlace. La boda fue sencilla y breve, pero para Elisa fue la más hermosa. El vestido le quedaba un poco grande. Era de seda azul con un pequeño bordado de flores en el escote, y Susan le adornó el pelo con algunas flores. Duncan llevaba una camisa blanca y su *feileadh mor* con los colores del clan McPherson y el broche en su hombro izquierdo sosteniéndolo con el lema de su clan. Ambos tomaron sus manos y bajo la tela con los colores del clan, mirándose a los ojos, se convirtieron en marido y mujer después de que un sonriente padre Lean les diera su bendición.

Irvin y Bruce felicitaron a Duncan y a Elisa mientras Susan abrazaba a la esposa de Duncan con lágrimas en los ojos.

A la cena fueron invitados todos los miembros del clan que quisieran unirse a la celebración del matrimonio de su Laird. Horas más tarde, la música, la comida y las risas continuaron en un salón colmado por la inmensa mayoría del clan que, feliz, recibió aquel matrimonio con alegría.

El cansancio de Elisa no pasó desapercibido para Duncan, que sabía que aquello había exigido mucho a su esposa aún convaleciente. Su cara aún reflejaba los hematomas producidos por los golpes, aunque poco a poco se iban difuminando como un mal sueño.

Entre los gritos de algunos de los guerreros y de Irvin y Bruce, Duncan se retiró tomando a Elisa en brazos.

El rostro ruborizado de Elisa no perdió el color sonrosado hasta que llegaron a la habitación de Duncan, haciendo resaltar sus pecas, unas que Duncan adoraba y que deseaba poder besar una a una.

—Elisa McPherson. Suena bien —dijo Duncan depositando a Elisa encima de las blancas sábanas que cubrían su cama.

Un brillo pícaro en los ojos de Elisa hizo florecer una espontánea sonrisa en los labios de Duncan.

—No te entusiasmes demasiado. Todavía queda mucho de MacLaren en mí.

Duncan frunció el ceño como si estuviese contrariado por ese hecho.

—Entonces debemos hacer algo al respecto.

Elisa le miró alzando una ceja.

—No creo que puedas convencerme tan fácilmente.

Duncan pareció sopesar esas palabras antes de apoyar una rodilla al borde de la cama y acercarse a Elisa hasta que quedaron sus ojos frente a los de ella.

—Tendré que intentarlo.

—No esperaba menos —dijo Elisa soltando una carcajada cuando vio la expresión de sorpresa que puso Duncan cuando soltó aquellas palabras. El brillo pícaro que vio en los ojos de su esposo le calentó el corazón y le dio el valor suficiente para, con manos mucho más firmes de lo que pensó, quitar el broche que sujetaba sobre su hombro el *feileadh mor* de Duncan.

—Soy todo tuyo —dijo Duncan llevando la mano de Elisa hasta el centro de su pecho.

Los ojos de Elisa se humedecieron y sintió un nudo en su garganta. Sí, aquel hombre era todo suyo, en cuerpo y alma y eso era algo que todavía le costaba creer. Suspendida en la mirada de su esposo supo que ambos se pertenecían mutuamente, y que ella lo amaba más allá de todo pensamiento lógico. Le amaba con su mente, con cada pequeña porción de piel, con su alma y con todo su ser. Y quería perderse en sus brazos y sentirse tan cerca de él como humanamente fuese posible porque, acordándose de las palabras que Duncan le dijese antes de irse, cuando le declaró su amor, ella podía en ese instante igualarlas. Sin duda, moriría por él.

Con esa fuerza, todo ese amor y el deseo que iban quemando dentro de Elisa, esta acercó sus

manos a la camisa de Duncan y le ayudó a sacársela por la cabeza. El pecho descubierto de su marido estaba esculpido con músculos como si fuesen de piedra, que se contrajeron cuando los dedos de Elisa los siguieron como si estuviese aprendiéndoselos de memoria.

El pequeño gruñido que salió de la garganta de Duncan la hizo sentirse poderosa. Le miró a los ojos y vio en ellos un deseo feroz. Ahora sí, temblorosa por la anticipación de lo que veía en esa mirada, tomó las manos de su esposo y las llevó hasta el bajo de su vestido. La sonrisa de Duncan no se hizo esperar y antes de que pudiese darse cuenta y con una delicadeza exquisita, su vestido había desaparecido. Sintió contraerse su estómago cuando Duncan le quitó la camisola quedando totalmente desnuda delante de él. Sin embargo, la mirada de su esposo, igual que el fuego, no la hizo sentirse expuesta sino tan deseada que solo pudo extender sus brazos a un Duncan que, despojándose de lo que quedaba de su atuendo, cubrió su cuerpo con el suyo gimiendo ambos por la sublime sensación de estar piel con piel.

—Mi amor, mi esposa —dijo Duncan como si fuese una oración antes de tomar sus labios con pasión. Elisa se entregó a ese beso con todo su ser y gimió cuando Duncan abandonó su boca para besar sus pecas con devoción, su cuello de forma lenta y maravillosa que a Elisa le hizo gemir de impaciencia, su clavícula y sus pechos. Cuando Duncan miró como un loco hambriento su aureola coronada con un pezón sonrosado y lo lamió exhalando el aire después sobre él, Elisa arqueó el cuerpo con un pequeño grito, mordiendo sus labios para no gritar más cuando su esposo dejó de torturarla y tomó su pezón en la boca y lo succionó, dando pequeñas pasadas con la lengua que hicieron retorcerse a Elisa debajo de Duncan. Le sintió prodigarle el mismo trato a su otro pecho, acabando casi con ella. Deseaba con desesperación que Duncan dejara de torturarla y la liberara de esa exquisita necesidad que la estaba devorando por dentro.

Cuando sintió la respiración de Duncan entre sus piernas estuvo a punto de saltar de la impresión, pero no pudo. Duncan había pasado sus manos debajo de sus piernas, exponiéndola completamente a él y acercándola a su boca. Elisa creyó que moriría cuando sintió la lengua de Duncan sobre el mismo centro de su feminidad. Su espalda se curvó creando un arco contra unas sábanas que apretaba con sus manos con tanta fuerza e intensidad que sus nudillos se pusieron blancos. Elisa no podía hablar. Solo sonidos incoherentes y gritos salían de su garganta. Intentaba dominarlos mordiéndose los labios, pero salían de su boca en un sinfín de sinsentidos que volvieron loco a Duncan. Cuando la sintió contraerse por su placer y retorcerse debajo de él supo que ya no podría esperar más.

Elisa pensaba que había muerto y renacido en un solo instante. Los vestigios de un placer absoluto aún recorrían sus extremidades cuando sintió a Duncan cubriendo su cuerpo nuevamente. Ella instintivamente se abrió para él y su esposo se alojó entre sus piernas.

—Elisa, mírame —dijo Duncan que ya estaba posicionado en su entrada, intentando con los últimos retazos de un autocontrol maltrecho no lastimar a Elisa.

Elisa le miró y le sonrió, tocando su espalda con las manos y bajando hasta el nacimiento de los glúteos de Duncan. Su mirada le decía aquello que él necesitaba saber.

Lentamente fue entrando en Elisa, pendiente de cada gesto, de cada pequeña mueca de dolor o de incomodidad. Fue un auténtico calvario para Duncan, que lo que más deseaba era estar enterrado profundamente en ella, pero aunque le costase la cordura no iba a dejar que Elisa sufriese. Cuando por fin estuvo unido a ella totalmente y la sintió relajarse bajo sus caricias, Duncan la rodeó con los brazos cambiando de posición, quedando él debajo y Elisa encima de él. La sorpresa en los ojos de Elisa extrajo una sonrisa espontánea en Duncan que pronto se desdibujó cuando ella se movió para tener mayor estabilidad. El ronco gruñido que emitió Duncan

dejó a Elisa quieta hasta que volvió a moverse, esta vez con un poco más de osadía.

Duncan llevó las manos a las caderas de Elisa para que se mantuviera quieta un momento. Había cambiado de posición para que su esposa fuese la que impusiese el ritmo de esa relación. Era la mejor forma de cerciorarse de que no le provocaba ningún daño. Era su primera vez y Duncan estaba demasiado nublado por el deseo y la pasión como para arriesgarse a perder el control.

Cuando notó que Elisa quería moverse de nuevo la ayudó, con las manos en sus caderas, guiándola en un movimiento que era tan antiguo como el tiempo. No necesitó más. Elisa, cada vez más audaz, más entregada, lo estaba matando. Duncan apretó los dientes en un intento de aguantar el intenso placer que le estaba arrancando la propia cordura que le quedaba.

Elisa pensó que nada podría compararse a lo que había experimentado antes, pero al sentir a Duncan dentro de ella y mirarlo a los ojos fue como si en verdad fuesen un solo ser. Cuando Duncan cambió de posición y ella quedó encima, por accidente se movió. Sintió pequeñas lenguas de placer en su vientre y lo que eso provocaba en Duncan, y entonces dejó de lado todo pensamiento y volvió a moverse hasta que todo se perdió a su alrededor y solo quedó aquella danza en la que su cuerpo tomó el control y la llevó de nuevo al borde del precipicio. Sintió que se fracturaba de nuevo en mil pedazos, cayendo sin fuerzas en los brazos de Duncan solo unos segundos antes de que la garganta de su esposo rugiera con un gruñido casi animal en el letargo de la noche.

—Jamás pensé que fuese así.

Duncan miró a Elisa que, con la cabeza apoyada en su pecho y su brazo cruzando su estómago, estaba acurrucada junto a él, que la tenía rodeada con su brazo oliendo la fragancia a flores que desprendía su cabello. Este, largo y ondulado, cubría como un manto el hombro de Duncan.

—¿Ha sido mejor o peor de lo que esperabas? —preguntó Duncan y Elisa pudo distinguir un halo de preocupación tras esa pregunta.

Duncan vio cómo su esposa, la misma que lo había llevado al borde del abismo, que le había proporcionado un placer como nunca había sentido, y que se había entregado a él con todo su ser, se había ruborizado en ese instante hasta el punto que las pecas parecieron del color del fuego.

—Mucho mejor —dijo Elisa dándole un golpe en el pecho que hizo sonreír a Duncan y luego quejarse por la fuerza con la que le había dado.

Elisa rozó suavemente la zona donde se suponía que le había hecho daño y dibujó círculos a su alrededor con los dedos.

—¿Sabes escribir tu nombre? —preguntó Duncan en un tono de voz ronco y sensual.

Elisa frunció el ceño por su pregunta y levantó el rostro para mirarlo. El conocimiento de leer y escribir estaba reservado a muy pocos y en raras ocasiones estaba al alcance de las mujeres.

—Sí —dijo Elisa con cierta curiosidad, esperando el porqué de aquella pregunta—. Sé leer más o menos, pero escribir solo algunas palabras. ¿Me enseñarías?

La pregunta de Elisa, hecha con ese tono de voz dubitativo, devolvió a Duncan al presente.

—Por supuesto, claro que sí —dijo Duncan tocando la mejilla de Elisa y mirándola con absoluta adoración.

—¿Por qué me lo has preguntado? —inquirió Elisa volviendo un poco el rostro y besando la palma de la mano que Duncan tenía sobre su mejilla.

—Cuando has trazado círculos sobre mi pecho me he acordado de mi abuela.

Las dos cejas alzadas de Elisa hicieron sonreír a Duncan. La expresión de su esposa le decía a las claras que aquellas palabras necesitaban una explicación. El hecho de pensar que al tocarlo Duncan se acordase de su abuela era lo último que Elisa había esperado escuchar de sus labios.

—La madre de mi padre era una mujer extraordinaria. Muy bajita, delgada y parecía que cualquier pequeña ráfaga de viento la podía derribar, pero era la mujer más fuerte, más noble y valiente que he conocido hasta que te encontré a ti.

Esas palabras emocionaron a Elisa de una forma que hicieron a su cuerpo estremecer.

—Estaba muy enamorada de mi abuelo, y él de ella. Eran de esos matrimonios que peleaban, vivían, hablaban, y se miraban con pasión. Cuando mi abuelo murió antes que ella, la desolación que vi en sus ojos fue algo que no he podido olvidar jamás. Estuve con ella mientras se despedía de él. Cuando la vi acercarse al pecho de mi abuelo y escribir su nombre en él me pareció muy extraño. Pensé que quizás el dolor de su pérdida la había trastornado. Pero entonces me miró y pareció entender mi preocupación. Esbozó una pequeña sonrisa y me dijo que hacía aquello para que la muerte, cuando fuese a reclamar el alma de mi abuelo, supiese a quién le pertenecía para que pudiera devolvérsela cuando ella se reuniera con él. Podría aguantar esa pequeña separación, pero la eternidad... esa no podría soportarla si no era con él a su lado.

Los ojos de Duncan, perdidos en aquel recuerdo, volvieron a centrarse en Elisa que le miraba fijamente con los ojos brillantes. Una pequeña lágrima cayó por su mejilla y Duncan la atrapó antes de tocar con ternura las pecas de su esposa, como si cada una de ellas fuese una extraña joya.

—Por eso te he hecho esa pregunta, porque me he acordado de lo que me dijo mi abuela, porque ahora más que nunca la comprendo. Así que, si sabes escribir, dibuja tu nombre en mi piel una y otra vez para que tanto en esta vida como en la otra siempre pueda encontrarte, mi amor — dijo Duncan mirando a Elisa con tantos sentimientos en su mirada que Elisa juró que lo haría cada día de su vida. Ella tampoco podría soportar una eternidad sin estar a su lado.

EPÍLOGO

—No me digas que me calme. Creo que estoy bastante tranquilo para todo lo que me acabáis de contar —dijo Grant MacLaren paseándose como si fuera una fiera salvaje por el salón de Evan McAlister.

Logan esbozó una sonrisa cuando vio a su amigo, que más que estar tranquilo parecía a punto de ponerse a vociferar.

Isobel MacLeod, la prometida de Grant, y Edine McGregor, la esposa de Logan, estaban junto a Elisa mientras esta no dejaba de negar con la cabeza. Duncan también estaba a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho. Elisa le había pedido ser ella la que le contara a su primo todo lo que había pasado, pero no pensaba separarse de ella ni por un instante.

—Creo que estás exagerando —dijo Elisa.

Ante esas palabras, varias cosas pasaron a la vez. Logan silbó por lo bajo, Evan y Andrew aguantaron las ganas de reírse ante las miradas reprobatorias de Meg y Aili, que eran sus respectivas esposas, y Grant gruñó como si le acabaran de dar una patada en sus partes nobles.

—¿Que estoy exagerando?! ¡Que estoy exagerando! Hace una semana y media te fuiste a ver a tu madre y en ese tiempo has sido testigo de cómo una banda de asesinos mataban a un hombre y amenazaban a tu padrastro. Los mismos que han intentado matar a Alec —dijo señalando a Alec Campbell que, con un brillo divertido en los ojos, estaba al lado Evan—. Ah, y hay más —continuó Grant haciendo un gesto con la mano como diciendo que faltaba lo mejor—, no olvidemos de que casi te matan y que por si fuera poco, te casan. ¡Y me dices que estoy exagerando! Por Dios, Elisa, no conozco a nadie a quien le hayan pasado tantas cosas juntas en tan poco tiempo. Y ¿no os podías haber esperado para casaros? ¿Es que soy el único que hace las cosas como se debe? —preguntó a Elisa y a todos los presentes que había allí. Evan fue el único que le dijo que le entendía, porque todos los demás se habían casado con sus esposas en circunstancias parecidas.

Elisa se acercó a su primo y tomó una de sus manos.

—Estoy bien, Grant, estoy bien y soy muy feliz. Me hubiese gustado que hubieses podido estar en mi boda, pero no podía esperar. Creo que ya había esperado suficiente para ser feliz, y cuando pensé que iba a morir solo podía pensar en todas las cosas que me arrepentía de no haber hecho por un miedo que me paralizó por mucho tiempo. Por favor, compréndelo.

Aquellas palabras parecieron calar hondo en su primo que, mirando a Duncan con el entrecejo fruncido, tiró de la mano de su prima y la estrechó en sus brazos.

—Vale, flacucha.

—Eh —dijo Elisa con una sonrisa cuando sintió que su primo se había tranquilizado.

Grant volvió a mirar a Duncan, esta vez sin querer matarlo.

—Así que primos, ¿eh?

Logan tosió y Andrew se carcajeó.

Grant los miró a los dos con una ceja alzada.

—Te deseo suerte —dijo Andrew a Grant.

—Vas a necesitarla —dijo Logan.

Grant volvió a fruncir el entrecejo mientras les miraba.

—¿Por qué? ¿qué es lo que no sé?

—Muchacho, yo que llevo años siendo el primo de Duncan puedo contestar a eso —dijo Irvin mirando a MacLaren con lástima—. Este hombre es peor que un grano en el culo.

Después de eso las carcajadas fueron inevitables, mientras Grant tuvo que aceptar que sus amigos y su nueva familia estaban todos locos. Pero qué maravillosa locura, porque al observar aquella reunión, la que habían preparado en casa de los hermanos McAlister para celebrar la boda de Logan McGregor y Edine, al fijarse en lo que les unía a todos, la amistad, la familia, el cariño, no pudo sino pensar que eran realmente afortunados. ¿Qué más se podía pedir?

AGRADECIMIENTOS

A mis lectoras, por su apoyo y su cariño. Gracias por vuestros mensajes y por preguntar si Duncan y Elisa tendrían una oportunidad. Son por ellas que esta pareja tiene su propia historia. Espero de todo corazón que os guste.

A Nune Martínez por otra maravillosa portada, y a Violeta Moreno Triviño por sus correcciones y su infinita paciencia. En un placer trabajar con ambas.

A Marisa, mi lectora cero, por sus palabras, su valioso tiempo y su generosidad. Gracias preciosa.

Y a Lorraine Cocó por aguantarme. Tienes ganado el cielo guapísima.

SOBRE JOSEPHINE LYS

Josephine Lys se graduó en Derecho y se desempeña profesionalmente como abogada; sin embargo, la lectura fue siempre su pasión junto con los viajes y la pintura. Finalmente, el entusiasmo por los libros la llevó por el camino de la escritura y comenzó a imaginar y relatar sus propias historias.

Un disfraz para una dama (2007) fue su primera novela publicada, hoy en día, ya un clásico. Su segunda novela, Atentamente tuyo (2008) siguió los pasos de la primera. Con su tercer trabajo, El guante y la espada (2012), y varias reediciones de sus primeras obras, se consolidó definitivamente como una de las nuevas voces de la novela histórica. Su novela Corazones de plata ha resultado finalista en el VI Premio Internacional HQÑ (2017), publicándose en mayo de 2018 de la mano de HarperCollins Ibérica. En 2019 autopublica El hielo bajo tus pies, No puedo evitar amarte y Susúrrale mi nombre al viento, completando así la trilogía de Los Hermanos McGregor.